

GARIBALDI 19

20 de setiembre: Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento



Publicación anual de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo

Año 19 - Montevideo - 2004

En este número:

- El 20 de setiembre y la libertad de expresión del pensamiento (ley N° 17.778)
- Cristina Montalbán - Los corsarios de Artigas
- Rosanna Moscatelli - Francesco Anzani
- Héctor Gros Espiell - Maquiavelo, la política exterior y nosotros
- Carlos Novello - Garibaldi: entre el patriotismo y el cosmopolitismo
- Juan Carlos Legido - Giovanni Fattori - El pintor de las luchas del Risorgimento
- Giuseppe Garibaldi - Amores y guerra
- Egone Ratzenberger - La dichiarazione di neutralità italiana all'inizio della prima guerra mondiale - Luoghi garibaldini

"Infelici i popoli che aspettano il loro benessere dallo straniero"

José Garibaldi



P.p.c. 052.724
(XVI - 9c) 2







**ASOCIACIÓN CULTURAL
GARIBALDINA DE MONTEVIDEO**

GARIBALDI

Director Responsable: Carlos Novello
Florencio Sánchez 2724
Montevideo - Uruguay

LA ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO

Agradece

a la Embajada de Italia en Uruguay
al Consulado de Italia
al Ministerio de Educación y Cultura
al Museo Histórico Nacional
a la Associazione Italiana in Uruguay di Assistenza
al COMITES

por las diversas colaboraciones recibidas, que hicieron posible la actividad desarrollada por esta Asociación hasta el presente y la aparición de esta revista.

Se autoriza la reproducción
total o parcial del material
contenido en esta publicación
citando su procedencia.

composición, diagramación
e impresión:
cba - juan carlos gómez 1439,
tel. 915 72 31
montevideo - uruguay
depósito legal N° 229.919/2004

Correctora de pruebas: **Prof. María Sagario**

"L'assedio di Montevideo, quando meglio conosciuto ne' suoi dettagli, non ultimo conterà per le belle difese sostenute da un popolo che combattè per l'indipendenza per coraggio, costanza e sacrifici d'ogni specie. Proverà il potere d'una nazione che non vuol piegare il ginocchio davanti alle prepotenze d'un tiranno; e qualunque ne sia la sorte, essa merita il plauso e l'ammirazione del mondo".

Giuseppe Garibaldi
(dalle sue "Memorie")

EL 20 DE SETIEMBRE Y LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN DEL PENSAMIENTO

Hoy, 20 de Setiembre de 2001, nos reunimos en esta casa en la que vivió Garibaldi en Montevideo, declarada Templo Laico de la Libertad por quienes la adquirieron para donarla al Museo Histórico Nacional, con la finalidad de celebrar esta fecha fausta, por primera vez en forma oficial como Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento.

El 24 de mayo de 2004 fue promulgada por el Poder Ejecutivo la ley N° 17.778, cuyo texto dice: "Declárase el 20 de Setiembre de cada año 'Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento'".

Este proyecto fue presentado por quien habla a consideración del Consejo Directivo de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo y, aprobado por este Cuerpo, fue presentado al Parlamento uruguayo donde recibió el apoyo del Frente Amplio y del Partido Colorado.

Aprobado por ambas Cámaras, este año se convirtió en ley nacional.

Uruguay se transforma así en el primer país del mundo en el que esta fecha que, como es sabido, recuerda la transformación de Italia en un Estado unificado, es conmemorada, también, con este sentido político y filosófico.

Esa unificación de Italia, que también fue celebrada oficialmente por nuestro país, tan unido a la Nación italiana por su gente y por sus tradiciones, queda identificada, por ley, con el cese de un período de obligado oscurantismo a causa de las ocupaciones extranjeras, de la división consiguiente, de la existencia en su territorio de Estados absolutistas y de un Estado teológico en su seno, con poderes temporales.

Una vez derogado el poder temporal del papado, quedó abierto el camino luminoso de la vigencia plena de las libertades, que se sintetizan en ésta de la expresión del pensamiento sin restricciones.

Las prolongadas luchas por el poder temporal, que se hunden en la más lejana Edad Media, entre los diferentes imperios y la Institución que solamente debía aspirar a la transformación del espíritu de la gente, les hizo mal a los imperios, le hizo peor a la Iglesia Católica y fueron nefastas para las poblaciones que debieron sufrir el haber sido rehenes de ambas fuerzas contendientes, sin encontrar en una de ellas, que estaba obligada moralmente a prestarlo, el apoyo y la defensa que necesitaban.

Múltiples fueron quienes advirtieron estas desviaciones y que, desde dentro de la propia Iglesia, intentaron hacerla volver a sus orígenes, que eran su razón de ser.

En vano. Hallaron como respuesta las hogueras en las que ardieron sus cuerpos, pero continuaron vagando por esos aires las ideas que hacen dignos a los seres humanos de ser semejantes a un ser superior, en la posibilidad de nuestra imaginación: las ideas de independencia, de libertad y las de la natural convivencia con igualdad de derechos entre todas las mujeres y hombres del mundo. Ésas no se matan ni las puede quemar ningún fuego.

La Iglesia Católica está constituida por personas y las personas evolucionan, haciendo evolucionar las instituciones.

Quienes cometieron los peores desmanes utilizando una pía congregación cuyo creador cambió el rumbo de la historia, encaramados en un poder que no contenía nada de los principios básicos de esa religión, llegando a la difícil situación de 1870, merecieron la implícita condena del papa Juan XXIII cuando en 1961, en ocasión de celebrarse el primer centenario del Reino de Italia, durante una visita que le efectuara el entonces Primer Ministro Amintore Fanfani, le expresó que reconocía *el carácter providencial de la unidad nacional y de Roma capital*, en un discurso que se conoció como el del *Tíber más ancho*, que concluyó declarando que *"...todo el resto de aquel período histórico estuvo en los designios de la Providencia, preparación a las páginas victoriosas y pacíficas de los Pactos de Letrán... La singular condición de la Iglesia Católica y del Estado italiano supone una distinción y una tal circunspección en sus relaciones, que se llevan a cabo con cortesía y respeto mutuo"*.

"Libera Chiesa in libero Stato". La feliz fórmula de Cavour funcionaba plenamente.

Por los gravísimos hechos ocurridos durante siglos y no solamente en Italia, sino donde un poder espurio se ejercía impunemente, recientemente el papa Juan Pablo II pidió perdón, en nombre de la Iglesia.

Vuelven las aguas a su cauce.

Pero el 20 de Setiembre, cuando celebramos el poder expresar, por parte de cualquier persona, en cualquier parte del mundo, libremente su pensamiento y, por lo tanto, eso significa que hay allí libertad de opinión, libertad de prensa, involucrando en ella la de cualquier otro tipo de medio de comunicación, que hay libertad de reunión, de movimiento, de organización, de abrazar cualquier religión o ninguna, si ésa fuera la opción, de ejercer todos los derechos inherentes al ser humano, teniendo como único límite los mismos derechos de nuestros semejantes, somos conscientes de que en muchos lugares del mundo aún no es posible ejercer la libertad de expresión del pensamiento.

Son múltiples los casos en los que, malutilizando a veces las religiones, otras prescindiendo de ellas pero ejerciendo el poder por medio de la fuerza, sólo atendiendo a intereses personales o corporativos, se somete a la gente a situaciones de abuso, de injusticia y de indignidad.

Donde las condiciones se dan, como es en la actualidad el caso de Uruguay y de Italia, para ejercer libremente tales derechos, tampoco se debe bajar la guardia, ya que

esos derechos no son algo que se adquiere de una vez y para siempre, sino que están permanentemente amenazados por el impulso que parecería que el hombre recibe desde sus ancestros más remotos, de querer imponerse a los demás por medio de la fuerza.

En los genes sociales de los uruguayos están las ideas de libertad, de independencia y de democracia que, extraídas de los pensadores avanzados del siglo XVIII y que tomaron formas concretas en la Revolución Norteamericana y en la Revolución Francesa, hizo germinar con su acción formidable —única en Sudamérica en el siglo XIX—, junto a su pueblo, en nuestra tierra, José Artigas.

Fue en ese terreno fértil, exuberante de seres libres, en cuyo seno se ahogan los tiranos, que vivió Garibaldi, al llegar a nuestro país, su primera experiencia de democracia republicana en acción.

Por eso proclamó hasta el último día de su vida que ésta era su segunda patria.

Así se unen con naturalidad los ideales del Resurgimiento italiano, sostenidos por hombres como Mazzini, Cattaneo, D'Azeglio, Ferrari y tantos otros, con lo más florido del pensamiento americano.

El haber aprobado una ley como ésta hace honor al Parlamento uruguayo y deseáramos que el ejemplo cundiera en otros países.

Hace honor a esta gran colectividad italiana que se insertó en la vida del país aportando su trabajo y su inteligencia.

De este modo, no colonizando sino hermanando, logró agrandar a Italia en una tierra de libertad, como la soñaron todos los que lucharon allá por construir un país unificado, en un régimen republicano y con plenas libertades, en un proceso resurgimental que recién culminó, cerrando su ciclo, el 2 de junio de 1946.

Las organizaciones de los italianos en el exterior deberían seguir este camino, porque ésa es la italianidad que debemos difundir y la que nos une a todos a través de fronteras y aun hablando diferentes lenguas.

Es ésta una fecha que todos los uruguayos, cualquiera sea su origen nacional, su tendencia política, filosófica o religiosa, celebraremos como se merece, porque la libertad es nuestra estrella-guía para todos, sin excepción. Garibaldi, ese campeón de la libertad que, siendo el artífice principal de la recreación de su Patria, buscó el límite de las fronteras humanas en el mundo, fue el puente que, sobrepasando océanos, unió los destinos naturales de los pueblos libres.

Supo aprender de su experiencia sudamericana para llevar sus frutos a su querida Italia y supo acercar a estas playas las ideas de los hombres libres de Italia y de Europa, a través del pensamiento mazziniano.

De la Roma republicana de 510 antes de Cristo a las repúblicas sudamericanas del siglo XIX; acercando los tiempos, del Cerro de Montevideo al Gianicolo de la República Romana del 49, que fue luminoso preludio a los hechos de 1870 y de 1946.

Esos hechos providenciales, que fueron lo mejor que les podía haber sucedido al Estado italiano y a la Iglesia Católica que ya, desde antes de que el Reino de Italia

entrara en Roma para hacer de ella su capital, mediante la ley de las Garantías, tenía reconocidas, por la palabra empeñada en nombre del pueblo italiano, todas las posibilidades de ejercer su actividad religiosa sin ningún tipo de restricción.

Esta fecha, pues, debería ser conmemorada por todos. Católicos y no católicos; por los tantos ciudadanos italianos que hoy profesan otras religiones o ninguna, porque ésa es su garantía; por todos los uruguayos que permanentemente reafirmamos nuestras tradiciones democráticas y que, por tanto, consideramos toda desviación de las mismas como un sacrilegio al que debemos oponernos con todas nuestras fuerzas.

Cada 20 de Setiembre renovaremos nuestro juramento de luchar por el mantenimiento y el perfeccionamiento, si cabe, de nuestro régimen republicano-democrático, que es nuestro modo natural de vida.

Palabras pronunciadas el 20 de Setiembre de 2004 por Carlos Novello, presidente de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, en la Casa de Garibaldi de Montevideo.

Nº 26 512 - Mayo 31 de 2004

DIARIO OFICIAL

7

Ley 17.778

Declárase el 20 de setiembre de cada año "Día de la Libertad de Expresión de Pensamiento".
(1.047°R)

PODER LEGISLATIVO

El Senado y la Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea General,

DECRETAN

Artículo Único.- Declárase el 20 de setiembre de cada año "Día de la Libertad de Expresión de Pensamiento".

Sala de Sesiones de la Cámara de Representantes, en Montevideo, a 11 de mayo de 2004. ALVARO ALONSO, 1er. Vicepresidente como Presidente en ejercicio; MARGARITA REYES GALVAN, Secretaria.

MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA

Montevideo, 24 de mayo de 2004

Cúmplase, actúese recibo, comuníquese, publíquese e insértese en el Registro Nacional de Leyes y Decretos.
BATLLE, LEONARDO GUZMAN.

*Ambassade de France
en Uruguay
L'Ambassadeur*

Nº 468

Montevideo, 15 de julio de 2004.

Señor Presidente,

He recibido, con gran interés, las informaciones que Ud. tuvo a bien
hucirme llegar en su carta del 2 de julio pasado.

La promulgación de una ley que declara al día 20 de setiembre Día de la
Libertad de Expresión del Pensamiento representa, en efecto, el cumplimiento de los ideales
que incorporaron los filósofos y los Enciclopedistas del siglo XVIII.

Sin otro particular, le ruego reciba, Señor Presidente, las seguridades de
mi mayor consideración.



Laurent Joseph Rapin

Cav. Carlos Novello
Presidente
Asociación Cultural Garibaldina
de Montevideo
Florencio Sánchez 2724

LOS CORSARIOS DE ARTIGAS

Cristina Montalbán*

La situación rioplatense. El recurso del corso. Sus inicios

Ante el anuncio de que España preparaba una expedición de reconquista, las Provincias Unidas habían autorizado el corso contra esa nación desde 1815, expidiendo patentes al efecto.

Conformada la Liga Federal bajo la autoridad del caudillo oriental, y confirmado el apoyo de las seis provincias después del Congreso del Arroyo de la China (julio de 1815), se radicalizó la oposición al gobierno bonaerense, el que pugné por imponer sus ideales centralistas y monárquicos.

La marcha del ejército de Viamonte sobre Santa Fe reinició las hostilidades, logrando algunos encuentros favorables, hasta que fue sorprendido por fuerzas artiguistas, las cuales lo derrotaron tomando prisionero a este general y sus principales oficiales.

A pesar de las profundas discrepancias políticas, la amenaza hispánica hizo que en la Banda Oriental se tomaran también providencias, decidiendo Artigas que los españoles residentes en Montevideo fueran remitidos a Purificación en prevención de una posible conspiración. Medidas en este sentido fueron asimismo aquellas comunicadas por el general Artigas al Cabildo, donde informaba del decomiso de naves de propiedad del enemigo: "Parten al mando del Cmte. Dn Juan Domingo Aguiar dos buques decomisados pr. propiedades Europeas y cargados con efectos de las mismas", agregando en otra posterior: "Con esta fha. paso ordn al comandte. de mar Dn Juan Domingo Aguiar pa q.edeposite en manos de V.S. los cargam. tos o productos de los dos buques q.e conduxo a este Puerto, con el fin q.e indiqué a V.S. (...) Los dos buques igualmente son propiedades de esta Prova. pr ser propiedades de Europeos. V.S. disponga de ellos como pareciere mas conveniente. Al menos uno podría venderse: si halla que el otro pueda ser útil pa. servo. del mismo estado puede dexaslo, o de lo contrario vender los dos...".¹

Pero los porteños, con el pretexto de preservar la frontera libre de la anarquía del régimen implantado por Artigas, comenzaron a concretar el plan que implicaba la invasión portuguesa a la Banda Oriental.

Después del Congreso de Tucumán (reunido en julio de 1816 y al que no habían concurrido las provincias) los monarquistas alentaron el avance lusitano, que estaba motivado realmente en la reclamación secular portuguesa de los límites naturales.

En esta forma se complicó en grado sumo la candente situación rioplatense, poniendo de manifiesto los manejos porteños y comprometiendo el poder artiguista en una lucha contra diferentes y poderosos enemigos.

Los corsarios fluviales

En agosto de 1816 comenzó la invasión de las tropas portuguesas, destacándose las acciones verificadas contra los buques mercantes del enemigo por los corsarios orientales armados en Purificación, Colonia o Montevideo.

Ya a mediados de 1816 salieron desde Purificación los que fueron considerados por el Prof. Beraza los dos primeros corsarios artiguistas: los faluchos “Sabeiro” (o “Sabeyro”) y “Valiente”.

El primero había pertenecido a la flota española, actuando como aviso durante el bloqueo puesto a Buenos Aires por el Cap. Romarate.

Continuó luego al servicio de la flotilla montevideana y al caer la plaza pasó a poder de las autoridades bonaerenses, regresando a su conocido ámbito, donde revistaba en 1815 adscripto a la Capitanía del Puerto, siendo considerado por ello como buque de guerra.

Con patente de corso otorgada por el general Artigas, el “Sabeyro” junto al “Valiente” habían comenzado tempranamente su accionar, el que es informado por el propio Artigas en una nota al Cabildo de Montevideo de 27 de julio de 1816. La misma explicitaba que estas embarcaciones habían zarpado por el río Uruguay hacia arriba, dos días antes, “...bien pertrechados y provistos de gente para auxiliar del río nuestros movimientos por tierra...”.²

Como característica fundamental podemos destacar que esos dos primeros corsarios fueron –según nuestro modesto criterio y según lo que se desprende de la comunicación– embarcaciones militares, de apoyo a las tropas terrestres.

Con respecto a aquellas naves que revistaron específicamente como corsarios, se estipularon los necesarios compromisos entre el Estado Oriental y los armadores y capitanes, ya que la documentación otorgada por las autoridades era la que –ante el derecho marítimo de guerra– hacía válidos la actividad del buque y sus apresamientos.

El gobierno de la Provincia podía conceder Patente de Corso a aquellos que manifestasen ante la autoridad competente la voluntad de enrolarse en calidad de auxiliares, poniendo al servicio del Estado su nave y tripulación contra el enemigo.

El compromiso debía ajustarse ante la Escribanía de Marina, la que franqueaba las posibilidades para el armado y aprovisionamiento de la nave, la cual era finalmente sometida a una inspección que la declaraba apta –o no– para el cometido a que se abocaría.

Como garantía del buen uso de los documentos que el Gobierno otorgaba se exigía un depósito en valores o la fianza personal. Los fiadores fueron por lo general comerciantes conocidos –especialmente norteamericanos e ingleses– que alentados por el éxito que alcanzaban los corsarios fluviales los respaldaron con su crédito.

El repositorio documental presenta como muestra del trámite necesario para poder actuar al servicio de la Provincia Oriental en el corso contra naves españolas y portuguesas, la habilitación de la goleta "República Oriental". Esta nave era propiedad del capitán don Ricardo Leech (que había revistado como oficial en la escuadra de Brown) y D. Benito Powell, quienes ajustaron en la Escribanía de Marina el compromiso correspondiente.

Como garante o fiador se inscribió el mismo Powell, al parecer en forma simultánea y ante el mismo escribano, D. Bartolomé Bianchi.

Con el comienzo de estas acciones corsarias surgieron –de inmediato– problemas con las autoridades bonaerenses, los que podemos ejemplificar en los sucesos que involucraron a la balandra "Industria". Esta nave, que había salido en corso al mando del capitán Juan Brown, apresó en diciembre de 1816, a unas 20 leguas de Montevideo, al bergantín portugués "Pensamiento Feliz", con carga de cueros, sebos, lana, velas, nueces y pasas de uva, pero Pueyrredón protestó esta acción.

Del análisis de los oficios intercambiados en la época entre el gobierno de Buenos Aires y el de Montevideo, surge que Pueyrredón negaba el derecho del uso del corso contra los portugueses, desautorizando la concesión de patentes y advirtiendo a Barreiro, gobernador montevidiano, que no reconocería otras patentes que las otorgadas por "la autoridad superior a que obedecen los pueblos de esta Banda..." (poniendo de manifiesto que la única autoridad que debía reconocerse era la bonaerense).

Podríamos concluir que en esta etapa el corso oriental estuvo planteado como un hostigamiento, sin consecuencias que pudieran considerarse drásticas para el comercio lusitano.

Las naves dedicadas –generalmente– eran de escaso tonelaje y su teatro de operaciones se remitía a un área relativamente pequeña en el Uruguay y el Río de la Plata (entre Buenos Aires y Maldonado).

Su actuación estuvo coartada por la censura de Pueyrredón, que ejerció una severa custodia a los mercantes lusitanos que llevaban destino a Buenos Aires.

De acuerdo a estos criterios podemos afirmar que el movimiento corsario inicial no alcanzó verdadera repercusión hasta que se desencadenaron los sucesos de fin de ese año y principio del siguiente (en apretado resumen: 19 de noviembre, derrota de India Muerta; 8 de diciembre, pacto de incorporación incondicional de las Provincias Unidas firmado por Durán y Giró; 3 de enero, derrota de Artigas en Arapey, seguida al día siguiente por la de Latorre en Catalán; 20 de enero, entrada de Lecor en Montevideo).

El hecho de haber caído Montevideo dio a Lecor la oportunidad de instalar allí un Tribunal de Presas portugués para juzgar en él a los buques con pabellón artiguista.

A su vez –a principios de 1817– los alrededores de la zona montevidiana eran asediados por numerosos corsarios, que ampliaron su campo de acción hasta la altura del Cabo de Santa María o Río Grande, pasaje obligado y de relativa fácil custodia en que, ejerciendo el "derecho de visita", se detenía a los buques de las más diversas

nacionalidades (evitando el subterfugio de los portugueses que muchas veces arbolaban pabellón americano o inglés).

Con el correr de los meses las naves lucieron su bandera tricolor a la altura del paralelo 25, llegando pronto hasta Río de Janeiro y subiendo para asediar las costas de Bahía, Pernambuco, Natal, Ceará y Maranhão, provocando entonces la alarma que se tradujo en convoyes, patrullas y refuerzo de la flota, recursos que no detuvieron a los osados corsarios.

La injerencia fundamental de Thomas L. Halsey

Thomas Lloyd Halsey se había afincado en Buenos Aires alrededor de 1807, moviéndose en su círculo comercial. Hacia fines de 1813 ocupó el Consulado de Marina, siendo posteriormente designado por el presidente Madison con el cargo de cónsul de Estados Unidos, comenzando su desempeño el 30 de agosto de 1814.

Su conducta —que lo vinculó desde el inicio al movimiento corsario bonaerense— se justificaba por varias circunstancias, entre las que podríamos destacar básicamente los ideales republicanos que movieron a su país, las condiciones que habían permanecido tras la guerra de 1812 en Estados Unidos y, por supuesto, no podemos dejar de lado los intereses económicos.

Se debe hacer constar que el diplomático estaba asociado con Clement Cathill (John o Samuel) Miffin y Robert Goodwin, formando la conocida “Empresa Americana” (o “Sociedad Americana”), por cuyo intermedio se equipaban buques en Buenos Aires y Baltimore.

En un momento clave, en que las tropas orientales eran derrotadas y el gobierno bonaerense provocaba levantamientos en Entre Ríos, planificando la invasión a Santa Fe, Thomas Halsey se reunió con Artigas en Purificación.

Tras el encuentro, el Cónsul gestionó la impresión de las patentes de corso artiguistas en las máquinas del diario opositor “La Crónica Argentina” y fue el intermediario por el cual se verificó la venta de un número muy importante de las mismas en Buenos Aires y en distintos puertos de su país, adonde llegaban en blanco.

Dichos puertos sirvieron como base de alistamiento y salida de buques que desde entonces van a portar una doble patente: de Buenos Aires y Artiguista, y los capitanes corsarios —de larga experiencia— integraron las filas sudamericanas, siendo fundamentales en el accionar del corso rioplatense.

Lecor, enterado de tales contactos, planificó en principio el secuestro del representante norteamericano y posteriormente solicitó a Pueyrredón su prisión y enjuiciamiento.

La documentación

Se ha expuesto anteriormente que en función de su validez legal, el corso estaba escrupulosamente reglamentado y, por supuesto, el que estableció el general Artigas se atenía a todas las disposiciones.

El documento por el que se regían las partes involucradas se conoció como la "Ordenanza General del Corso" o "Instrucciones de Corso", que constó de 18 artículos bajo el encabezado: "Artículos de Instrucción que observará el Señor Comandante del Corsario nombrado, según el Estatuto Provisional de Decretos y Ordenanzas de esta Provincia Oriental".

A este documento, que regulaba la conducta general, se agregaban tres más, conocidos en su conjunto como "Letras Patentes":

- La "patente de navegación", que era expedida por el gobierno o jefe de Estado al buque, autorizándolo a usar su pabellón. Se individualizaba por esta documentación la nave y se acreditaba su nacionalidad.

- La "patente de corso" –dentro de los límites encuadrados por la "Instrucción General"– refrendaba la autorización dada por el jefe de Estado para ejercer el derecho de apresar las naves de la nación –o naciones– enemiga. Se designaba por este medio al corsario y se le autorizaba el ataque a dichos navíos.

- La "patente de oficial de presa" atendía al buque capturado y su conducción a puerto seguro. Se otorgaban varias patentes a distintos oficiales del buque, previéndose que se harían varias capturas.

La nave enemiga apresada debía ser llevada –por el oficial nominado en la patente, debidamente documentado– a los puertos nacionales, donde el Tribunal de Presas declararían si era "buena presa"; en otras palabras: si el proceso de apresamiento había sido efectuado de acuerdo a la reglamentación.

La presa podría ser también derivada a puertos amigos donde se sabía que los jueces competentes declararían la validez y legitimidad de la captura.

Estas "Letras Patentes" que sustentaron al corso artiguista fueron otorgadas en el período ubicado entre 1817 y 1820, siendo el principal "distribuidor" el citado Cónsul norteamericano.

Los buques

Las goletas de gavias, que fueron los buques utilizados más usualmente en el corso, se construían en los famosos astilleros de la bahía de Chesapeake y en las riberas del Delaware.

Los astilleros se habían especializado, desarrollando y perfeccionando las naves más adecuadas para la actividad corsaria, casi rasas, con muy poca obra muerta, eslora muy superior a la manga, escaso puntal, livianas, de entre 100 y 500 toneladas, con importante superficie vélica pero sencillo aparejo –como goletas o bergantines–, cualidades todas que se unían para dotarlas de la facultad de desarrollar una velocidad superior a la ordinaria.

Los mismos fueron conocidos más tarde como los famosos "Baltimore-clippers"; sus cruceros rápidos y arriesgados persiguieron sin cuartel a las poderosas naves que con ricos cargamentos buscaban los puertos europeos, así como a aquellas que

procuraban alcanzar los puertos americanos con mercaderías manufacturadas que surtían los mercados aún cerrados y colonialistas.

El armamento era relativamente reducido, estaba conformado por un promedio de 12 cañones, de hierro o de bronce, con calibres variados entre 6, 9, 12 (los preferidos) y 18 libras, que se acondicionaban a lo largo de ambas bandas en número también variable de acuerdo al tonelaje de la nave. La artillería podía ser reforzada por cañones giratorios ubicados a proa y a popa (que eran los de mayor alcance y se utilizaban para detener a los buques más rápidos).

El corsario, aprovechando su velocidad, se adelantaba a la posible presa, la atacaba con los cañones de 12, de alcance más bien reducido y por ello de muy buen resultado en la lucha a corta distancia, como se verificaba en la mayoría de los combates con los buques mercantes más pesados y por ende lentos. La acción culminaba con los temidos abordajes.

Respecto de la propiedad de los buques, se trataba de dejar el asunto lo menos en claro posible, con documentación confusa o ventas simuladas que —como se pretendía— ayudaban en los juicios a complicar más que a clarificar la cuestión de la pertenencia.

En la mayoría de los casos aparecía como propietario de la nave en corso el propio capitán (que por lo general poseía sólo una parte de la misma).

Se conocen, sin embargo, varios capitanes que estuvieron en condiciones de adquirir su propio buque; como tales podemos citar a Thomas Taylor, J. Almeida, Juan Danels y Juan Chase.

Los buques corsarios artiguistas fueron identificados con el gallardete rojo y el pabellón tricolor, con las variaciones de las banderas federalistas e incluso otras combinaciones (a veces por el mal drizado de las mismas), pero respetando siempre los colores artiguistas.

El número —imposible de determinar y sin duda mayor de aquellos que se han podido documentar— es hasta este momento muy difícil de ajustar.

La tripulación

Después de haber librado su propia guerra por la independencia, en la que los corsarios jugaron un rol fundamental, terminada la contienda, decenas de naves permanecían prácticamente inactivas en los distintos puertos norteamericanos. De acuerdo a esto, cuando en 1816 Thomas Taylor (quien había servido bajo las órdenes de Brown y había efectuado un crucero de corso en la “Zephyr”) volvió a Buenos Aires con seis patentes de corso de ese gobierno firmadas en blanco (en igual procedimiento al que luego se criticará en el corso artiguista), todos miraron con buenos ojos el ofrecimiento.

Comenzó así el “enganche” para servir en la campaña contra el comercio de España con patente bonaerense.

El promedio de tripulantes por cada buque oscilaba entre 90, 100 hombres (lo más común) y 150, pudiendo llegar a 180, de acuerdo al desplazamiento, número que a veces no era fácil de completar, ni tampoco de mantener.

Las desertiones eran frecuentes, así como también los casos de amotinamiento.

Las razones atendían a muy diferentes causas, pudiendo contar aquellas atinentes a la convivencia a bordo:

- la escasez de víveres;
- la falta de espacio;
- el temperamento violento de muchos de los capitanes corsarios, por lo general de los más, ya que los que no lo tenían eran considerados "blandos" y estaban quizás más expuestos aun a los motines que aquellos inflexibles y capaces de las peores represalias;
- la conducta difícil de los reclutados;
- el temor ante la amenaza de acusación de piratería por la que podían ser juzgados (después de que se sancionó la Ley de Neutralidad).

Las razones económicas que influían en la situación también eran varias:

- no se hacía una paga regular;
- existía descontento por los porcentajes asignados, la marinería común solamente obtenía un pequeño porcentaje en la venta de las presas (que se podría calcular en un promedio menor a 100 dólares por crucero);
- las ventas de los cargamentos apresados se demoraban a veces por un tiempo ya que los mercados regulares no estaban abiertos a los corsarios;
- en ocasiones, cuando se llegaban a liquidar presa y carga, los marineros no estaban ya en puerto.

En base a todo lo antecedente no era extraño que los marineros se llevasen a bordo mediante un adelanto de dinero (con lo que no estaban muy de acuerdo los propietarios), o más generalmente por violencia (emborrachándolos y llevándolos inconscientes a bordo) o incluso mediante engaños, como que se desarrollaría un viaje mercantil regular o que salían en caza de ballenas.

Tras varios días de navegación la tripulación se formaba en la cubierta y el capitán mostraba la patente que habilitaba el corso, solicitándole que firmara los nuevos contratos de enrolamiento, con la promesa de riquezas y la amenaza de las cadenas y el látigo para aquellos que se opusieran.

En medio de un brindis con ron se cambiaba la bandera y se descubrían los armamentos escondidos en la bodega.

Como anécdota podemos recordar que cuando en 1817 se aprobó la ley de neutralidad en Estados Unidos se hizo usual alistar a los tripulantes con declaraciones falsas –bajo nacionalidad extranjera–, dándose el caso de que en oportunidad de una inspección los marineros no supieran responder a sus nombres y que muchos, admitiendo el hecho, fueran desembarcados por el oficial de Aduanas, con la consiguiente furia del capitán.

Puertos corsarios norteamericanos

Baltimore, Charleston, Savannah, Norfolk y Providence fueron los puertos más utilizados para reaprovisionamiento, venta de mercaderías apresadas y enganche de tripulaciones de buques corsarios artiguistas.

Se puede estimar, sin embargo, que Baltimore —por excelencia— acaparó el movimiento corsario, ayudado por su posición geográfica, cerca de las rutas del comercio español y de las fábricas de municiones que la guerra de 1812 había desarrollado en los estados centrales del Atlántico.

Los más arriesgados capitanes se habían hecho a la vela desde este puerto: Thomas Boyle, John Dieter, Daniel Chayter, James Chayter, James Barnes, John Danels, John Clarck, Joseph Almeida son algunos de los más conocidos y muchos de ellos estaban afincados en Baltimore (de la misma forma que la mayoría de los buques estaba patentada allí).

Estos veteranos de la guerra, al igual que sus oficiales principales, se plegaron a la causa artiguista, no sólo por razones económicas sino también por afinidad ideológica.

Por otro lado, el hecho de que Baltimore hubiera sido uno de los puntos principales de armamento de corsarios durante la guerra, lo hacía también menos permeable a cualquier legislación que intentase preestablecer normas a la actividad marítima.

Existía en esta ciudad un importante número de comerciantes de renombre, como David De Forest, W.G. Miller, Zimmerman, Lynch y Ca., a los que luego siguieron muchos capitalistas locales que dominaron finalmente la empresa del corso que, juzgada al borde de la legalidad, apostaba a que sus entretelones fueran lo menos claros posible.

El grupo más importante de comerciantes empeñado en el corso de Baltimore era conocido como “Consortio Americano” (nombrado a veces como el “Viejo” o “Nuevo Consortio”, pero con integrantes conocidos y repetidos en uno y otro).

Los puertos nombrados al principio de este apartado recibieron una gran afluencia de presas porque sus denuncias eran seguras y por la fácil colocación de las mercaderías requisadas, en particular en Baltimore.

Es de hacer notar que en Estados Unidos no existieron Tribunales de Presas ni Cortes de Almirantazgo, pero las presas eran llevadas a juicio, siendo juzgadas como en otras materias de derecho marítimo.

La situación planteada desde 1817

El corso fue para el caudillo oriental el medio más eficaz para hostilizar al invasor portugués.

La Banda Oriental había enarbolado su estandarte y, jurada su independencia, pidió su reconocimiento al soberano Congreso. Las pruebas de soberanía concretas fueron la expedición de patentes de corso y el tratado de comercio con Inglaterra (que buscaba no quedarse atrás después de los vínculos logrados con Estados Unidos), firmado en Purificación el 8 de agosto de 1817.

La opinión europea se sorprendió ante el reconocimiento de un caudillo sudamericano insurreccionado que se proclamaba independiente, mientras el general Artigas, en base a las ventajas jurídicas logradas, implementó el medio legal que capacitaría a su pueblo para presentar oposición al invasor. El ataque a su enemigo se dirigió a un punto neurálgico: el comercio, destruyendo con el corso sus vías de aprovisionamiento y comunicación en el mar. Esta acción se coordinaría con la encomendada a las fuerzas terrestres para cortar toda relación entre los núcleos portugueses.

La Corte portuguesa decidió entonces apoderarse de los puertos artiguistas, en especial de Colonia, punto desde donde zarpaban los corsarios y hacia el cual se dirigían las presas. (Debemos recordar que no se podía contar con Maldonado porque Gorriti estaba en manos de los lusitanos.)

La caída del puerto de Colonia, entregado por su comandante en octubre de 1817, que había sido tomado por los invasores como un gran logro, significó – paradójicamente– la evolución definitiva del corso artiguista.

La pérdida del mismo obligó a que Buenos Aires fuera puerto de salida de corsarios artiguistas o, mejor dicho, de corsarios con doble patente.

El gobierno de Pueyrredón –en guerra con Artigas– permitía el armado de corsarios artiguistas en Buenos Aires porque utilizaban también patente bonaerense.

Podría entonces justificarse una situación que a primera vista no tenía lógica. ¿Por qué necesitaban patente bonaerense contra España, si ya las de Artigas los habilitaban para hacer el corso a las dos naciones? La respuesta era entonces: porque así el gobierno de Pueyrredón no podía actuar contra ellos.

Según opinión de algunos investigadores como Bealer, el uso de la doble patente, que atrajo a los mejores comandantes y a las naves más poderosas, debilitó el poder del corso ejercido bajo patente de las Provincias Unidas.

Su criterio, compartido por Griffin, justificaba además el hecho de adoptar la doble patente en que –ya mermado el comercio español– se encontraba un campo más propicio de acción contra la navegación comercial portuguesa.

La situación fue criticada especialmente por parte de los investigadores argentinos del tema del corso rioplatense, pero todos están contestes en que el corso recibió un gran impulso en este período.

Esta nueva situación alarmó al jefe portugués, que de inmediato dio noticia a Rio de Janeiro manifestando su fundado temor por las consecuencias que preveía.

Se debe hacer notar, además que, buscando el general Artigas la garantía legal de sus corsarios, gestionó (a fines de 1817) el reconocimiento de su bandera, dirigiéndose en esa instancia a Chile.

El 20 de diciembre de 1817 el ministro francés en Rio de Janeiro, Cnel. Maler, informaba al duque de Richelieu que Artigas había enviado un diplomático ante O'Higgins a fin de que las presas de sus corsarios fueran aceptadas en los puertos

chilenos. Don Agustín Beraza tomó como prueba indiscutible de la aceptación de lo planteado por Artigas el crucero verificado por el francés Pedro Doutant en el "Congreso" (que este investigador aseguró se había cumplido con patente chileno-oriental).

Las protestas de España y Portugal. La obligada neutralidad de Estados Unidos

Tanto España como Portugal trataron de improvisar soluciones en procura de paliar las costosas pérdidas que les representaban los ataques corsarios.

El comercio español, que había constituido el blanco inicial, fue barrido del océano y pronto se observó que eran inútiles las estrategias de transferir sus naves a matrículas extranjeras, los esfuerzos por constituir una fuerza naval eficiente que resguardara sus unidades mercantes e incluso el recurso de armar sus propios corsarios.

La acción, cada vez más devastadora contra el comercio de ambas naciones ibéricas, provocó un notable movimiento diplomático, acrecentándose las protestas ante Estados Unidos.

Los americanos nunca habían estimado a los españoles, y por otro lado su ideología los llamaba a apoyar la causa que tenía como bandera los conocidos ideales de libertad e independencia. De acuerdo a ello las denuncias del ministro Onís no fueron tomadas con demasiada simpatía, llegándose incluso a solicitar su destitución cuando los reclamos eran hechos en tono demasiado imperativo.

Las protestas hispánicas ante el Congreso invocaban la aplicación del Tratado Pinkney (de 1795), mientras por otro lado conjuntaban todos los datos relacionados con el armamento en corso de la nave, contratación de tripulaciones, etcétera, los que, presentados como declaraciones juradas, servían como fundamento para iniciar una investigación, previa a la acusación judicial por violación a la ley de neutralidad.

El apresador era de inmediato demandado, exigiéndose la devolución de presa y carga bajo la acusación de piratería.

El caso del ministro portugués era sensiblemente diferente. El cargo era ocupado por el abate José Correa da Serra, botánico con reconocida autoridad científica internacional, que gozaba de prestigio personal y vinculaciones que iban desde el mismo presidente Monroe a otros políticos de primera fila como Jefferson y Madison. Esta influencia le fue de valiosa ayuda cuando en 1817 los corsarios artiguistas dejaron el ámbito platense para lanzarse al océano, localizándose sus bases en los puertos de la Unión.

A principios de 1817 las reclamaciones del ministro portugués se plantearon en el sentido de que las naves eran armadas públicamente, disimuladas bajo el aspecto comercial y patentizando la insuficiencia de las leyes de neutralidad del momento.

La innegable influencia del ministro Correa instigó ante Monroe el tratamiento de la enmienda (sobre todo con respecto al armamento de corsarios en los puertos

americanos) y posteriormente informó a la Comisión Legislativa encargada de estudiar la modificación de la ley.

La enmienda para impedir que se violase la neutralidad del gobierno –a pesar de la brillante campaña en reivindicación del derecho de las provincias insurreccionadas a ser libres, efectuada por el representante de Kentucky, Mr. Clay– fue aprobada el 29 de enero y promulgada el 3 de marzo de 1817.

A pesar de haberse sancionado la “ley de neutralidad”, la preocupación de las Cámaras estadounidenses por la situación política del Plata se observó en varios debates realizados a fines del mismo mes de marzo. Con abundante documentación, el representante de Mississippi –Mr. Poindexter– explicitó la posición bonaerense y las actitudes del gobierno de Pueyrredón, mientras que el representante de Maryland –Mr. Smith– analizó la lucha artiguista en simultaneidad con Buenos Aires y Portugal, calificando al general oriental como “en verdad un republicano”.

El secretario de Estado John Quincy Adams distinguía el curso que había ejercido su propia nación del que se ejercía entonces por parte de las hispanoamericanas, acentuando su crítica en los medios irregulares de enganche y la degeneración de las reglas, que eran rotas en forma flagrante y que llevaban en la práctica a la piratería.

Su oposición puso en vigencia una serie de proclamas presidenciales e incluso leyes efectivas, pero la mayoritaria opinión pública y el hecho directo de agentes federales locales involucrados, hicieron difícil hacer efectivo su reclamo de “neutralidad estricta” y transparencia de imagen. Estados Unidos no debía juzgar sobre la justicia de la situación, aunque imparcialmente se reconociera la ilegitimidad de los derechos de España y Portugal en la situación creada en la provincia Oriental (sobre todo con respecto de este último, quien ni siquiera poseía la pretensión que, como sus antiguos súbditos, España podía alegar contra los revolucionarios sudamericanos).

El propio presidente Monroe tenía una óptica mucho menos tajante que la de su secretario respecto de la empresa corsaria. Para él tenía mucha importancia la opinión favorable de la masa norteamericana, favorable a la causa de los revolucionarios. Pesaron también en su consideración las argumentaciones del Congreso, a pesar de las leyes aprobadas, así como la amenaza de las potencias atacadas –Portugal y España– cuyas reclamaciones llegaron –en ocasiones– a provocar tal tirantez que insinuaron un enfrentamiento más grave que el de la vía diplomática.

Fruto de sus presiones y de la línea de pensamiento de Adams se aprobó entonces la pena por el armado de buques corsarios de 10 años de cárcel y 10.000 dólares de multa, pudiendo los recaudadores de los puertos detener a aquellos buques que se supiera tener este propósito o cuya carga consistiera en armamento.

En 1817 el ministro da Serra logró que se le concediesen devoluciones de presas portuguesas, pero su influencia decayó debido a la represión del movimiento revolucionario estallado en Pernambuco el 6 de marzo de 1817, que implicó el asesinato de todos los líderes del mismo. Dicha rebelión, inspirada en movimientos

independentistas como el norteamericano, el rioplatense y el venezolano, era vista con simpatía por el gobierno de Estados Unidos, y su desgraciado final tuvo como consecuencia la discrepancia entre Monroe y el representante portugués.

Esta situación coincidió con el pasaje de corsarios bonaerenses a la bandera artiguista, con la intensificación consecuente de los ataques a naves portuguesas en las rutas del océano, y como resultado las consiguientes considerables pérdidas para las plazas de Rio de Janeiro, Bahía, Pernambuco, Lisboa y Oporto.

Es importante establecer además cómo influyó en el tema el Congreso de Aix La Chapelle reunido en 1818. En el encuentro internacional se planteó la compleja situación de las colonias españolas, mientras por otro lado se presentaba el enfrentamiento entre Portugal y las fuerzas artiguistas. El criterio europeo era que correspondía a España terciar en el asunto porque eran sus intereses los que habían sido vulnerados, dejándose en un segundo plano el problema de las luchas de las colonias por su independencia.

Este punto constituía la discrepancia con Estados Unidos pues las instrucciones enviadas por el secretario Adams indicaban que la argumentación que las potencias europeas hicieran en defensa de los intereses de España no lo harían apoyadas en ningún principio ni derecho, porque las colonias —como parte contendiente en una guerra civil— tenían el mismo derecho que España, y las demás potencias estaban obligadas a respetarlo.

Si bien el criterio ideológico expuesto por Adams no coincidía con el de las potencias, el punto de contacto se hallaba en que no podía permitirse la tolerancia del gobierno de Estados Unidos a los actos de piratería que los insurgentes practicaban contra las banderas de las dos naciones europeas.

Las presiones en reclamo de neutralidad que el gobierno norteamericano intentaba implantar llevaron a que en la práctica las acciones corsarias se hicieran más disimuladas: el pabellón artiguista era arbolado ya en alta mar, y en cuanto a las presas, se adoptó el procedimiento de efectuar el trasbordo de la carga, incendiando luego la presa y derivando las mercaderías con papeles fraguados a los puertos de la Unión.

Tal medio sin embargo no resultaba rentable: por un lado se perdía la presa y por otro el trasbordo dependía de la escasa capacidad de la bodega del corsario.

Baltimore, puerto preferencial por el porcentaje de aporte en naves, capitanes y tripulaciones, continuó siendo un bastión corsario, sobre todo para la reparación y reaprovisionamiento.

La estrategia en el Río de la Plata

Acompasando estos movimientos en el ámbito internacional, la política portuguesa desarrolló una serie de acciones en el Río de la Plata.

Lecor, aislado en Montevideo, se lamentaba en febrero de 1818 de que “un hormiguero de corsarios” tenía prácticamente cortada toda comunicación por mar con Brasil, y que provocaba pérdidas sin cálculo por los mercantes que caían en su poder.

En el ámbito del Plata, el uso de la doble patente provocó una gran tirantez en las relaciones entre Pueyrredón y Lecor, que por necesidades bilaterales no se llegaron a manifestar.

Es de hacer notar que las protestas y quejas se presentaban ante el gobierno bonaerense, dado que si se hubieran dirigido a Artigas hubieran implicado el reconocimiento de éste como Jefe de Estado y el de la Banda Oriental como una nación (como ocurrió con la firma del convenio de comercio con Inglaterra). Ello traería como consecuencia que los corsarios artiguistas no podrían ser ya considerados como "piratas", como los calificaban las autoridades portuguesas, y que ya no se podría usar este argumento fundamental para que se cuestionara jurídicamente al corso oriental.

Paralelamente Lecor presionó diplomáticamente al comodoro William Bowles, reclamando, entre otros asuntos, por el servicio de ingleses en las fuerzas orientales e incluso por la vigilancia ejercida sobre las naves portuguesas que bloqueaban los puertos artiguistas. Al parecer las gestiones no resultaron desfavorables y había quedado satisfecho por las providencias que había tomado Bowles.

Con respecto al cónsul Halsey —considerado principal responsable del nexo con los corsaristas de Estados Unidos—, Lecor y Pueyrredón determinaron su acusación ante el gobierno de dicho país.

Ese procedimiento buscaba además fines ulteriores: el escándalo diplomático —para eliminar un elemento peligroso del ámbito bonaerense— y desmerecer el prestigio de Artigas.

La prueba fundamental contra Halsey cristalizó en enero de 1818 y se basó en unas patentes en blanco enviadas para una nave que se estaba armando, incluyendo la del capitán, cuatro tenientes y seis para oficial de presas. Las patentes habían sido enviadas a De Wolfe —en Bristol— con la recomendación de que si no pensaba hacer uso de ellas las mandara al general Smith y su socio, Mr. Buchanan, en Baltimore. Este último —indignado— fue quien las hizo llegar al Departamento de Estado, considerando que era un atentado contra el honor de la firma que representaba.

Posteriormente se logró probar además que el cónsul percibía 5 por ciento de las ganancias de los buques para los que él obtenía patente de corso.

Se debe hacer constar que la conducta sobre la venta de tales patentes era común y, según se ha comentado oportunamente, se había obrado en igual sentido con las patentes en las Provincias Unidas, pero esta denuncia en el especial momento diplomático y ante el receptivo secretario Adams, tuvo el eco deseado.

Finalmente la comisión de Halsey como cónsul fue revocada el 22 de enero de 1818, aunque continuó en servicio hasta que llegó su relevo.

Muchas fueron las gestiones de Halsey ante el citado secretario para persuadirlo, primero de no destituirlo y luego de que volviera a nombrarlo en el cargo, pero sin éxito. A pesar de no ejercer ningún cargo oficial, sus cuantiosos negocios —entre los

que se contaba una gran hacienda de cría de ovinos de raza importados de Estados Unidos— lo mantuvieron en Buenos Aires.

No pasó mucho tiempo sin que Adams recibiera noticias de que G. Worthington, el relevo nominado, estaba también involucrado en negociaciones corsaristas, designando entonces para el cargo a David De Forest (un comerciante americano que se había establecido durante algún tiempo en Buenos Aires, que había sido asimismo uno de los primeros en invertir capitales en buques corsarios, contándose entre sus socios el conocido capitán Taylor).

Como complemento de la estrategia diplomática porteño-lusitana se instrumentó una campaña militar en la Banda Oriental, cumpliendo con varios propósitos, entre los cuales sobresalían alcanzar la unión con las fuerzas de Curado que habían quedado aisladas en Misiones desde el comienzo de la invasión y arrebatar los puertos al artiguismo.

Con la complicidad del gobierno bonaerense que buscaba también eliminar al caudillo; se lograron la derrota de su escuadrilla por fuerzas portuguesas al mando de Senna Pereira y la caída de los puertos de Paysandú, arroyo de la China, Purificación, ocupando el general Pinto Correa la margen izquierda del río hasta Mercedes.

Cumplido el objetivo, Portugal renovó sus reclamaciones con el propósito de que Estados Unidos mantuviera una real neutralidad, alegando que Artigas había perdido —al perder sus puertos— la capacidad de otorgar autorizaciones de corso y que las patentes ya expedidas eran nulas.

Ello llevó a que se ampliara la legislación en contra de los corsarios, dictándose disposiciones complementarias que trataban en particular sobre el reclutamiento de tripulaciones en los puertos americanos y los actos en el mar que violaban la ley de neutralidad estadounidense.

Una etapa de auge

En general se puede constatar que en el correr del año 1818 el puerto de Buenos Aires fue abandonado, derivando el armamento que se hacía en el Río de la Plata a los puertos de la costa Este de América del Norte, a pesar de las sucesivas leyes que trataban de erradicar la práctica corsaria.

Asimismo se produjo el abandono mayoritario de la patente de las Provincias Unidas, quedando los corsarios exclusivamente bajo bandera artiguista. Este hecho estuvo determinado por varios factores: los prejuicios evidenciados en su Tribunal de Presas (en el que todas las capturas portuguesas eran declaradas “malas” o “ilegítimas” y por lo tanto devueltas), la posición del gobierno porteño con respecto a la situación dada en la Provincia Oriental, las medidas adoptadas contra el cónsul Halsey, las acciones frente al gobierno estadounidense, etcétera, que colaboraron a provocar una reacción en los corsaristas, que se fueron alejando de esta causa.

Fue quizás el año 1818 la etapa más álgida, pudiéndose verificar que hubo un auge de sus acciones tanto en el Atlántico Norte como en el Caribe, provocando que el comercio español y portugués vieran su situación muy comprometida.

Incluso a pesar de las contingencias negativas ocurridas en el Plata, hacia el fin de 1818 –noviembre y diciembre– las operaciones corsarias en el litoral de Brasil se multiplicaron, existiendo registros que prueban numerosas capturas (en los que no figura el nombre del corsario que las había verificado).

Si bien en un principio se trató por parte de las autoridades de quitar importancia al problema, ante el cariz que tomaba la situación, zumacas, bricks, lanchas y hasta balsas patrullaron la zona en busca de paliar el acoso a los navíos portugueses.

La navegación en convoy fue otro de los recursos, anunciando a los comerciantes, mediante edictos, la partida de los mismos.

La incapacidad de controlar a los corsarios y el estado de desaliento que ello provocaba fueron transmitidos por la prensa lusitana, que en medio de lamentos y quejas amargas pintaba el oscuro panorama.

Según el agente del Lloyd's en Buenos Aires, se estimó que –en agosto de 1818– llegaban a un centenar las patentes otorgadas por Artigas, mientras que Destefani las hace llegar a 170 y Rodríguez-Arguindeguy, sin arriesgar cifras sugieren que con los avances de la informática se facilitará la ubicación de las documentaciones en los repositorios más lejanos, pudiéndose así dar una versión acabada de la lucha librada por los corsarios en ríos y mares por la causa de la independencia americana.

La audacia de los rápidos veleros llevó a que los mares del mundo se volvieran cada vez más inseguros para los poderosos navíos portugueses y españoles, los cuales no podían escapar de su acoso ni siquiera navegando escoltados por buques de guerra.

Las autoridades españolas buscaron otra solución al problema: autorizaron también el corso, realizándolo en forma indiscriminada, es decir sin ningún respeto por banderas neutrales e incluso atacando a buques mercantes británicos que comerciaban en la zona de las Antillas, a lo que Inglaterra contestó con duras medidas de represión.

El Prof. Beraza marcaba la zona abarcada desde principios de 1818 por el corso de bandera artiguista: en el hemisferio Norte presentaba los puntos neurálgicos de Baltimore, Bermudas, Azores, Finisterre, el litoral hispano-portugués hasta Gibraltar, seguía luego hacia Madera, Canarias y Cabo Verde, con una prolongación por el litoral africano hasta Angola; en el hemisferio Sur se presentaba el punto de arranque en el Rfo de la Plata, continuando por el litoral atlántico de la Provincia Oriental y Brasil, hasta el Cabo Blanco, cerrando el circuito en Cabo Verde.

Dichas zonas estaban determinadas por las rutas del comercio de ambas naciones ibéricas, aunque debemos hacer notar que muchas veces no sólo contaba como valiosa la carga incautada, sino que también era importante la correspondencia oficial –que en razón de la vulnerabilidad patentizada se hizo usual que fuera derivada a buques de bandera neutral–. Esta noticia nos da la pauta del respeto a estas naves, desmintiendo

las informaciones sobre ataques indiscriminados de que eran acusados los corsarios en reiteradas ocasiones.

En 1819 el corso bonaerense seguía perdiendo proyección y sus capitanes continuaban pasando a la bandera del Protector con patentes obtenidas de los socios de Halsey, o en Baltimore (aun cuando las medidas radicales tomadas por el gobierno obligasen a efectuar los cruceros en forma más reservada).

Desde Montevideo Lecor insistía ante sus superiores en el tema de la insuficiencia de su escuadra, en procura de no dejar crecer más el poder corsario y asegurando sería el único medio para afirmar verdaderamente el poder en el Río de la Plata.

Muchos documentos, que denunciaban la multiplicación del corso, sobre todo en la costa brasileña, adjudicaban a su vez la mayor parte de culpa a la escasez –o precariedad– de medios y socorros que se enviaban desde Río para vigilar la costa del Norte.

Una comunicación del gobernador de Pernambuco al conde dos Arcos le informaba que la goleta “Velha de Dio” –destinada a custodiar la zona– estaba en clara desventaja ante las fuerzas que debía enfrentar, reclamando el envío de fragatas, únicas con el poderío suficiente para imponer orden en la navegación de esa costa. A fines de enero de 1819 se unió a la goleta citada la corbeta “Princesa Real”, proponiendo el cuerpo de comercio efectuar una suscripción para comprar otras naves. Se adquirió entonces la goleta “Voluntario”, a la que se agregó posteriormente el bergantín “Audaz” y, siguiendo el consejo del director de Marina de la Capitanía, se armaron varias lanchas con piezas de a 12 –capaces de operar en aguas poco profundas– para la defensa de la costa cercana al puerto.

En setiembre los informes denunciaban que las naves mayores no daban abasto para cumplir sus misiones y muchas veces sufrían duros ataques corsarios que las dejaban inactivas por períodos extensos, no cesando los reclamos por las fragatas –o al menos una fragata y un brick– para defender la costa y asistir al comercio que se encontraba prácticamente paralizado, no pudiendo zarpar ni un barco pequeño entre puertos cercanos.

Esta paralización, incluso de la navegación de cabotaje, significaba en concreto el éxito de la estrategia artiguista.

Por fin se produjo el envío de la reclamada fragata: la “União” que llegó a Recife el 14 de noviembre, comenzando de inmediato su patrullaje.

Los resultados no se hicieron esperar, el puerto se vio “más libre” de corsarios, aunque se informaba que los mismos continuaban efectuando ataques cerca de la costa de Ceará.

Al igual que en 1818, se constató una real dificultad para establecer el número y los detalles de las naves que salieron en corso con patente del Protector. Se puede asegurar que también en 1819 existió un número importante –aunque no cuantificado– de corsarios que no han podido ser individualizados, constando sólo algunos de estos buques que aportan en los registros una abundante lista de apresamientos.

La problemática de las ventas de presas y cargas. Las cortes de Venezuela

Debido a que la legislación americana se fue radicalizando en procura de controlar la actividad de sus puertos, fue indispensable buscar un lugar donde se reconociesen los derechos de los corsarios.

En base a lo expuesto y aprovechando la vecindad, se llevó a cabo un tráfico intenso con las Antillas, siendo muy utilizados los tribunales de San Bartolomé, Santo Tomás y Guadalupe. Fue usada también la isla Amelia, y en el Golfo de Méjico funcionaron especialmente los puertos de Nueva Orleans y Galveston.

Asimismo tuvo injerencia en el juzgamiento de presas de corsarios rioplatenses el Tribunal de Almirantazgo inglés que estaba ubicado en la isla Antigua, en San Juan. (Inglaterra mantendría su neutralidad ante Europa, pero sin perder oportunidad de tratar de ganar sus espacios.)

Debemos decir que en ninguno de estos puertos existía un mercado activo para los ricos cargamentos expropiados por los corsarios, consistentes en productos tales como café, azúcar, cigarros, rapé, cueros, vinos, mercurio, cobre, caoba, etcétera.

Fue entonces que se estableció un comercio subrepticio con Estados Unidos, adonde ingresaban tales artículos bajo una apariencia de origen más regular.

La maniobra más usual era iniciada por los agentes quienes trataban con los capitanes corsarios y, con la intermediación de los comerciantes locales, llevaban a cabo complicadas transacciones que finalizaban en la "legalización" de los cargamentos, cambiando o eliminando las marcas de embarque. En tales condiciones ingresaban a los puertos americanos en buques mercantes, cuyos capitanes estaban también en su mayoría en conocimiento de lo actuado, aunque negaran el hecho para no involucrarse en problemas legales.

Los cónsules español y portugués estaban atentos a la llegada de estos buques en procura de descubrir cualquier pista que les diera pie a los innúmeros reclamos.

En otras ocasiones se hacía una venta simulada, lo que posibilitaba un embarque aparentemente legal desde las Indias Occidentales, no figurando en los documentos de carga ningún nombre de los capitanes corsarios.

Las cargas ingresaban así munidas de papeles expedidos en aquellos puertos, dependientes de potencias menores: Saint Thomas, danesa; San Bartolomé, sueca; Curaçao, holandesa; e incluso en Kingston y Jamaica, donde muchos ingleses se integraban a los tratos corsarios. (Luego del Congreso de Aix La Chapelle la isla de San Bartolomé dejó de recibir corsarios. Sus cercanías de parajes solitarios en la zona de "Cinco Islas" eran utilizadas frecuentemente por los corsarios para reunirse con sus presas.)

El 3 de marzo de 1819 se prescribió en Estados Unidos la condena a la piratería —estipulando concretamente lo que se entendía por tal— y disponiéndose para este delito la pena de muerte.

Ante estas medidas el general Artigas, del mismo modo que había gestionado el reconocimiento de su bandera ante el gobierno de Chile, lo hará en 1819 con Venezuela. El 20 de julio de 1819 Artigas solicitaba a Bolívar reconocimiento, apoyo y acogida de sus corsarios y las presas de los mismos en la Corte de Almirantazgo instalada en Juan Griego –Isla Margarita– el 26 de marzo de ese año. La gestión tuvo buena acogida y se han hallado varias sentencias favorables a las capturas juzgadas en este tribunal.

Se conocen asimismo varios corsarios que actuaron bajo doble patente venezolano-artiguista. La derivación de las presas artiguistas a puertos favorables fue acompañada de un incremento de la circulación de sus patentes, además de la ampliación de su radio de acción.

El tribunal de Juan Griego se transformó en 1819, por disposición del Congreso Nacional, en dos Cortes de Almirantazgo –la de Angostura, sobre el Orinoco y la de Margarita en Juan Griego.

Dichas cortes estaban reguladas –para el dictamen de sus sentencias– por un Reglamento Provisional que constó de 18 artículos.

Juan Griego absorbió el movimiento corsario artiguista, formándose allí un importante mercado abastecedor de mercaderías portuguesas y españolas a muy buen precio, que eran llevadas a Estados Unidos –según las estrategias descriptas anteriormente– donde les permitían ingresar libremente por las aduanas.

Hubo sin embargo dos jefes navales venezolanos –Brion y Jolly– que plantearon conflictos a los corsarios que actuaban con patentes de nuestro caudillo.

Brion pretendía visar las patentes de los capitanes corsarios previo a que éstos actuasen en el Caribe, actitud a la cual se opuso el presidente de la Corte, quien era miembro también del Supremo Poder Judicial.

Otra documentación incontestable en que se manifiesta la posición venezolana ante el problema del corso artiguista es uno de los 37 artículos de las instrucciones dadas a los Comisionados del Congreso de Venezuela ante la Corte de Londres para buscar los medios de argumentar sobre la lucha por la independencia de ese país y el de Nueva Granada. En el artículo 26 de estas instrucciones se leía:

“Si el General Artigas tuviese algún Agente en la Corte Británica será tratado con la consideración que merece un Jefe irreconciliable con la tiranía española, se hará cuanto sea posible por la reunión a las Provincias de Buenos Aires y por su reconciliación con el director de ellas. Los corsarios armados por Mr. Jolí con bandera de Venezuela han regresado y conducido a Margarita algunas presas hechas por los del General Artigas. Allí se han vendido y depositado su producto hasta averiguar la legitimidad de las patentes de los apresadores; pero una vez que son respetados por los buques británicos y sus Almirantes, se verificará su restitución. A ese intento se han dado en El Correo del Orinoco las publicaciones correspondientes: y el Gobierno actual de Venezuela no ha aprobado ninguna de estas represas. Será una satisfacción

para Artigas y sus Agentes y un medio de provocar más eficazmente su concordia y reunión con Buenos Aires. En tal caso evacuarán los Portugueses Montevideo y sería incorporado en la unión de las Provincias del Río de la Plata".³

Las autoridades venezolanas mostraron entonces un apoyo total al general Artigas, evidenciando una identidad con los ideales de su causa, mientras se dejaba asentada la completa desaprobación a los procedimientos de los citados jefes navales (tema que quedará totalmente explicitado en el resultado de los juicios que se expone más adelante).

Hacia el fin

El 20 de abril de 1820 se dictó en Washington otra ley que establecía disposiciones específicas respecto de la neutralidad de Estados Unidos, que obedeció sobre todo a las presiones ejercidas por las naciones agredidas: España y Portugal, y que básicamente tendía a obstaculizar el corso rioplatense.

Fue importante también en este período el papel que jugó la prensa en el tema.

Se podría observar que los periódicos del Norte en particular manifestaban la tendencia de una crítica severa, buscando la protección de intereses comerciales y en defensa de relaciones de política internacional que creían debían regir al país.

Los defensores de la prédica de Adams, anticorsaristas por convicción e interesados como el Secretario en que se concretaran las gestiones del Estado para la compra de los territorios de la Florida –indispensables para la expansión hacia el Sur–, apoyaron y favorecieron todas las medidas tendientes a terminar con el corso rioplatense que, partiendo de la costa norteamericana, afectaba en grado sumo al comercio español (propietario entonces del territorio en cuestión).

En contraposición encontramos los sectores que se manifestaban favorables a la doctrina predicada por Henry Clay en el Congreso, integrados en la práctica tanto por autoridades como particulares que se movían alrededor de la empresa corsaria.

El portavoz de esta tendencia fue especialmente la prensa de Nueva York al Sur, en general proclive a la causa corsaria y al movimiento de insurrección encabezado por el caudillo oriental. Muchos de estos medios se fueron comprometiendo en un estudio profundo de la situación política, que contribuyó en difundir su sentido, así como en la formación de un "concepto" defensor de las ideas independentistas propias del "sistema americano", antagónico al europeo.

En este sentido fueron también importantes los seguimientos de los juicios por piratería, el estudio de las apelaciones, teñidas con la filosofía que defendían, la transcripción de las sentencias acompañadas por fundamentos de gran peso político e importancia teórica. Más allá de las controversias, lo relevante fue el logro, al despertar el interés general por el tema, popularizando el problema y sus distantes y –ya no desconocidos– involucrados.

En medio de las polémicas el 15 de mayo de 1820 una nueva ley concretó una medida dirigida a excluir a Baltimore como puerto corsario.

El puerto de Baltimore y el de Savannah eran dos reductos en los cuales se puede asegurar fehacientemente que toda legislación contra la práctica corsaria había sido “letra muerta”, estableciéndose tácitamente la inmunidad del corso que continuó ejerciéndose a espaldas de la ley.

El ciudadano común, sobre todo en la primera de estas ciudades, no dudaba en expresar que el corso era de interés general y un factor preponderante para el desarrollo.

Se ha puesto de manifiesto que además de personas distinguidas que participaban activamente en el corso, había autoridades de jerarquía involucradas en el armamento de corsarios –tales como el jefe de Correos o el recaudador del puerto.

Por otro lado las autoridades judiciales actuantes en los Tribunales de Justicia desconocían al Congreso la facultad de cambiar mediante leyes las disposiciones establecidas en la Constitución.

Algunas pautas podrían hacer pensar que en realidad todas las medidas tomadas por el Ejecutivo norteamericano eran –para la mayoría de los legisladores– más una pantalla para evitar la protesta internacional que medidas conducentes a erradicar verdaderamente el problema del corso.

El caso del juez Teodorico Bland, decidido partidario de la causa independentista sudamericana y quien veía al corso como un medio lícito de lucha, fue uno de los ejemplos más claros en ese sentido. Cuando dicho funcionario fue nombrado como Juez del Distrito del Estado de Maryland, el Procurador General de Estados Unidos aludió a este hecho como “un permiso general de los corsarios para actuar”, pero a pesar de estas protestas y de conocerse la posición de Bland, se mantuvo su nombramiento.

Se puede observar que en todos los puertos norteamericanos la simpatía y el apoyo por la empresa corsaria y la causa que la motivaba se patentizaron en hechos como la posición de los jurados encargados del dictamen en los pleitos y hasta en los discursos de los mismos congresistas –a pesar de las leyes sancionadas en ese ámbito.

Analizando la situación en forma global podríamos concluir que entre 1817 y 1821 la situación en Estados Unidos fluctuó entre estos dos polos opuestos, impidiendo que el sentimiento por la causa independentista llegara a traspasar los límites controlables comprometiendo la neutralidad de su país y tratando de que las reclamaciones diplomáticas no inhibieran la libertad de acción del Ejecutivo.

En base a sus lineamientos se puede decir que el gobierno de Monroe mantuvo una política de efectos básicamente desfavorables para el artiguismo. Las sucesivas leyes sobre el corso obstaculizaron la única fuente de recursos, pero su relativo cumplimiento resintió en ambos sentidos el prestigio de la Unión.

El período en el Plata

Paradójicamente, cuando la situación del caudillo oriental iba perdiendo terreno, muchos comerciantes ingleses radicados en Buenos Aires, capitanes corsarios

conocidos y aun los oficiales británicos en actividad, apoyaron mayoritariamente la causa artiguista.

En enero de 1820, por ejemplo, el oficial a cargo de las fuerzas navales —capitán Frederick Maitland— solicitó a Lecor la entrega del marinero John May, que había sido apresado. Ante el requerimiento Lecor contestó que ya había dado orden al vicealmirante de su flota para que verificase la devolución del citado prisionero, pero justificaba la aprehensión agregando que el marinero iba guiando al teniente de la Real Marina Inglesa —Walkin William Little— a las huestes artiguistas, a las que iba a unirse.

De la misma forma algunos capitanes —como Jorge Ross— se lanzaron en crucero contra las naves portuguesas en las zonas del Plata superior y en el río Uruguay.

Informes sobre las acciones, unidos a la denuncia de que el citado Ross se hallaba armando cuatro lanchones para actuar en el río Uruguay, acrecentaron fundadamente la alarma de Lecor que planteó el hecho ante el jefe de la estación naval inglesa, solicitando el castigo correspondiente.

En 1820, justamente, se efectuó el relevo en la jefatura de la mencionada estación británica, sustituyéndose al ya conocido comodoro Bowles por el comodoro Thomas W. Hardy, quien de inmediato fue asediado por Lecor, esperando encontrar la misma colaboración que —según decía— le había prestado Bowles.

En febrero de 1820 el Tratado del Pilar había tenido por consecuencia una intensificación de la campaña corsaria.

En setiembre de dicho año se comprobó un claro impulso de los cruceros en el litoral Norte brasileño, lo que se patentizó en las documentaciones lusitanas (se registraba la noticia de que en ese mes una nave corsaria había hecho nada menos que 22 presas, sin que se precisaran el nombre de la misma ni otros detalles).

Los arbitrios a fin de paliar los ataques corsarios llevaron al alistamiento de una nave particular en Bahía —el bergantín “Ulises”— bajo el mando del capitán teniente Felizardo Antonio de Sa Miranda.

El “Ulises” y la corbeta “María da Gloria” zarparon en procura de capturar a los corsarios que cruzaban los puertos brasileños, consignándose que las tripulaciones tenían asignados premios en el caso de recuperar naves o cargas que éstos hubiesen logrado.

Hacia los últimos meses de 1820, si bien van a efectuarse cruceros importantes, el número de corsarios en el litoral brasileño tendió a decrecer.

Se hace constar que —al igual que en los otros períodos— el hecho de los apresamientos se presentaba confuso e incluso que hubo presas que no correspondían exactamente a ninguna de las naves que estaban actuando en esa zona.

Era entonces que Artigas abandonaba su campo de lucha y se retiraba a Paraguay.

Su pabellón y sus patentes le hacían todavía el guía de decenas de corsarios que eran como portavoces de su ideología en desafío a la opresión bajo los cielos del mundo.

Los corsarios prosiguieron sus campañas sin importar los cambios políticos que habían acaecido en el Río de la Plata, apareciendo como –poéticamente los describió el Prof. Beraza– “el eco de la rebeldía del gran caudillo”.

Últimos corsarios. Repercusiones diplomáticas

Si bien es cierto que en 1821 los corsarios terminaron la gestión, hubo casos aislados que continuaron haciendo flamear el orgulloso pabellón tricolor hasta avanzado ese año.

Esta última campaña (1820-1821) se distingue además por haberse extendido la ruta de acción de los corsarios, penetrando en el Mediterráneo (cruceros del “Argentino” y “General Rivera”).

Pero lo que deseamos tratar en esta etapa concluyente son las gestiones diplomáticas cuyos actos, en las cancillerías y en los tribunales de Justicia, dilataron la controversia corsaria.

El origen de dichas gestiones se dio en la actitud –que ya adelantamos– del jefe de la escuadra venezolana, almirante Brion.

Decidido a tomar medidas para asegurar el normal desarrollo de los cruceros en las Antillas, llegó a exigir –sin ningún respaldo legal– que las patentes fueran refrendadas por él para que los corsarios pudieran actuar en aguas de Venezuela y Nueva Granada. Así tomó buques que arbolaban el pabellón artiguista, llevándose éstos o sus presas a Margarita, donde debieron hacer frente a la acusación de piratería formulada por el citado almirante.

Los capitanes –Doutant, del “Gran Guaycurú”; Juan Danels, del “Irresistible”; J. Morgdrige, del “Ligero”, nave propiedad de Danels; Juan Clark, de la “Fortuna”; y A. Bond, de la “Constancia”– sustentaron sus reclamaciones ante el Estado, iniciándose pleitos dilatados cuyo fallo final significó el reconocimiento por parte de Venezuela de que los apresamientos de Brion habían sido ilegales y los embargos estaban viciados de nulidad.

Implícitamente esa sentencia suponía un doble reconocimiento: el derecho de Artigas a armar corsarios, y el del Estado oriental, en uso de sus facultades soberanas, independiente de hecho y de derecho, que revestía a los barcos que navegaban con patente y bandera artiguistas de las inmunidades que poseían las naves de las naciones libres que salían al corso.

La causa de Doutant tuvo definición a su favor en 1829 ante la gestión de nuestro gobierno. Los demás casos antedichos, cuyas tramitaciones fueron impulsadas por el gobierno estadounidense ante el colombiano, llegaron hasta 1846. En esta fecha se llegó a una solución satisfactoria para los demandantes que significó la restitución de los montos obtenidos por la venta de las naves y sus cargamentos, depositados en el Tesoro del Estado, pero sobre todo fue para la causa, la justa ratificación moral.

La resolución dejó establecido el derecho de los cuatro capitanes corsarios artiguistas, aunque se hizo una declaración oficial de abandono de todo derecho a la

parte de nuestro gobierno (beneficios que establecía el artículo 3º del Reglamento de Corso).

De esta manera, más de 20 años después, se cerraba el último capítulo del curso artiguista.

Balance general del curso artiguista

Convencido Artigas de que la maquinación urdida en Rio de Janeiro y plasmada en el avance sobre la Banda Oriental estaba destinada a aplastar a la República como sistema político, y que desde Buenos Aires las clases dirigentes apoyaban el plan, decidió llevar a cabo los sacrificios necesarios para evitar que esos caros ideales fueran avasallados.

La posición vulnerable del Protectorado y sus escasas posibilidades de éxito en el enfrentamiento paralelo con los ejércitos porteños y los efectivos portugueses, veteranos de la guerra contra Napoleón, no le hacían alentar esperanzas en el futuro de la causa, pero su empeño y el de sus hombres constituyeron el mejor tributo en defensa de sus conceptos políticos.

Con los elementos a su alcance el caudillo oriental improvisó procedimientos para disputarle terreno al invasor, pero en el mar los corsarios constituyeron la otra cara de ese ejército tesorero.

De acuerdo a todo lo expuesto, el azote constante que ejercieron los corsarios sobre la navegación de ambas naciones europeas influyó indiscutiblemente en el conocimiento y la difusión de la causa del general Artigas.

El tratamiento de las consecuencias derivadas de la acción naval de los corsarios, que motivó extensos debates en Estados Unidos; las polémicas en congresos internacionales; el apoyo de distintos gobiernos y los veredictos tardíos respecto de las conductas tomadas frente a sus acciones, contribuyeron al reconocimiento de los derechos de la nueva República y de su estado de beligerancia con las potencias mencionadas.

La reivindicación de sus campañas corsarias, ubicadas en un ambiente de guerra – así como que España autorizó también el corso (que verificó en operaciones realmente catalogadas como de piratería)–, permite apreciar el mérito de aquellos que actuaron por identificación con los ideales republicanos de los que don José Artigas fue encumbrado defensor.

A pesar de las presiones ejercidas en diferentes ámbitos, el cese efectivo del corso llegó recién en octubre de 1821, después de ser ejercido en gran escala y haber jugado un rol fundamental en el esfuerzo por anular las pretensiones colonialistas españolas y desgastar el propósito del invasor portugués de alcanzar la frontera natural de sus dominios.

La derrota artiguista significó el triunfo de los principios republicanos, su enfrentamiento dispar potenció la soberanía de los pueblos del Plata. Su retirada no

marcó la decadencia de la doctrina sustentada sino que, por el contrario, ésta se hizo firme en las libertades provinciales. Triunfó la independencia frente a las pretensiones de colonialismo de España y Portugal, la república frente a la monarquía, la federación frente al centralismo. El papel que le cupo al corso en el proceso es indiscutible.

Por último debemos reconocer como realmente meritoria la tarea llevada a cabo por nuestro recordado profesor y amigo don Agustín Beraza, quien despertó el interés por este tema fundamental en la historia de las incipientes naciones americanas.

Es importante también resaltar la calidad de la investigación verificada por Horacio Rodríguez y Pablo Arguindeguy, cuya obra sobre el corso rioplatense es un ejemplo de profesionalismo que extenua la investigación en los más variados repositorios de fuentes: archivos de ambas orillas, la más variada prensa de los puertos americanos y la bibliografía especializada de nivel indiscutible. Estas obras, junto a las de Griffin o Chandler e incluso las Memorias del propio John Quincy Adams, han servido para que el corso artiguista reivindique su verdadera e importante dimensión.

Notas

1. Comunicaciones de Artigas al Cabildo de fecha 1º de julio y 8 de agosto de 1815. Cit. en Martínez Montero, Homero. *La flota mercante artiguista de 1815-1816*. Sup. El Día. Año XXIII. N° 1127. Agosto 22 de 1954.
2. Según el documento del Archivo Artigas, tomo XXI, págs. 257-258.
3. Urrutia, Francisco. "Páginas de Historia Diplomática. Estados Unidos de América y las repúblicas Hispano Americanas de 1810 a 1830". Bogotá. 1917. Pág. 118-210. Cit. en Beraza, pág. 172.

Bibliografía

- Adams, John Quincy. "Memorias. 1795-1848". Edit. por Charles F. Adams. Pub. por J.B. Lippincot & C°. Philadelphia, Pennsylvania. 1875.
- Bealer, Lewis Winkler. "Los corsarios de Buenos Aires. Sus actividades en las guerras hispano-americanas de la independencia. 1815-1821". Facultad de Filosofía y Letras. Pub. del Instituto de Investigaciones Históricas. N° LXXII. Imp. Coni. Bs. As. 1937.
- Beraza, Agustín. "Los corsarios de Artigas". Centro de Estudios Históricos Navales y Marítimos. Unidad Reprotécnica del Ministerio de Educación y Cultura. Montevideo, 1978.
- Chandler, Charles. "Inter-American Acquaintances". The University Press of Sewanee Tennessee. 1917.
- Destefani, Laurio. "Campañas corsarias de 1818 a 1825". En *Historia marítima argentina*. Tomo V. Imp. Buenos Aires.
- Griffin, Charles. "El corso desde Baltimore durante las guerras de la independencia hispano americana". *Revista Histórica de Maryland*. Tomo XXXV. Marzo, 1940.
- Martínez Montero, Homero. "La flota mercante artiguista de 1815-1816". *El Día*. Suplemento. Año XXIII. N° 1127. Agosto 22 de 1954.
- Pivel Devoto, Juan. "Los corsarios de Artigas en nuestros Anales Diplomáticos. Contribución documental". *Materiales para la Historia Diplomática del Uruguay*. Apartado del Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores. Tomo II. N°s 4-5. Imp. Nacional. Montevideo, 1933.
- Rodríguez, Horacio - Arguindeguy, Pablo. "El corso rioplatense". Instituto Browniano. Buenos Aires, 1996.

* Asesora de Dirección del Centro de Estudios Históricos Navales y Marítimos. Museo Naval. Armada Nacional. Montevideo.

FRANCESCO ANZANI

Rosanna Moscatelli

Comenzamos a presentar este resumen de la primera parte de la biografía de Anzani, que nos muestra a este idealista y patriota ejemplar en los primeros años de su vida y hasta su juventud, en el N° 18 de "GARIBALDI". En este número completamos la publicación de lo que atañe a este período de su vida, que era el menos conocido para los uruguayos.

Recordamos que este interesante libro de la **profesora Rosanna Moscatelli** fue editado por la Escuela Media Estatal de Cantú, con la colaboración de la Municipalidad de Alzate Brianza y del Banco de Crédito Cooperativo de la Alta Brianza-Alzate Brianza e impreso en 1999 por la Editora Meroni, de Albese con Cassano (Como), Italia.

Nos lo hizo llegar, gentilmente, el **Dr. Egone Ratzenberger**, ex embajador de Italia en Uruguay.

La traducción es de la Prof. María Sagario.

C.N.

LA FASCINACIÓN POR LA LIBERTAD

Desde el bergantín "Speranza", 12 de mayo de 1848

En la silenciosa extensión atlántica la "Speranza" parece dormida. Debajo de la cubierta la atmósfera es única, penetrante, densa y envuelve esperas y nostalgias.

Nostalgia de libertad, la experimentada en muchas batallas, en la línea de fuego, cuando las convenciones sociales, en momentos de peligro tan grande, son las primeras en caer.

Libre se había sentido Anzani también cuando había abandonado Italia, haciéndose ciudadano del mundo. ¿Cuándo? Los recuerdos surgen trabajosamente. ¿Qué ha pasado con su casa de Alzate, con su Liceo, con la Universidad? ¿Con los amigos? ¿Con Amadeo, con Origoni, con el profesor Marchesi y con la señora Galanti que lo había alojado en sus inicios universitarios en Pavía?

En la guerra no hay lugar para estos pensamientos ni para las convenciones que regulan lo cotidiano. El día y la noche no son diferentes. Y las estaciones no son

diferentes. Alzate: sí, ¿qué estación del año encontrará en Alzate? Él, el hombre de frontera, el hombre que conoce la línea de fuego ya no sabe qué es aquella ridícula alternancia del día y la noche: su tiempo es el tiempo de lo imprevisto, del sueño interrumpido, de las comidas sin horario, tomadas según las circunstancias, sin ninguna referencia a la luz o a la oscuridad. Quien está en el frente se lava cuando puede y duerme donde y como puede.

¿Cuántas veces ha observado en sí mismo el fracaso de la esclavitud cotidiana, la derrota de la costumbre que cansa? Su mente sentía una satisfacción impertinente, pero había algo noble y justo en aquella revancha sobre el pacifismo de la retaguardia.

Alguien canta en la cubierta. Anzani escucha entre una y otra crisis de tos:

“...ci chiamasti con santa promessa
noi siam giunti all’invito di un pio,
giubilando per l’aspro sentier”.

¿Qué extraña canción! No le parece la que Coccelli compuso para su regreso a la patria. Es una canción triste, llena de nostalgia. No de Salto, ni de Martín García verdeazul, ni de las cuchillas, las angostas y alargadas colinas uruguayas. Escucha con mayor atención.

“¡O fresch’aure volanti sui vaghi
ruscelletti dei prati lombardi!
¡Fonti eterne! ¡Purissimi laghi!
¡O vigneti indorati dal sol!”

El corazón le da un vuelco. No se siente preparado para estas emociones. Desde hacía tiempo había aprendido a disolver el torbellino de los sentimientos y de las preocupaciones personales: cuando se está en primera línea se escapa del alma, sin esfuerzo, aquella prisión paralizante que son las pequeñas preocupaciones de la casa, del futuro, del éxito, de la salud. Está cansado, la tos le sacude la garganta, pero no tiene intención de encontrar, al regresar a Italia, el tropel fastidioso de los cuidados cotidianos.

Alterna momentos de sopor con otros de gran lucidez: en estos momentos el alma, lejos del peligro inmediato de la batalla, por fin se percibe a sí misma y observa la luz que la colma interiormente.

Odicini le había suplicado que no se embarcase en aquellas condiciones. Pero él está todavía vivo y ni siquiera sabe de qué fibras resistentes son las cuerdas que lo unen todavía a la vida. Todo lo que hasta ahora le ha sucedido ha encontrado correspondencia dentro de él. Menos este mal que le mancha, inexorablemente, los pulmones. Conoce la espina que lo hiere. Odicini, en Montevideo, trataba de curarlo sin hacerlo sufrir. Pero ya hablando le ofrecía el mejor de los bálsamos.

La “Speranza” se balancea en el mar; ruidos de jarcias y crujidos de maderas desvencijadas. ¡Su primer mar! ¿Hacia Grecia? ¿O de Lisboa a Barcelona con los Cazadores de Oporto al mando de Borso di Carminati? Días sombreados por las velas, días acariciados por el viento del sur, el agua del mar de sabor penetrante y él, cuyo espíritu nunca ha sido inconsistente como la espuma de la ola, construyendo algo duradero en la vida.

Desterrado de su tierra, condenado al exilio, al silencio y a la inacción por un período que no tiene período, sigue la ruta de su fe y de sus ideales. Siente que está en presencia de una obra que debe cumplir, una obra por la cual su mente, su corazón, sus sueños están prontos para darse por entero. Prontas están en él las energías morales, la amplitud espiritual de la que goza, tensos están todos los resortes de su ser, autorizadas todas las audacias que siente que posee.

¡Su primer mar! Ha navegado por tierra y por mar, dieciséis años en alta mar, se ha cruzado con otros valientes, hermanos en los remos de una nave que no tenía puerto. Se balancea la “Speranza” y es de noche. Anzani acicatea la memoria y piensa en los adioses, en la dolorosa pero irrenunciable elección de partir. Italia, durante un tiempo infinito –por lo menos así le había parecido al alejarse del puerto– había detenido para él la línea del horizonte, en cuyo color él había descendido como por una inesperada inmersión de luz.

En Grecia

1832 es, para Anzani, un año extraordinario. Deja la Universidad y, según algunos biógrafos, es el año de su viaje a Grecia. ¿Es una fuga? ¿Son vacaciones? ¿Una aventura? ¿Un simple viaje? ¿Es una búsqueda de sentido para la vida? ¿Participa con voluntarios organizados en acciones de guerrilla? ¿En qué lugares y con quién vive este encuentro sorprendente con la tierra de Agamenón y de Pericles? ¿Qué nobles y melancólicos pensamientos lleva consigo en la inquietud de su andar más allá de lo cotidiano? El país está infestado de bandidos, atormentado por una guerra que ya dura desde hace siete años. Pero allí están los lugares de la infancia de la libertad y de la democracia, los lugares de origen de la dialéctica y de la retórica, de la discusión que no quiere vencer sino convencer, que quiere aferrar en cada pensamiento el soplo de verdad que contiene: frente a él Grecia, una presa magnífica para el vuelo del alma y de la mente, todo un universo de historia y de arte que se abre al tiempo y a los recuerdos de la escuela. Y esto a pesar de que la tierra de Aquiles y de Platón, de Solón y de Eurípides, está cubierta de cenizas y de opresión.² “Eran los tiempos en que Grecia, después de librarse del yugo otomano, levantaba sobre los escollos de Saouli, de Nissolungi y de Parga, la bandera de la cruz. Desde todas partes de Europa hombres generosos acudían en ayuda de aquellos valientes –a su causa Byron dedicaba su dinero, su vida, la inspiración de su musa– y Anzani, intrépido voluntario, le dedicaba la ayuda de su brazo y las primeras pruebas de su joven espada.”³

Los primeros biógrafos de Anzani, Giberto Scotti y Bartolomeo Odicini, afirman que Francesco Anzani parte para Grecia antes de terminar el segundo año de Matemática en la Universidad de Pavía. Para ellos, y son testimonios muy atendibles, en Grecia Anzani combate como voluntario en defensa de los helenos.

"Francesco Anzani, joven de talento ferviente y de voluntad firme, sabía que los Helenos combatían por su independencia y que la fama de sus hazañas patrióticas los ensalzaba en el mundo como dignos hijos de sus antepasados héroes. Por eso corrió a Grecia, y como aquella guerra estaba de acuerdo con sus principios, se alistó en las filas del pueblo que quería librarse de los tiranos. Allí, donde para nuestro joven guerrero estaba el primer altar para sacrificios de la libertad de los pueblos, se distinguió muchísimo entre los buenos y fue herido en combate".⁴

La suya es una inmersión ética en el pasado pero, sobre todo, un impulso vigoroso hacia el futuro. Descubre que no está hecho para escudriñar los archivos del tiempo que no existe más. El porvenir es su verdadera patria y él lo interroga para aclarar sus propios ideales, para satisfacer su insaciable curiosidad, para apoyar la atracción que él siente por todo lo que es nuevo, extraño, misterioso.

El futuro, el pasado... Los otoños antiguos desfilan delante de su mirada: otoño de Áulida, de Esparta, de Delfos, de Epidauro; otoño de la colina de Alzate con los lagos gris-azulados, opalescentes; otoño de Gorla con la neblina que sube del Olona de riberas desiguales.

Cuando llega a Grecia, las empresas heroicas de los insurgentes helénicos ya son un recuerdo: la puesta en juego está en las manos de las grandes potencias. Sin embargo combate para no dispersar y volver inútiles, justo al final, los sueños de un pueblo en revuelta.

Herido, tiene como compensación la aventura de ver los lugares donde han combatido y han muerto Santarosa y Byron, de visitar la rada de Navarino, de asistir de cerca al primer quiebre del sistema de la Santa Alianza, dado que Rusia, Francia e Inglaterra no intervienen a favor del sultán contra el pueblo griego y para mantener el statu quo, según lo impuesto por la Santa Alianza, sino para llegar a una mediación a favor de los insurgentes. Y la cosa no era menor para quien, como él, considera la libertad de los pueblos como un derecho inalienable.

Después, las desordenadas facciones revolucionarias y las incesantes disputas entre los griegos le impiden comprometerse plenamente y, en cambio, le aconsejan suspender todo, perfeccionar la mente a la espera de ver claro dentro de sí y dentro del mundo, que ha elegido como su patria. El tiempo de los grandes heroísmos se ha terminado; Santorre di Santarosa no había entrado en el juego de las grandes potencias: había perdido la vida combatiendo con los insurgentes en Sfacteria.

Las complicaciones internacionales habían transformado la cuestión griega en un "affaire" para las grandes potencias y una guerra ruso-turca pone fin al problema con un tratado que impone al sultán turco la formación de un Estado nacional griego. Pero Odicini comenta de esta manera:

“Dado que en política casi siempre las querellas de los poderosos se concluyen en detrimento de los débiles, al final Grecia cayó bajo la prepotencia de lo que se llama *Organización Europea*, y Austria le dio un rey bávaro. La libertad helénica se había apagado, y solamente una esperanza lejana, innata en el hombre e inspirada en las poblaciones del presente siglo, era lícito mantener secretamente en el pecho. Nuestro Anzani se estremecía y no podía permanecer más allá, donde poner en práctica un pensamiento libre era un crimen: por eso, dejando encerrada la Hélade entre las cadenas bávaro-austríacas, partía hacia Francia y se detenía en París”.⁵

Pero Grecia le queda prendida en el corazón y siempre la recuerda cuando cuenta su vida:

“Dieciséis años de continuos combates y peligros en tierras extranjeras, la sangre derramada en Grecia, Portugal, España, Brasil y la República del Uruguay, todavía no fueron suficientes para disminuir mi ardor y para apartarme una sola línea del camino que me indican mis principios”.⁶

Con este “ardor” Anzani, según algunos de sus biógrafos, llega a París y se encuentra con Mazzini. Pero Anzani nunca dirá nada de Francia ni de París. En cambio, se encamina hacia Portugal para librarse de las “incesantes persecuciones con que la organización policial austríaca molestaba a los jóvenes ingenios italianos, sólo porque sospechaba que pensaban en el modo de poder ser un día útiles a la patria que sufría a merced de la insoportable tiranía alemana”.⁷

En Portugal

Es difícil establecer si el pasaje de Anzani desde Grecia a Portugal, a través de Francia, se ha realizado regresando a Italia o directamente, en barco, hacia Marsella. En cambio es cierto que desde este momento el mundo se convierte para él en el amplio escenario en el cual actuar; el mundo se convierte en el único ambiente que lo acompañará en todas sus empresas. Un mundo oprimido y cansado que aviva su capacidad de resistencia, su inteligencia, su voluntad, su constante y heroica paciencia. En junio de 1832, pues, está de nuevo en camino y, pasando por París, llega a Portugal. En verdad, ningún testimonio existe de su paso por París. Anzani nunca habla de eso, ni siquiera cuando, escribiendo a amigos y parientes, enumera los lugares que ha atravesado interviniendo en acciones de guerra.

Deja Italia desilusionado y amargado por el clamoroso fracaso de los motines de 1831. Ciro Menotti ha sido ahorcado; Manfredo Fanti, el joven de Carpi, el amigo que estaba con Menotti la noche terrible del arresto, la noche del 3 de febrero de 1831, se ha refugiado en Francia después de la rendición de Ancona. Como Fanti, también Enrico Cialdini, los hermanos Giacomo y Giovanni Durando, Domenico Cucchiari, Ignazio Ribotti, Nicola Fabrizi y otros, muchos, jóvenes como él, que se han vuelto, como él, extranjeros en su propia tierra, en fuga de un país con el cual no es más posible convivir. Sacudido por sentimientos contrastantes. Anzani toma distancia de

todo y de todos, busca otras patrias, otros pueblos, otro nombre, busca sobre todo su destino personal además del específicamente político y revolucionario. En Portugal tiene su bautismo de fuego entre los Voluntarios de Oporto con el nombre de capitán Ferrari. A este respecto, Bartolomeo Odicini, el médico personal de Anzani, refiere lo siguiente: "En conocimiento de la guerra existente entonces entre la liberal Doña María da Gloria contra el rey despóticamente tirano Don Miguel, (Anzani) partió en seguida de Francia, se trasladó a Portugal y se enroló en el grupo de sus hermanos de pensamiento, de hechos y de Patria, llamados 'Los Voluntarios de Oporto', bajo la bandera de la Constitución. En aquella guerra fue reconocido más que nunca el talento, el juicio y el valor militar de nuestro Anzani, que por honrosa señal de su coraje recibió una grave herida de lanza en la cabeza, cuya amplia y honrosa cicatriz admiramos. En Portugal mereció, no sé si una cruz o una medalla de distinción, por sus virtudes militares. Una terrible enfermedad (edemo-artrítica) lo atacaba en aquellos campos lusitanos y el médico (como decía Anzani con palabras de gratitud), su amigo y camarada, lo asistía tan cordialmente, que lo salvaba, mientras que los esculapios de consulta lo consideraban afectado mortalmente".⁸

En Portugal conoce a muchísimos exiliados, algunos de los cuales estarán con él en España y en Uruguay. Primero entre todos, Tibaldi, de Cremona, que Anzani recuerda en una carta a su hermano Giuseppe: "¿Tú conoces a Tibaldi...? ¡Oh, el amigo excelente! El nombre de este antiguo compañero de armas me hace recordar las campañas de Portugal y de España. Tibaldi era el amigo que prefería mi corazón, uno de aquellos amigos que no se olvidan muy fácilmente".⁹

Anzani pelea por una Constitución. En los choques con los partidarios de don Miguel recibe una herida y es la primera vez que él roza la muerte. En Portugal él renuncia definitivamente a las comodidades y a los estudios para seguir un ideal y un sueño. Lo hace sin rabia, sin reservas; ya ha madurado un altísimo sentido del deber, una lúcida visión política, una voluntad férrea. Todo esto le permite realizar de inmediato opciones que se revelarán, sucesivamente, irreversibles.

No verá el final del conflicto entre príncipes liberales y perversos pretendientes al trono. Su amigo Manfredo Fanti, que se queda en España hasta 1848, escribe a Anzani de esta manera:

"En Portugal en este momento se está decidiendo con las armas si debe ser libre o esclavo. La Reina, mal aconsejada, arrojó el guante y el pueblo lo recogió. España seguirá la suerte de Portugal, y la edad avanzada de Felipe, así como el último triunfo de los radicales en Suiza a costa de sangre, hacen entrever grandes y próximas complicaciones".¹⁰

Con la enorme complejidad de la política internacional Anzani ya se ha enfrentado, tangencialmente, en Grecia. Deja Portugal cuando los impulsores de la Constitución se regocijan por la victoria, pero algunas sutiles ambivalencias, algunas veladas contradicciones, objetivos políticos recíprocamente incompatibles entre ellos, no lo

convencen. Doña María da Gloria es hija del emperador Pedro I que en Brasil es la bandera de los reaccionarios y en Portugal representa la de los liberales. Ambivalencias que Anzani en su interior rechaza aun cuando prevalece en él la voluntad de estar presente allí donde una Constitución está en peligro.

A menudo y en todas partes estará obligado a enfrentar situaciones oscuras, ajenas a su honestidad y a su fe en la verdad. A fines de 1835 parte para España con Enrico Cialdini, Cucchiari, Ribotti, los hermanos Durando, Gherardi, Gaertner y con Gaetano Borso di Carminati, el noble piemontés que había guiado generosamente a los Voluntarios a combatir contra don Miguel a favor de la liberal doña María da Gloria y de su derecho.

En España, en el reino de Valencia

El cielo está oscuro en el fondo, al sur del Tajo. Lisboa, todavía húmeda de lluvia, está desolada por un cielo muerto que se frunce aquí y allá en nubes negras. Es el 20 de diciembre de 1835 y los Cazadores de Oporto se embarcan entre un vuelo de gaviotas inquietas de alas extraordinariamente blancas.

Anzani deja Portugal después de dos años de esfuerzos y épicos combates. No todo está resuelto. Pero la victoria de la Constitución representa un evento importante porque sirve para anunciar al resto de Europa, y especialmente a todos los defensores de la Reacción, que existen fuerzas populares capaces de infligir pérdidas a los ejércitos de los príncipes. Sirve para levantar la moral de todos los exiliados, de todos los voluntarios, de todos aquellos que habían visto el fracaso de las sublevaciones y a veces dudaban de la calidad de su pensamiento y de su acción. Y sirve para el pueblo que mira y observa y siente que los rebeldes son una fuerza a la cual es necesario rendir cuentas, una fuerza capaz de hacer respetar el derecho y la justicia.

La experiencia portuguesa para Anzani también es importante porque entre los Cazadores conoce a amigos extraordinarios que seguirán siendo tales durante toda su vida; por último porque aquí perfecciona el arte de la guerra, con la esperanza de poder actuar eficazmente, un día, por la independencia y la unidad de Italia. Terminada pues la lucha en defensa de doña María, reina de Portugal, aunque todavía está convaleciente por las heridas recibidas, no permanece ocioso en Lisboa: en los primeros días de enero de 1836 desembarca en Barcelona y enseguida entra en batalla para dirimir la "otra contienda que ardía en España contra el absolutismo".¹¹

En efecto, muerto Fernando VII, la corona de España había pasado a su hija Isabel de apenas tres años. María Cristina de los Borbones de Nápoles, esposa del difunto rey, asume su regencia. La cuestión dinástica había sido creada, algunos años antes, por la decisión de Fernando VII de restablecer el derecho de sucesión al trono por las mujeres.

Don Carlos, hermano de Fernando, excluido de la sucesión al trono, impugna esta decisión y reivindica el trono para sí, apoyándose en los elementos reaccionarios, legitimistas y clericales. Invoca la ley sálica, subleva a Navarra, a las provincias vascas,

aparte de Cataluña y de Aragón, se pone a la cabeza de sus partidarios y comienza una guerra que devasta España desde 1833 a 1840. María Cristina, la regente, se apoya en los liberales y concede la Constitución.

Sin embargo, son rápidos los progresos de los carlistas, tanto que el gobierno de la regencia está obligado a pedir ayuda a los aliados ingleses, franceses y portugueses.

Inglaterra envía un cuerpo de voluntarios a las órdenes del general Lacy-Evans; Francia manda la legión extranjera de África a las órdenes del general Bernel; Portugal, una división de aproximadamente cinco mil hombres. Desacuerdos entre España y Portugal obligan a continuación al gobierno de Lisboa a retirar la división y a sustituirla con dos regimientos de voluntarios que se organizan en el otoño de 1835: los granaderos y los Cazadores de Oporto.

Europa está de nuevo en guerra, dividida entre dos mundos opuestos: monarquía y república, democracia y aristocracia, federalismo y unidad, catolicismo liberal y anticlericalismo a ultranza. Representando a los liberales de una Italia que no existe, están los voluntarios, los exiliados, los perseguidos políticos que, con las grandes potencias que acudieron en ayuda de dos reinas constitucionalistas, advierten que en Portugal y en España se va preparando la formación de un estado de cosas que se mueve a favor del movimiento italiano.

El cuerpo de Cazadores de Oporto está compuesto por italianos, franceses y portugueses. Lo organiza y lo dirige el coronel Gaetano Borso di Carminati, ex oficial de la armada piemontesa y comprometido en la revolución de 1821. La tarea de organizar el regimiento de Cazadores le viene directamente del Gobierno portugués. Con él, los mejores hombres: además de Francesco Anzani, están Giovanni Durando de Mondovì, oficial piemontés; Manfredo Fanti, estudiante en la escuela militar de Módena; Enrico Cialdini, estudiante de medicina, comprometido en los motines de 1831; Domenico Cucchiari, "oficial distinguidísimo con tal sangre fría, que sólo puede igualar a su modestia";¹² Giacomo Durando, hermano de Giovanni, abogado, como él implicado en los motines de 1831; Nicola Ardoino, subteniente en la Brigada de Infantería de Pinerolo, condenado a muerte después del fracaso de la expedición a Saboya en 1834; Giacomo Medici, con Anzani después, en Montevideo, con el grado de sargento; Ignazio Ribotti, oficial piemontés, comprometido en los motines de 1831; Nicola Fabrizi, de Módena, condenado a diez años después de los motines de 1831, íntimo amigo de Borso di Carminati; Luigi Gherardi, de Luca, que había hecho como voluntario toda la campaña de Portugal; Carlo Gaertner de Hanovre y Virgilio Beaufort, de Mantua, también él procesado por su participación en los motines estenses.

Anzani lucha en defensa de una Constitución y su entusiasmo evidente se ve fortalecido posteriormente no sólo por la presencia de tantos valientes sino también por el adiestramiento físico y militar que, iniciado en sordina en Grecia, confirmado en Portugal en empresas audaces, alcanza en España un grado de perfección inesperado. En España aprende a atrincherar campos, a transportar parques de artillería, a fortificar

colinas, a mantener un asedio; aprende a marchar, a sufrir hambre y sed, a reconocer al enemigo. Tiene 27 años y un coraje de león. Físicamente aparece muy delgado, con la barba que le rodea la cara todavía casi infantil. Sólo los acontecimientos sucesivos, los años en Uruguay y la enfermedad envejecerán a Anzani prematuramente.

La guerra a favor de la legalidad y de la Constitución comienza en Cataluña y continúa después en el Ebro.

Las fuerzas en lucha lanzan violentos ataques; cada uno fortifica puntos estratégicos adecuados a sus propias opciones militares. En Cataluña los Cazadores se distinguen en medio de la intrépida armada española, tanto que son llamados a formar parte de la armada del centro que actúa en el reino de Valencia, en el Maestrazgo, en Aragón y en Castilla. El coronel D'Equelley, oficial de caballería, habla de "esfuerzos indecibles, privaciones sin cuento, épicos combates entablados cada día contra un enemigo que, tan fanático como valiente, no daba ningún cuartel a los vencidos en un país devastado en que, casi a la misma hora, se pasa del calor africano de las llanuras de Valencia al frío siberiano de las montañas del Maestrazgo".¹³ "Los Cazadores de Oporto —continúa D'Equelley— siempre en la vanguardia a la hora del ataque, siempre en la retaguardia a la hora de la retirada, perdieron en los campos de batalla más de dos tercios de sus efectivos y dieron nueve generales a Italia, dos a España y uno a Méjico."

Es el amigo Odicini que cuenta, por Anzani, cómo sucedieron las cosas.

"María Cristina, a la cabeza de la Constitución, era el ídolo de los Españoles que se habían puesto en contra del despotismo de Carlos, pretendiente a aquella corona. Por eso siempre fiel a sus principios, acudía allá, y en las filas cristinas, con otros muchos italianos, se ponía nuestro Anzani, a quien se otorgaba el rango de oficial, por las recomendaciones honoríficas que él supo merecer del valeroso general italiano Borso di Carminati. En el reino de Valencia, en la batalla de Chiva fue herido gravemente. Apenas curado, retomó la espada, y en un hecho general de armas, mientras con los suyos preparaba el asalto de un reducto, se desprendió un bloque de piedra que, haciéndolo caer de lo alto, lo golpeó en el pecho y lo dejó como muerto en el foso; lo estimaban tanto que fue recogido por los suyos, que lo depositaron en el hospital de campaña donde, después de algunas bocanadas de sangre, se repuso y, poco a poco recuperó la salud. A aquel golpe funesto se vincula la desgraciada enfermedad que lo afligió desde entonces y quizás no es extraño creer que su prematuro fin provenga de aquella misma causa."¹⁴

Las secuelas de esta herida, las discordias civiles y la guerra fratricida que los españoles combatían también con su ayuda, quizás el cansancio por batallas libradas en nombre de la Libertad pero que no hacían otra cosa que cambiar de dueño a los pueblos, convencen a Anzani, en 1838, de volver a Italia.

Lo siguen, uno después del otro, también muchos de sus amigos, igualmente amargados por una lucha que parece no conducir a nada. Así escribe algunos años después Giovanni Durando a su amigo Manfredo Fanti:

*"Espero con impaciencia la oportunidad para pedir la baja del cuerpo. Hemos terminado nuestra misión y cumplido las condiciones del acuerdo. Ahora le toca al gobierno cumplir las suyas. Hecho esto, tengo ganas de acercarme, y si puedo, establecerme donde el Apenino parte, etc."*¹⁵

El pensamiento de todos acude a Italia, cuyo nombre tienen en alto y por la cual, en el extranjero, ellos se preparan. Se sienten prontos para la intervención militar contra Austria, tienen la impresión de que los tiempos están maduros y que el próximo intento de insurrección tendrá éxito. Basta quererlo.

"La guerra, que parece inevitable, nos será útil. No creo en la posibilidad del buen resultado de una expedición en la escala de la de los Saboya. Nuestros conciudadanos son apáticos. Los medios de represión que tienen los gobiernos son fuertes y perentorios. Únicamente una parte de Italia Central estaría dispuesta, y en este caso, si Piamonte conserva la neutralidad, según parece, ¿Francia los dejará reunir y pasar? Por mar, ¿cómo se desembarca en Civitavecchia? Una expedición de seis mil, ocho mil o más hombres, ¿cómo se mantiene secreta? ¿Cómo pasar a través de la escuadra sarda?, ¿de la napolitana?, ¿de la inglesa?

¿El dinero?... Todas estas observaciones que he digerido desde hace tantos años y a las cuales podría agregar muchísimas otras, me dan poca confianza en estos medios que, por otra parte, son adoptados por las cabezas impetuosas de nuestros jóvenes. Estos quieren libertad, independencia y unión. En mi opinión, se debe procurar la unión para obtener la independencia y después la libertad. ¿Cómo se obtiene la primera?, me preguntarán. Este asunto, agrego yo, es lo que forma el nudo. Debemos dirigir nuestros intentos a desatarlo. Las circunstancias políticas de Europa me parecen favorables y tales como las hemos deseado en nuestras conversaciones familiares. Si entre todos nuestros emigrados hubiera un hombre de talento y de Estado y que se ocupara de la cosa, podría sacar un gran partido de la posición actual de Francia. En los intereses de esta nación existe un principio político que favorece nuestra causa. Para establecer un equilibrio de fuerza, Francia debe proteger la organización, hacia el Oriente de Europa, de una potencia fuerte, homogénea y que simpatice con sus principios... Italia presenta una nación igual por lenguaje y por costumbres, que supo resistir tantos siglos y en la cual siempre se notó una tendencia común, aunque separada y dividida... A la mirada penetrante de Thiers no se le habrá escapado la ventaja que presenta su posición geográfica, costumbres y la índole de los habitantes, etc., etc. Esto me convence de la posibilidad de obtener las simpatías de Francia hacia quien emprendiera la gran obra de una regeneración itálica; ¿pero quién será éste? Aunque difícil no creo que sea imposible encontrarlo y creo que alguien se ocupará."¹⁶

Sobre la falta de unidad entre los liberales italianos, exiliados o en la patria, discuten largamente en las noches frías del reino de Valencia, alrededor de las fogatas de los campamentos. Quien había dejado París después de los motines de 1832, recuerda el penosísimo espectáculo que daban los exiliados italianos divididos en distintos comités,

unidos formalmente por pactos secretos, pero prácticamente fraccionados por las más variadas tendencias: algunos deseaban el federalismo para Italia, otros la unidad; algunos la república social de Babeuf, otros la simple constitucionalización de Piamonte.

Quien había dejado Londres para correr en defensa de una Constitución lee la carta de Carlo Beolchi, una página rica de dolorosa humanidad a los cansados compañeros de lucha:

“¡Cuántas desventuras! ¿Pero cuándo terminaremos de sufrir? El patíbulo y la cárcel para los que están allá; humillaciones y miserias para nosotros que estamos fuera. Sin embargo yo no me desespero, por el contrario, de estas mismas adversidades saco felices augurios para nuestra causa, porque donde hay tanta conmoción frente a tanto rigor conviene decir que el deseo de reforma se siente fuertemente y se confían demasiado en la fortuna presente y han leído mal la historia de los pueblos aquellos que, en Piamonte, hacen un abuso tan feroz del poder”.¹⁷

Los contactos epistolares entre los exiliados son frecuentes. Europa y América del Sur, en particular, están atravesadas por una muy compacta red de comunicación que se manifiesta, más que por el tiempo, por la ternura y la grandeza que todos los exiliados expresan en sus escritos. Cada uno confiesa peligros, sueños, encuentros; pide información, suplica fidelidad, manifiesta emociones, cuenta y se cuenta. Desde Valencia Manfredo Fanti escribe así a Francesco Anzani que quiere saber de su amigo si aún conserva entusiasmo y fe en la causa italiana y si los amigos están bien.

“Queridísimo amigo: (...) Marochetti no te engañó cuando te dijo que ni las comodidades, ni la fortuna, ni los años habían disminuido en mí el entusiasmo por nuestra infeliz Patria. ¡Que el destino nos conceda la suerte de serle útiles!

Ya sabrás que me casé con una joven de Valencia y ya soy padre de un lindo muchachito, Enrico. Enrico Cialdini está casado y no tiene hijos y su hermano tiene dos.

Cucchiari sigue comerciando en Valencia. Ribotti, Beaufort y Clerico están en Madrid. El hermano de Marochetti creo que reside en Barcelona. Ardoino, después de muchas persecuciones, se encuentra en la provincia de Málaga con un empleo civil y casado y padre de dos niños. Hace un año Tibaldi me escribió desde Cremona... también estaba casado y me decía que Zoli estaba en Brescia comerciando en vinos. Giovanni Durando vive en Mondovì y su hermano en París. Gherardi está fugitivo por cuestiones políticas. Delmastro murió en Lisboa, Mersler, Bugenud, Hallée, Corazza, Fabj están al servicio de España. Gaertner es uno de los corifeos de la época, ayudante de campo de Nervaio. De los otros compañeros no sé nada.”¹⁸

El pensamiento está puesto en Italia. En los períodos de tregua en Anzani crece la participación en el debate político interno que se concentra en temas generales como la dirección de la insurrección en Italia, la política de las alianzas, la ideología que debe guiar el movimiento. Está quien quiere todo enseguida y quien siente la necesidad de avanzar por cada objetivo en particular.

Mientras tanto se construye y se consolida la alianza entre todos los voluntarios y los amigos que quedaron en Italia o en el exilio, primero entre todos Mazzini que estaba dando impulso a la causa italiana con su pensamiento y con la nueva sociedad de la "Giovine Italia".

En la llanura de Valencia y en las alturas del Maestrazgo español, un pequeño grupo de prófugos escribe, discute, estudia cómo volver armados a Italia, con qué medios contar (armas, dinero, provisiones), con qué astucias y con qué silencios obrar, qué puntos de naturaleza técnica y logística definir con prioridad absoluta.

Se abre camino la idea de que ningún ejército regular puede vencer el furor de los pueblos y allí había un pueblo compuesto de españoles, portugueses, ingleses, franceses, alemanes, italianos, vascos: el pueblo de la Constitución, de la legalidad, del derecho, de la igualdad, de la fraternidad.

Anzani está entusiasmado, siente que está en el camino justo, que ha madurado competencia y profesionalismo militar. España puede seguir sola la conducción de una lucha que, lamentablemente y no por su voluntad, está asumiendo todas las características de una sectaria lucha dinástica que las ambiciones y las rivalidades personales hacen ambigua e inútilmente larga.

Otra vez, como ya sucedió en Grecia y en Portugal, Anzani decide huir de una realidad con la cual no puede convivir más. Frente a la imprecisión de los objetivos, a la arrogancia de los príncipes a quienes sin embargo había ofrecido su brazo y su mente, Anzani toma distancia: las etapas fundamentales de su vida lo verán siempre acompañado de un equipaje de sufrimiento y desilusión. Aun después de una victoria.

Y Anzani parte, pero para una Italia que era tal sólo si se la veía desde lejos. Vista de cerca es una "expresión geográfica" que tiene dificultades en encontrar motivos para su redención, jefes hábiles y valientes, coraje de sufrir para obtener por sí misma una suerte mejor. Anzani parte para una Italia donde tampoco aquellos que luchan por la independencia logran controlar iras, polémicas, sospechas, divisiones. Y está en acción también el choque generacional entre las expectativas de los jóvenes y las ideas de los viejos conspiradores, acusados de querer conducir el movimiento nacional con medios inadecuados con respecto a la nobleza y a la magnitud de la empresa.

EN ITALIA: PENSAMIENTO Y ACCIÓN

Desde el bergantín "Speranza", 28 de mayo de 1848

Anzani está mejor y se prepara para la noche con una transparente caminata al claro de luna. Su vida se le aparece más preciosa que nunca: en algunos momentos la hubiera abandonado sin pesar. Ahora no. Respira el aire fresco y ligero, un aire vigoroso, nutritivo, lleno de perfumes del mar, lleno de vibraciones, lleno de presencias misteriosas.

Se siente totalmente inmerso en el aire y no teme recibir demasiado. ¡Respirar la vida de la tierra a pulmones llenos! Debería ser natural para el hombre. Para él es un sueño.

También Italia es un sueño, el sueño. Y su realización está cercana. ¡Sucedan tan raramente estar en presencia de una gran obra que cumplir! ¡Y sería tan doloroso no poder llegar a la meta! Se apoya en el palo mayor: otra vez el respiro corto que recomienza y niega todo noble orgullo, mata la necesidad de vivir, dispersa el deseo de un filtro apasionado para el corazón.

Respirar, vivir: una tarea que se revela superior a sus fuerzas; la nueva batalla, anterior a la que se prepara a combatir para salvar su tierra.

¿Y si en esta lucha llevada hasta el agotamiento residiera la libertad suprema? ¿Y si las aspiraciones y las potencias del alma, por último, pudieran expresarse allí, en la última línea, antes de morir, para no morir sin haberlas manifestado todas?

Ya conoce estos pensamientos errantes. Tan veloces como relámpagos le habían pasado por la mente cada vez que la muerte lo había rozado. Era como entrar en un área sublime, en un punto sagrado del universo. Un lugar al que van aquellos que arriesgan y en el que se quedan sólo mientras dura el tiempo de la prueba.

Paradójicamente, en el momento de mayor peligro la respiración no lo fatigaba, el aire llegaba a los rincones más escondidos, se sentía libre, en completa armonía consigo mismo. Su ser de todos los días se desvanecía, una existencia nueva se apoderaba de él. Actuar en función de todo un pueblo y actuar allá donde la vida está en peligro siempre lo ha embriagado hasta hacerle sentir que sus pulmones estallaban de salud. No era lo mismo en Italia.

En Italia ha conocido el ansia de ahogarse, de hundirse, la violencia del aire que no está, el drama del respiro que no vive. Un trabajo doloroso, una enfermedad mortal que lo ha llevado al alejamiento de las cosas. Una especie de indiferencia que le ha hecho parecer lejanos y sin más colores los paisajes de la infancia, los afectos, la policía austriaca, los conservadores, las charlas de los cafés.

Una deshilachada masa de nubes apaga la claridad de la luna y Anzani regresa bajo cubierta. Marochetti, Origoni y Gaetano Sacchi cuchichean entre ellos, cerca del mástil de trinquete.

Libre se sentía cuando, sucio pero intacto después de una descarga de fusilería, se reincorporaba y miraba a su alrededor, vivo: su corazón se dilataba, su voluntad se volvía alegre y aquel ser que había sobrevivido al fuego lo rejuvenecía de golpe. Un bienestar físico le atravesaba el cuerpo, se sentía como nuevo, renacido.

Por más que Odicini dijera que las fatigas, las privaciones, la guerra, los días alocados y furiosos lo habían llevado a ese estado.

Nada era cierto: la nada, la pereza, la inercia forzada, el inmovilismo le sofocaban la sangre y la vida. Él estaba para el movimiento, las agitaciones, las conmociones. Él estaba para aquel espacio sagrado, centelleante, que ya había conocido en tierras extranjeras, bajo otras banderas.

Ahora estaba por reencontrar este espacio, doblemente sagrado, porque era el de sus antepasados, la herencia recibida en depósito. La proximidad creciente de la hora en que lo tocaría le daba una fuerza que no sentía desde hacía días.

LA PRISIÓN

Barcelona-Génova: dos brazos de mar y Anzani está enseguida en Italia. Faltaba de ella desde hacía seis años y la emoción es fuerte, hasta para uno como él, consagrado a las armas, acostumbrado a no vivir para sí, acostumbrado a sentir en su interior otra cosa que vive en él y lo domina. Piensa detenerse en Génova algunos días, huésped de amigos, después en Alzate, en casa, con su familia, como antes. Trata de controlar la emoción y espera no deber vivir el vacío y las desilusiones que aun los más deseados regresos a casa acarrear a veces. Baja de la nave con pocas cosas, un atado: no ha ido a la guerra para hacer fortuna y su grado de capitán no tiene ningún valor en la Italia austriaca.

El arresto es casi inmediato. ¿Por cuál delito? ¿Nadie le había avisado del peligro que corría?

Las noticias son pocas y se pierden en el tiempo: Chiossone y Odicini, en las oraciones fúnebres en honor de Anzani, explican el arresto sólo recurriendo a una culpa común a todos los jóvenes acusados de ser subversivos y de atentar a la incolumidad del reino.

“Era el año 1838 y Génova lo acogía por poco tiempo dentro de sus murallas. Nuestra policía que, como es sabido, entonces estaba dirigida por hombres no liberales y crueles, se apresuró a entregar a la policía austriaca al capitán que volvía de la guerra; quien, apenas respiró el aire de la tierra patria lombarda, y apenas pisó el suelo de Milán, fue apresado sin que el ex gobierno austriaco pudiera descubrir en Anzani ninguna sombra de culpa, excepto el elevadísimo sentimiento de independencia.”¹⁹

*En 1838 quiso volver a Italia, quizás animado por las esperanzas que entonces bullían en la Península, encendidas por Mazzini y por otros partidarios de la Rigenerazione Italiana. Pero nuestro Anzani llevaba consigo el anatema que el sicario gubernativo de la desconfiada Viena había impreso sobre el nombre de todo hombre enemigo de la tiránica política del turbio Meternick, permanentemente amenazando con los eternos sabañones del despiadado Spielberg... ¡Oh, tiempos de desventura! Anzani, pues, estaba bajo sospecha y había que perseguirlo; por eso, apenas él llegó a Génova fue apresado y escoltado por la policía sarda hasta la frontera y allá fue entregado a la policía alemana, que lo condujo a las cárceles de Milán.”*²⁰

Es verosímil pensar que a Anzani se lo acuse de delitos cometidos cuando era universitario, en Pavía. No hay que excluir tampoco que se haya comprometido en los motines de 1831: sus amigos más queridos son todos modenese y como él han dejado Italia entre 1831 y 1832 para evitar los arrestos y las persecuciones que siguieron a la infausta insurrección de Ciro Menotti. Probablemente la suya fue solamente una simpatía manifestada públicamente por todo el movimiento carbonario y por los

objetivos que perseguía. Nada más. Anzani, esposado, evalúa la posibilidad de oponer resistencia, pero su instinto le hace aceptar el arresto, le aconseja evitar el choque, quizás para asegurarse después una excarcelación al poco tiempo. En Milán lo interrogan, se defiende como puede, dice y no dice, recurre a las pocas leyes que ofrecen garantías a cualquier acusado, pero las puertas de la cárcel ya están abiertas. Éste es el primero y el único contacto con la cárcel, con la policía y con la represión. Experimenta personalmente qué es la prisión y qué significa encontrarse a merced de las fuerzas del orden durante los interrogatorios y en la vida de la celda. No es diferente la suya, vistos los tiempos que corren, de la de otro ilustre prisionero:

“Lo incómodo de la cadena en los pies, impidiéndome dormir, contribuía a estropear la salud. Schiller quería que yo reclamara y pretendía que el médico tenía la obligación de hacérmela quitar. Durante poco tiempo no lo escuché; después cedí a su consejo y le dije al médico que para recuperar el beneficio del sueño, yo le rogaba que me hiciera desencadenar, por lo menos durante algunos días. El médico dijo que mis fiebres no habían alcanzado un grado tal como para que él pudiera complacerme y que era necesario que yo me acostumbrara a los hierros”.²¹

Anzani no llega a “acostumbrarse a los hierros”: la liberación es casi tan inmediata como el arresto. Chiossone recuerda:

“A consecuencias de la garantía de algunas personas ilustres, a Anzani se le abrieron las puertas de la cárcel y él fue puesto en libertad, pero aquella infame policía no cesaba de ejercer sobre él la vigilancia más severa, también atormentándolo con todo tipo de ruines vejaciones”.²²

¿Qué garantías? ¿Y quiénes son estas “ilustres personas” que interceden por él? ¿Su tío, párroco de Alzate, hombre integérrimo, magnánimo benefactor, director de las escuelas elementales por cuenta del Gobierno Regio Imperial? ¿Su hermano José, vicedirector en Cremona? Anzani no habla de ello, la experiencia está cerrada.

“No te hablo... de mi prisión... Sería demasiado larga su descripción.”²³

En misión política

El regreso a casa es dulce y pleno de ternura. En Alzate reencuentra a sus familiares, “las únicas de todas aquellas personas que tienen derecho a [su] amor en este mundo”;²⁴ encuentra a su tío párroco, don Giuseppe Anzani que tiene la bella edad de 86 años. Anzani está cargado de gloria y de heridas, pero también está cansado, inquieto, desilusionado, desorientado. En Grecia, en Portugal, en España ha consumido todo su violento ímpetu revolucionario por una lucha que, otra vez, se ha transformado en una guerra civil entre facciones sin ideales ni proyectos. Ahora está como vacío y está buscando una nueva fuente para satisfacer “el ardiente deseo de cambio que [lo] devora”.²⁵ Su amigo Giberto Scotti cuenta que:

“En los ocios del pueblo patrio se ocupaba de lecturas elegidas, de matemáticas, de dibujo y de geografía militar: dictaba memorias históricas, anotaba recuerdos y

aforismos militares. Italia los aprovechará [...]. En ellos se trasluce un conocimiento profundo de los hombres y de las cosas, una filosofía prácticamente aprendida toda en el variado contacto con grandes hombres y con distintos pueblos, amplios conocimientos estratégicos y, más que otra cosa, una ferviente aspiración a la Libertad, una segura fe en su futuro, un estudio continuo de los medios para obtenerla".²⁶

Recupera su vigor: aquella Italia perdida contando las heridas del enésimo fracaso insurreccional no le da tregua. Sus amigos Manfredo Fanti y Nicola Ardoino le habían contado la desgraciada expedición a Saboya con Mazzini y, en España, había sabido también de las otras conspiraciones, de inspiración mazziniana, derrotadas en Toscana, en el Mezzogiorno y en el Lombardo-Veneto.

Conoce todo de la Giovine Italia. Sabe que superado el tan trabajoso como ambiguo comienzo, la Giovine Italia desde hacía varios años iba afirmándose en las conciencias de muchos italianos. Su programa gustaba, se difundía, pero dado que subordinaba la cuestión social a la política, no gozaba del apoyo popular. De aquí el fracaso de la acción mazziniana.

Anzani examina los largos años de desgracias que se habían abatido sobre Italia, desgracias que todavía no habían enseñado a los italianos que sin unión no hay fuerza y que para ser unidos es necesario respetarse recíprocamente.

Demasiado sectarismo, demasiados intereses de clase. El programa político de Mazzini es claro: una Italia unida, libre, independiente, republicana y la Giovine Italia, no una secta para pocos iniciados, sino una organización nacional, capaz de llamar al pueblo a la acción insurreccional a través de una propaganda ideológica capilar.

"Los medios de los cuales la Giovine Italia piensa valerse para alcanzar el objetivo son la educación y la insurrección... La educación, con los escritos, con el ejemplo, con la palabra, debe concluir siempre en la necesidad y en la prédica de la insurrección; la insurrección, cuando pueda realizarse, deberá hacerse de tal modo que de ella resulte un principio de educación nacional. La educación, necesariamente secreta en Italia, es pública fuera de Italia... Todos los miembros de la Giovine Italia trabajarán para difundir los principios de la insurrección. La asociación los desarrollará con los escritos y expondrá, a su tiempo, las ideas y las disposiciones que deben regir el período de la insurrección.

...juro: promover por todos los medios, por medio de la palabra, de escritos, por la acción, la educación de mis hermanos italianos en la intención de la Giovine Italia..."²⁷

Europa vive la espera de un evento que demora en venir. Es necesario estimularlo, crear las condiciones favorables para que suceda, allanar las dificultades, crear consenso, comprometer al pueblo, convencerlo de la bondad de una lucha armada que por sí sola puede dar antes la libertad y la independencia y después la riqueza.

Anzani está en libertad vigilada, pero logra retomar antiguos contactos, renovarse con los escritos de Mazzini, retomar confianza en la meta a la cual se siente destinado: ser la vanguardia armada de una nación en lucha por su supervivencia.

Justamente porque es hombre del "frente", hombre de vanguardia, a veces siente que se ha alejado demasiado. Estando entre las personas comunes tiene la impresión de ser como un extraño para ellos, un ser desproporcionado, como si entre él y los otros hubiera un abismo.

Ha vivido pruebas inauditas, ha visto espectáculos de recuerdo imperecedero, ha experimentado emociones violentas, ha conocido sentimientos insospechados. En los campos de batalla ha transcurrido horas más que humanas, exaltantes, cerca de lo absoluto, cerca de la muerte.

Éste es el abismo que lo separa de los demás. Y éste es el abismo que quiere colmar.

A esta nueva, heroica misión se arroja Anzani. Siente que tiene algo que decir a los italianos, experiencias ejemplares que contar, proyectos ambiciosos, pero puros, que realizar.

En el extranjero había amado la idea de ser ciudadano del mundo; ser de nuevo, directamente, de ayuda para Italia le da un orgullo y una alegría casi infantiles.

Vigilado por la policía recorre Italia en misión política, formando cuadros militares responsables y preparados y soldados conscientes de sus deberes.

Lleva consigo los Aforismos militares que había reunido y escrito en su breve retiro en Alzate, una serie de artículos fruto de seis años de lucha armada, de esfuerzos, de victorias y de derrotas. Parte con la fe ingenua de los caballeros errantes. Pero tanto caminar, tanta generosidad, tanto intrépido "apostolado" no dan ningún resultado y no merecen, a los ojos del inquieto Anzani, ni siquiera una línea a su amigo Manfredo:

"No te hablo de mi viaje por Italia, ni del poco o, mejor dicho, ningún provecho que saqué de mi misión".²⁸

No se quedará callado tres años después, no logrará esconder su irritación y con Giovan Battista Cuneo, director del diario "L'Italiano" editado en Montevideo, desahogará toda su ira:

"Ud. más que yo conoce el espíritu de los Italianos que frecuentan este país. Enséñeles proyectos de especulación, propóngales los medios para duplicar si es posible, en poco tiempo sus capitales y Ud. estará seguro de que será bien recibido y escuchado"...²⁹

Cuneo, en Montevideo, apoya la causa italiana con diarios, escritos, encuentros. No teme ni críticas ni desprecio. Con obstinación y coraje informa a los exiliados, construye una solidaridad italiana, combate con la pluma gloriosísimas batallas contra la corrupción, la vileza, la traición. Anzani lo incita a continuar: él, en Italia, no lo ha logrado.

...
En Sudamérica Anzani perfecciona su proyecto de guerrilla que se lee, entrelíneas, en muchas cartas a sus amigos y en los informes a sus comandantes. Él formula mejor

su guerra de guerrillas subrayando la importancia de la noche, el efecto sorpresa, los ataques continuados en muchos sitios, por mar y por tierra, en lugares y momentos siempre distintos, la velocidad de la fuga, la desorientación del enemigo con golpes aislados y precisos:

“La misma noche dimos fondo e nel Arroyo Malo con tota la flota; se expidieron inmediatamente cuatro balleneras con una compañía del la Legiòn para sorprender algunas embarcaciones cargadas por cuenta de Garzòn, Moreno, Urquiza y compañía, y un deposito enorme de cueros de los mismos señores generales negociantes”.³⁰

“...les aseguro que todos los santos del mundo no podràn salvarlo de nuestra persecuciòn. Ya han sido dadas todas las disposiciones para perseguirlo, y una flottilla de balleneras y lanchones ya està pronta para remontar el Salto y ponerse en las aguas de Misiones.”³¹

“Pero sea esto ò no sea cierto, y si pasa ò no si pasa, si se retira ò avanza, lo que yo digo es que siempre debemos incomodarlos, sea por tierra ò sea por agua, y trabajar de modo que se frustren todos sus planes.”³² (Sic, las tres notas en español en el original. M.S.)

Mazzini, cuando tiene entre manos los aforismos de Francesco Anzani exulta de alegría: un hombre en armas y no un intelectual ha redactado dicho documento. (El manual de la guerra de guerrillas. C.N.) Elige los que más se adaptan a la situación italiana y los publica en “L’Italia del popolo” el 20 de julio de 1848.

Anzani formador, educador, teórico del arte militar: un traje inédito que viste formalmente durante algunos años. De hecho este traje es desde siempre su hábito mental, la esencia de su vivir, la especificidad de su proceder.

Por desgracia, precisamente en esta vestimenta Anzani es especialmente peligroso. Cuando una copia de sus escritos sobre la guerra de insurrección llega a la Dirección General de Policía de Milán, y a continuación al presidente del Tribunal criminal, cuando investigaciones persecutorias individualizan su actividad de propagador de ideas subversivas, para Anzani inmediatamente es el exilio.

Notas

1. Temistocle Solera, “I lombardi alla prima crociata”, drama lírico en cuatro actos, música de Giuseppe Verdi representado por primera vez en la Scala de Milán en 1843. Coro “O signore dal tetto natio”, cuarto acto.
2. El movimiento de liberación griego se inserta en el complejo proceso de disgregación del imperio otomano en las provincias balcánicas. En 1821 muchos centros de la península griega insurgieron contra el dominio turco, pero al principio fueron derrotados. La lucha consistió en guerrillas entre las montañas, en ataques por sorpresa a las ciudades, en combates navales entre las viejas y pesadas naves turcas y los bergantines mercantes griegos armados para la guerra y guiados por marineros muy audaces. Fue una lucha larga y con episodios de crueldad espantosa. Grecia en armas por su independencia atrajo a hombres entusiastas, a otros cansados de la vida de exilio y a otros en cambio convencidos de desarrollar una acción políticamente útil a la causa griega. Entre éstos George Byron, muerto en Missolungi en 1824 después de haber guiado la revuelta contra el dominio turco, y Santorre

di Santarosa que muere combatiendo en Navarino en 1825. El movimiento filohelénico logró estrechar en una gran unión moral a las fuerzas liberales y democráticas de toda Europa. La opinión pública sintió que en Navarino, en Sfacteria, en Missolongi y en Atenas no se combatía solamente por la liberación de Grecia del dominio turco, sino para crear condiciones propicias para la liberación de todas las naciones oprimidas. La lucha heroica del pueblo griego y de los amigos de la primera hora logró la simpatía de toda Europa, pero también el interés de Francia y de Inglaterra, que intervinieron también para prevenir el apoyo a los griegos insurrectos ofrecido por Rusia que apuntaba a extender su propia influencia sobre los Balcanes. La batalla de Navarino del 20 de octubre de 1827 barrió la flota turco-egipcia. Seguidamente la cuestión griega se complicó en una guerra ruso-turca que se desarrolló en 1828 y en 1829, cuando los rusos quebraron las tenaces resistencias turcas. Con el tratado de Adrianópolis del 14 de setiembre de 1829, el sultán aceptó la formación de un Estado nacional griego en los límites que serían acordados entre Rusia, Inglaterra y Francia. En 1830 Grecia es libre e independiente.

3. Giberto Scotti, "Nei funerali del Colonnello Francesco Anzani", Imprenta de P.A. Molina, Milán 1848.
4. Bartolomeo Odicini, "Alcune parole di funebre elogio in occasione delle esequie al Colonnello Francesco Anzani celebrate nel quartiere della Legione Italiana in Montevideo", Montevideo, 1848.
5. *Ibidem*.
6. Francesco Anzani, "Lettera al fratello Giuseppe", Montevideo, 17 de junio de 1847, en "Garibaldi e i Garibaldini", Año I, N. 1, Riccardo Gagliardi, Como 1910.
7. Bartolomeo Odicini, "Alcune parole di funebre elogio", op. cit.
8. Bartolomeo Odicini, "Alcune parole di funebre elogio in occasione delle esequie al Colonnello Francesco Anzani celebrate nel quartiere della Legione Italiana in Montevideo", Montevideo, 1848.
9. Francesco Anzani, "Lettera al fratello Giuseppe", Montevideo, 15 de mayo de 1847, en "Garibaldi e i Garibaldini", Año I, N. 1, Riccardo Gagliardi, Como 1910.
10. Manfredo Fanti, "Lettera a Mr. François Anzani, Com. de la Légion italienne", Valencia, 10 de noviembre de 1846, en "Garibaldi e i Garibaldini", Año I, N. 1, Riccardo Gagliardi, Como 1910.
11. Bartolomeo Odicini, "Alcune parole di funebre elogio in occasione delle esequie al Colonnello Francesco Anzani celebrate nel quartiere della Legione Italiana in Montevideo", Montevideo, 1848.
12. Vittorio Vincenzo D'Equevilley, "Gl'italiani in Spagna", en *Strenna per l'anno 1888*, Tipografia Centrale, Roma, 1887.
13. Vittorio Vincenzo D'Equevilley, "Gl'italiani in Spagna", op. cit.
14. Bartolomeo Odicini, "Alcune parole di funebre elogio in occasione delle esequie al Colonnello Francesco Anzani celebrate nel quartiere della Legione Italiana in Montevideo", Montevideo, 1848.
15. Giovanni Durando, "Lettera a Manfredo Fanti", Villafranca de Panades, 23 de octubre de 1840, en *Strenna per l'anno 1888*, Tipografia Centrale, Roma, 1887.
16. Giovanni Durando, op. cit.
17. Carlo Beolchi, "Lettera da Londra", 24 de agosto de 1833, en *Rivista storica del Risorgimento*.
18. Manfredo Fanti, "Lettera a Mr. François Anzani, Com. de la Légion italienne", Valencia, 10 de noviembre de 1846, en "Garibaldi e i Garibaldini", Año I, N. 1, Riccardo Gagliardi, Como 1910.
19. David Chiossone, "Il colonnello Anzani", en "Il mondo illustrato", Giornale Universale, Año segundo, n° 28, sábado 15 de julio de 1848, G. Pomba y C. Editori in Turín.
20. Bartolomeo Odicini, "Alcune parole di funebre elogio in occasione delle esequie al Colonnello Francesco Anzani celebrate nel quartiere della Legione Italiana in Montevideo", Montevideo, 1848.
21. Silvio Pellico, "Le mie prigionie".
22. David Chiossone, "Il colonnello Anzani", op. cit.
23. Francesco Anzani, "Lettera a Manfredo Fanti", Montevideo, 5 de abril de 1845, en "Garibaldi e i Garibaldini", Año I, N° 1, Riccardo Gagliardi, Como 1910.

24. Francesco Anzani, "Lettera al fratello Giuseppe", Montevideo, 15 de mayo de 1847, en "Garibaldi e i Garibaldini", Año I, N° 1, Riccardo Gagliardi, Como 1910.
25. Francesco Anzani, "Lettera al fratello Giuseppe", Montevideo, 17 de junio de 1847, en "Garibaldi e i Garibaldini".
26. Giberto Scotti, "Nei funerali del Colonnello Francesco Anzani", Imprenta de P.A. Molina, Milán 1848.
27. Giuseppe Mazzini, "Istruzione generale per gli affratellati nella Giovine Italia", en *Scritti Politici*, Einaudi, Turín 1976.
28. Francesco Anzani, "Lettera a Manfredo Fanti", Montevideo, 5 de abril de 1845, en "Garibaldi e i Garibaldini", op. cit.
29. Francesco Anzani, "Lettera a Cuneo", Paysandú, 23 de junio de 1841, en "La Rivista di Roma", Año XI, Fasc. 11, Roma, 10 de junio de 1907.
30. Francesco Anzani, "Lettera al comandante Bottaro", octubre 9 de 1845, en "Garibaldi e i Garibaldini", Año I, N. 1, Riccardo Gagliardi, Como 1910.
31. *Ibidem*.
32. *Ibidem*.

JASPER RIDLEY

C. N.

El pasado 1° de julio falleció, a la edad de 84 años, el historiador inglés Jasper Ridley.

Había nacido en 1920 en West Hoathley (Sussex), cerca de Londres. Fue autor de más de veinte biografías dedicadas a diferentes personajes de la historia europea, desde el medioevo hasta nuestros días. Tomás Moro, Enrique VIII, hasta Winston Churchill, el mariscal Tito, Benito Mussolini, Lord Palmerston –por cuya biografía obtuvo en 1970 el Tait Black Prize– pasaron por su pluma brillante sustentada por una muy cuidada información.

Pero lo que nos interesa más a nosotros, garibaldinos, es su biografía sobre Giuseppe Garibaldi, editada por Mondadori en setiembre de 1975.

Para informarse debidamente, como corresponde y como era su método de trabajo, visitó Sudamérica, entre otros muchos lugares por los que desarrolló su actividad Garibaldi.

Así, recabó valiosa y seria información en Brasil, en Uruguay y en Argentina, por lo que el pasaje del héroe por estas tierras, que tanta importancia tuvo para su posterior actuación en Italia, desde el punto de vista ideológico –aquí pudo vivir directamente su primera experiencia republicana y democrática– y desde el punto de vista militar.

Esta biografía es un libro de permanente consulta para todos aquellos que se interesen por la vida de Garibaldi, por sus fuentes informativas, y por el extremo respeto hacia quien, por fortuna, logró escribir sus propias Memorias.

En el prefacio de la misma Ridley declara, con la humildad de quienes trabajan conscientemente y con seriedad, que “todo biógrafo de Garibaldi debe basarse, sobre todo, en sus Memorias”.

Nuestro homenaje, pues, hacia quien supo aportar a la abundante bibliografía sobre Garibaldi, una obra valiosa, con información seria y objetiva, de la cual supo extraer conclusiones compartibles.

MAQUIAVELO, LA POLÍTICA EXTERIOR Y NOSOTROS

Héctor Gros Espiell

Días pasados, releendo "El Príncipe", la gran obra, siempre viva y actual, de Nicolás Maquiavelo, que como ha dicho Raymond Aron, "ha guardado su poder de fascinación",¹ encontré la siguiente frase en el Capítulo XVIII: "...en suma no apartarse del bien si es posible, pero saber entrar en el mal si es necesario", o como se expresa en otra traducción: y como dije más arriba no apartarse del bien si es posible, pero saber entrar en el mal si es necesario". Frase que en su texto original, en italiano, se formula así: "...e, come di sopra dissi, non partirse dal bene, potendo, ma sapere intrare nel male, necessitato".

Más allá de la eterna e inacabable discusión, siempre vigente, en torno a la naturaleza y el carácter de "El Príncipe", sobre si es una obra de ciencia política que describe la realidad en un momento histórico dado, el tránsito del siglo XV al XVI, o si en cambio constituye un manual de conducta política, un compendio de consejos,² esta frase que he citado, en referencia a las relaciones internacionales, llamó mucho mi atención y atrajo mi interés.

Antes de analizarla e intentar interpretarla en su aplicación a la política internacional, creo que es útil hacer tres precisiones preliminares.

Primero: "El Príncipe" "polariza", como ha dicho Luigi Russo,³ el contraste entre la política y la moral, ya que la distinción entre política y moral, "son dos momentos eternos en el espíritu humano", reiterados constantemente en la historia de la realidad y del pensamiento.

Maquiavelo, ha recordado correctamente Aron,⁴ "no inventó ni la perfidia, ni la crueldad, ni la violencia. Simplemente trajo a la claridad de la conciencia una parte de la realidad política y humana, que estaba disimulada por conveniencia".

Segundo: que "El Príncipe" constituye, al decir de Uscatescu,⁵ algo que caracteriza a toda la época moderna, la mejor expresión de "la radical secularización de la moral y la política".

Y tercero: que "el primado de la política exterior es realmente la ley de bronce del Stato maquiavélico", como dijo con razón Francisco Javier Conde en "El saber político en Maquiavelo".⁶ Esto apareja la consecuencia de que "el saber diplomático", "el

oficio diplomático" y el "ethos" diplomático, constituyen un aspecto esencial de la obra de Maquiavelo.

El florentino tuvo siempre en sus obras y en su actividad, una clara visión del entorno internacional, aunque él no haya empleado la palabra internacional, porque "vio siempre el problema político italiano en el más vasto de Europa", como señala G. Solari.⁷ Y agregamos nosotros, que el problema político de Europa, subyacente siempre en el pensamiento de Maquiavelo era, necesariamente, entonces, el problema del Mundo conocido, único del que se tenía conciencia internacional en ese momento.⁸

Raymond Aron, en su célebre polémica con Jacques Maritain sobre Maquiavelo, en el capítulo sobre la política exterior (*étrangère*), desarrolló su noción del "maquiavelismo moderado", opuesto al "maquiavelismo absoluto", como una forma adecuada de ir hacia el objetivo de lograr una ética de la guerra contenida (de la *guerre retenue*).⁹ Sería algo así como una ética de la responsabilidad en el pensamiento de Max Weber,¹⁰ que podría deducirse de una interpretación moderada del pensamiento de Maquiavelo en cuanto a la política exterior, que sería posible fundar en múltiples pasajes de su obra y que llevaría no siempre necesariamente a la guerra, si eludirla fuera posible y conveniente.

El pensamiento de Maquiavelo que he citado al comienzo, se encuentra en el Capítulo XVIII de "El Príncipe", titulado "De qué modo deben guardar los príncipes la fe prometida" o en otra traducción "De qué modo deben los príncipes observar su palabra" ("*Quomodo fides a principibus sit servanda*"). Es éste el capítulo "más célebre, el más aborrecido por los moralistas rutinarios y, acaso el de mayor valor literario",¹¹ al decir de la gran erudita y humanista que fue mi siempre recordada profesora de italiano, Luce Fabbri Cressatti.

Si bien es cierto que en los veintiséis capítulos de "El Príncipe" no hay ninguno que tenga un título relativo a la política exterior o internacional, la verdad es que toda la obra de Maquiavelo trata tanto de la política interior de los Estados, de los principados, como de la política de cada uno de ellos frente a los otros.^{11 bis}

Esto es así por igual en el caso de los principados y las diversas entidades políticas existentes en Italia, comprendiendo al Estado Pontificio,¹² como entre tales entidades políticas con los Estados no italianos y entre éstos, en especial en los casos citados por él, de Francia, de España, del Imperio (Alemania), de Inglaterra y de Suiza.

Pero si las relaciones internacionales, la política exterior, son esenciales y determinantes en la naturaleza y la acción del "Stato" maquiavélico, expresión ésta del surgimiento del Estado moderno que adquiriría su plena autonomía y de la nueva sociedad internacional que nacía, y que se configuraría plenamente poco tiempo después con los Tratados de Westfalia, no se encuentra, en cambio, en Maquiavelo, nada expreso sobre el Derecho Internacional, sobre ese Derecho de Gentes, que aparecería como tal

luego, con Vitoria y con Grocio, como expresión normativa del Nuevo Mundo que se gestaba y que se configuraría plenamente con el Descubrimiento de las tierras americanas –la conciencia y las consecuencias de ese Descubrimiento–, poco después de Maquiavelo.

En un trabajo de señalable importancia, de Charles Benoist, titulado “L’influence des Idées de Machiavel”^{12 bis} publicado en 1925 en el “Recueil des Cours de l’Académie de Droit International de La Haye” se estudió en especial la influencia de las ideas de Maquiavelo sobre la doctrina y la práctica del Derecho de Gentes (Lecciones cuarta y quinta).

Siguiendo a lo que, en 1889 había dicho Rivier en su “Introduction au Droit du Gens”, en el prólogo al libro de Hotzendorff, afirma inicialmente que: “Maquiavelo contribuyó indirectamente a consolidar el Derecho de Gentes...”, Benoist va, sin embargo, más lejos y ve en “el Derecho Internacional naciente” influencias directas de Maquiavelo, especialmente en temas tales como la guerra y sus reglas, la guerra preventiva, el derecho de conquista, la ocupación, la conducta en país enemigo, las colonias en países vencidos, las deportaciones y el valor y el respeto de los tratados”.

Por más alejados que estén los criterios sustentados por Maquiavelo del Derecho Internacional moderno y, en especial, del Derecho Internacional actual, además del hecho evidente de que su concepción del Mundo Internacional no es la de un Mundo regido por el Derecho, sino sólo por el interés no limitado por ninguna norma jurídica¹³, no puede desconocerse su incidencia en el nacimiento y evolución de este Derecho.

Hoy no puede dejarse de comprobar –al verificar el trágico alejamiento, la diabólica dicotomía– que muestra en los días en que vivimos el Mundo entre los principios jurídicos y éticos, en una palabra entre el Derecho y la realidad de ciertas conductas de alguna y de algunas potencias, de la supervivencia actual de ciertos criterios de Maquiavelo aplicables a las relaciones internacionales y recogidos inicialmente, pero luego superados por la evolución positiva del Derecho Internacional, que tristemente no ha logrado aún salvar el abismo entre el ser y el deber ser.

Para Maquiavelo, en la política exterior –y en la diplomacia– “no hay que apartarse del bien si es posible”.

Es decir que el bien, la conducta fundada en el bien, es lo esencial. Hay que seguirlo y no apartarse de él.

El bien es, en el pensamiento de Maquiavelo, un concepto vinculado con el tema de la “virtud”, de la “virtud política”¹⁴ y con la idea, unida al mantenimiento y fortalecimiento del Estado, que constituyen criterios centrales del ideario del florentino.

Como ha dicho Luce Fabbri en su comentario del Capítulo XVIII de “El Príncipe”: “*Todo el capítulo está dominado por el fuerte contraste entre el bien y el mal, lo que le da un tinte casi religioso. La ‘necesidad’ del mal pesa sobre el príncipe y sobre el vulgo casi como una condena*”. La existencia del mal, la “necesidad del mal”, que

nace de la corrupción de los tiempos, es un presupuesto de toda la concepción maquiavélica.¹⁵

No hay que apartarse del bien si es posible en la conducta política y diplomática. Pero si es necesario hay que saber “entrar en el mal”. Es curioso que esta frase no dice que hay que actuar fundándose en el mal o empleando el mal. Sólo expresa que hay “saber entrar en el mal”, es decir insertarse en una realidad en la que el mal reina, ya que, como él mismo dice en este mismo capítulo XVIII, unos párrafos antes: “...si los hombres fuesen todos buenos este precepto no sería bueno, pero como son malos y no serán leales contigo, tú tampoco debes serlo con ellos”.

No he encontrado en los muchos comentarios que he leído del Capítulo XVIII de “El Príncipe”, ni en las notas de pie de página al texto, por ejemplo de Cristina de Suecia y de Napoleón, ninguna reflexión sobre la diferencia entre hacer el mal y entrar en el mal. Por mi parte creo que la diferencia es importante y no puede dejar de ser destacada en el pensamiento de Maquiavelo.

No hay duda de que la estimación pesimista de la naturaleza humana —que Hobbes recogió— es nota no sólo reiterada, sino principalísima en el sistema de ideas de Maquiavelo, como lo afirman todos sus comentaristas y lo destaca, entre otros, Luis Arocena en sus notas a “El Príncipe”.¹⁶

Esta reciprocidad para contestar el mal que se recibe, junto al criterio de que se puede no observar la palabra dada cuando se han “extinguido las razones que movieron a darla”, conceptos también afirmados en el mismo Capítulo XVIII, no son ajenos a principios jurídicos actuales, como el de reciprocidad y el “de rebus sic stantibus”, que habrían de ser recogidos luego de Maquiavelo por el Derecho de Gentes.

Tanto el bien como el mal en la conducta política se siguen, en el pensamiento maquiavélico, en función y para el bien común, otro concepto determinante de su sistema de ideas. El bien común es expresión de la “virtud”, en la acepción política que la palabra tiene en Maquiavelo, ya que para él: “la virtud política es acción en vista del bien común”, que “es bueno aunque puede ser malo en relación al individuo”, como destaca G. Solari.¹⁷

El bien común en Maquiavelo, se integra con dos conceptos esenciales de su pensamiento: la necesidad y la razón de Estado, que lo condicionan profundamente.¹⁸

La conducta basada en el bien tiene por tanto prioridad pero, si es necesario, hay que saber entrar en el mal y actuar en consecuencia. Toda una concepción de la conducta en la política exterior y en la diplomacia.

El patriotismo italiano de Maquiavelo, tan profunda y emocionalmente expuesto en el capítulo final de “El Príncipe” (XXVI), titulado “Exhortación para librar a Italia de los Bárbaros”, tiene que considerarse no sólo como una expresión de la manera de conducir, en los siglos XV y XVI, la política exterior de Italia, entonces formada por

un conglomerado heterogéneo de entidades, una expresión del necesario patriotismo como fundamento de la política exterior –entonces y ahora– de cualquier Estado en relación a otro u otros Estados.

Ciertos criterios, muchos en verdad, afirmados por Maquiavelo, no se limitan a la Italia y a la Europa en el pasaje del siglo XV al XVI. Se proyectan a todo tiempo. Se aplican no sólo a las relaciones interestatales en el Mundo en el que él vivió, sino que también no pueden dejarse de considerar en relación con lo que es hoy el Estado, palabra que él acuñó y concepto al que le dio un contenido preciso¹⁹ y en función de lo que es ahora una Comunidad Internacional muy distinta y mucho más compleja, expresión de un Mundo esencialmente diferente, pero en el que el hombre sigue siendo el mismo hombre.

No es posible en nuestros días, para mí, dejar de señalar y afirmar la reivindicación de la moral internacional en el marco de un Derecho Internacional²⁰ justo, por la que tanto soñamos, y que lamentablemente está hoy tan lejos de la realidad como lo estaba en la época de César Borgia.²¹

...

¿Es todo esto una elucubración abstracta, de un desocupado lector de Maquiavelo, que piensa sólo en relación con el conocimiento histórico y la interpretación de la ideología de un patriota italiano del siglo XV y XVI?

No, Maquiavelo es, para bien o para mal, nuestro contemporáneo y su influencia sobre lo bueno y lo malo en política, lo bueno y lo malo especialmente en política exterior, es actual y no puede dejar de ser tenida en cuenta hoy.

El camino de la “bondad”, que implica objetivos y principios éticos y jurídicos, debe andarse con realismo, con prudencia, con circunspección y con firmeza. El hablar de más, la improvisación, el prometer lo que no se hace porque no se puede o no se piensa hacer, es un camino peligroso que conduce, en un determinado momento a tener que entrar en el mal.

Trasladado a nuestro tiempo y a nuestro país –y sin que implique ningún juicio moral–, el “mal” existe cuando se carece de una política exterior nacional, coherente, sistemática y planificada de acuerdo con todos los intereses y tendencias nacionales.

El mal no se encuentra únicamente en una conducta maligna, ni puede ser considerado sólo “strictu sensu”, en sí mismo, como la violación radical de un principio ético fundamental, como lo opuesto al bien, sino también como el error; porque el error, como opuesto a la verdad, constituye asimismo una expresión de la maldad.

Si el pensamiento de Maquiavelo no puede olvidarse en teoría y en la práctica general del quehacer político, tampoco puede serlo frente a nuestra política exterior, a la de Nuestra Patria, tanto en el ayer, como en el presente crítico que vivimos y en el mañana mejor a que aspiramos.

Notas

1. Raymond Aron, *Les Antinomies de la Politique*, Preface au Prince, en Machiavel et les Tyrannies Modernes, Editions de Fallois, Paris, 1993, pág. 383; *Le Prince*, Livre de Poche, París, 1982, pág. 1.
2. Luis A Solari, Nicolás Maquiavelo, Estudio Preliminar a la Edición Bilingüe de la Universidad de Puerto Rico, *Revista de Occidente*, Madrid, 1955, págs. 63-64; Benito Mussolini, *Preludio al Machiavelli*, Gerarchia, Roma, 1925; Francisco Javier Conde, *El Saber Político en Maquiavelo*, *Revista de Occidente*, Madrid, 1974, pág. 20; Georges Mounin, *Machiavel*, Editions du Seuil, Paris, 1958, pág. 219; Federico Chabod, *Escritos sobre Maquiavelo*, Fondo de Cultura Económica, México 1984, pág. 107.
3. Luigi Russo, *Machiavello*, Editori Laterza, Bari, 1969, pág. 38; Sobre la separación de la política y la ética y la autonomía de la política; Antonio Truyol, *En el Centenario de Maquiavelo*, *Revista de Occidente*, N° 81, Diciembre 1969; pág. 271.
4. Raymond Aron, *Sur le Machiavelisme*, Dialogue avec Jacques Maritain, en *Machiavel et les Tyrannies Modernes*, Editions de Fellois, París, 1993, pág. 409.
5. Georges Uscatescu, *Maquiavelo y la Pasión del Poder*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1969, pág. 86.
6. Francisco Javier Conde, *El Saber Político en Maquiavelo*, Biblioteca de la Revista de Occidente, Madrid, 1976, pág. 104.
7. G. Solari, Nicolás Maquiavelo, México, pág. 3.
8. Sobre lo internacional en Maquiavelo, es decir "la adquisición, el afianzamiento, el incremento y la pérdida de poder entre los Estados" véase: Antonio Truyol, *Op. Cit.*, pág. 269.
9. Raymond Aron, *Sur le Machiavélisme*, Dialogue avec Jacques Maritain, en *Machiavel et les Tyrannies Modernes*, cit., pág. 410.
10. Max Weber, *La Política como Vocación*, (en Max Weber, *El Político y el Científico*, *El Libro de Bolsillo*, Alianza, Madrid, 1967, págs. 81-810) en donde dice:

"Tenemos que ver con claridad que toda acción éticamente orientada puede ajustarse a dos máximas fundamentalmente distintas entre sí e irremediamente opuestas; puede orientarse conforme a la 'ética de la convicción' o conforme a la 'ética de la responsabilidad' ('gesinnungsethisch' o der 'verantwortungsethisch'). No es que la ética de la convicción sea idéntica a la falta de responsabilidad o la ética de la responsabilidad a la falta de convicción. No se trata en absoluto de esto. Pero sí hay una diferencia abismal entre obrar según la máxima de una ética de la convicción, tal como la que ordena (religiosamente hablando) 'el cristiano obra bien y deja el resultado en manos de Dios'; o según una máxima de la ética de la responsabilidad, como la que ordena tener en cuenta las consecuencias previsibles de la propia actuación.

Cuando las consecuencias de una acción realizada conforme a una ética de la convicción son malas, quien la ejecutó no se siente responsable de ellas, sino que responsabiliza al mundo, a la estupidez de los hombres o a la voluntad de Dios que los hizo así.

Quien actúa conforme a una ética de la responsabilidad, por el contrario, toma en cuenta todos los defectos del hombre medio.

Como dice Fichte, no tiene ningún derecho a suponer que el hombre es bueno y perfecto y no se siente en situación de poder descargar sobre otros aquellas consecuencias de su acción que él pudo prever. Se dirá siempre que esas consecuencias son imputables a su acción. Quien actúa según una ética de la convicción, por el contrario, sólo se siente responsable de que no flamee la llama de la pura convicción'.

Un tema como el que nos ocupa debe ser encarado con una ética de la prudencia, de la responsabilidad, de la razonabilidad, que sabe que toda solución a este tipo de cuestiones no es plenamente satisfactoria en términos de justicia absoluta de una 'ética de la convicción'. pero que, honestamente, en términos políticos, busca el mejor compromiso posible en función de la realidad

de hoy y del mañana, en base del bien común, que comprende que hay que tomar en consideración, no de manera única y excluyente, pero sí en relación con anteriores violaciones de Derechos Humanos.

José Luis Aranguren, en su libro 'Ética y Política', ha insistido en la necesidad de que la ética de responsabilidad no sea únicamente una pseudo ética con algo de cinismo, una ética que tenga en cuenta sólo los resultados, sino una ética de la realidad, indispensable en la política y en el político, que reconquiste el valor social y 'saque a la ética de un subjetivista confinamiento moral'. Es ésta, y sigo citando a Aranguren, la tradicional moral de la prudencia, entendida esta palabra en su acepción política, que se remonta a Aristóteles y a la que la escuela española brindó aportes esenciales, entre los que no puede dejarse de recordar a Saavedra Fajardo, a Pedro Rivadeneyra y a Juan de Salazar.

En la tradición de la ética de Aristóteles, en Santo Tomás y en la escolástica del Siglo de Oro, la prudencia es la primera de las virtudes cardinales. ¿Qué significa la supremacía de la prudencia? Que la realización del bien exige un conocimiento de la realidad. 'Lo primero que se exige de quien obra es que conozca'; dice Santo Tomás. La prudencia se refiere al conocimiento de la realidad histórica en su contingencia, donde elige los medios concretos para la realización del fin. Se mueve en el plano de los 'caminos y los medios'".

11. Nicolás Maquiavelo, El Príncipe, Prólogo y Notas de Luce Fabbri Cressatti, Edición Bilingüe Italiano. Castellano, Nordan Comunidad, Montevideo, pág. 154. Para G. Solari, op. cit., Pág. 21, es el capítulo "más discutible" y el "generalmente más condenado".
- 11 bis. Lauro Escorel, Introdução ao Pensamento Político de Maquiavelo, Universidade de Brasília, 1979, pág. 83.
12. George Sabine, Historia de la Teoría Política, cap. XVII, Maquiavelo, Italia y el Papa, Fondo de Cultura Económica, México, 1945, pág. 325-326.
- 12 bis. Charles Benoist, L'Influence des Idées de Machiavel, Recueil des Cours, Académie de Droit International, La Haye, 1925, Tome 9.
13. Charles Benoist, op. cit.
14. Pedro de Vega, La Democracia como Proceso (Consideraciones en torno al Republicanismo de Maquiavelo, Revista de Estudios Políticos, Nº 120, Madrid, abril-mayo 2003, pág. 18. Como muy bien destacan Francisco Flora y Carlo Cordié (Introducción "a Tutte le Opere di Nicolò Machiavelli", Mondadori, 1949, pág. XXII), la "virtud" en Maquiavelo está en relación con el mantenimiento de la salud del Estado.
15. Luce Fabbri, Op. cit, pág. 103; Francesco Flora y Carlo Cordié, op. cit., pág. XIX.
16. Luis Arocena, El Príncipe, Edición Bilingüe con un Estudio Preliminar, Notas y Apéndice de Luis A. Arocena, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, Revista de Occidente, Madrid, 1955, nota 6 al Capítulo XVIII, pág. 377; Ernst Cassirer, El Mito del Estado, Fondo de Cultura Económica, México, 1947, pág. 176, George H. Sabine, Historia de la Teoría Política, Cap. XVIII, Maquiavelo, Fondo de Cultura Económica, México, 1945, pág. 331; Penélope Simons, The Emergence of the Idea of the Individualised State in the International Legal System, Machiavellian Man and the Hobbesian State, en Journal of the History of International Law, Vol. 5, Nº 2, 2003, Nijhoff, págs. 303-305.
17. G Solari, Nicolás Maquiavello, en su Historia de las Ideas Políticas, México, pág. 12.
18. Friederich Meinecke, La Idea de la Razón de Estado en la Edad Moderna, Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1959, pág. 31, dice:
 "Es, por eso, una necesidad histórica, que el hombre con quien comienza en el Occidente moderno la historia de la razón de Estado y de que ha recibido su nombre el maquiavelismo, fuera un pagano que no conocía el miedo del infierno, y que pudo, de esta suerte, dedicarse con serenidad clásica a reflexionar sobre la esencia de la razón de Estado.
 Nicolás Maquiavelo fue quien primero lo hizo así. Aquí lo que importa es el problema, no la

expresión, que todavía no se halla en él. Maquiavelo no comprimió todavía en una expresión típica sus ideas sobre la razón de Estado. Aun cuando gustaba de los tópicos enérgicos y cargados de contenido, y aun cuando acuñó muchos, no sintió, sin embargo, la necesidad de una expresión precisa para las ideas supremas que ocupaban su ánimo, cuando éstas le parecían evidentes y le absorbían totalmente. Se ha echado de menos, por ejemplo, que no llegó a expresarse sobre el último fin del Estado, concluyendo erróneamente de este hecho que nunca llegó a reflexionar sobre este punto. Maquiavelo, al contrario, vivió y actuó, como veremos enseguida, dentro del ámbito de un fin supremo del Estado perfectamente determinado. Y de igual manera, todo su pensamiento político no es otra cosa sino reflexión continuada sobre esta razón de Estado".

Manuel García Pelayo, *De las Razones Históricas de la Razón de Estado*, Introducción a Giovanni Botero, *La Razón de Estado y Otros Escritos*, Instituto de Estudios Políticos, Facultad de Derecho, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1962; Ernest Cassirer, *El Mito del Estado*, Fondo de Cultura Económica, México, 1947, pág. 168.

19. Federico Chabod, op. cit, pág. 108, en cuya nota 194 se da una amplia bibliografía dedicada al tema de Maquiavelo, el nacimiento de la palabra Estado y las identidades y diferencias del Estado maquiavélico y el Estado actual.
20. Héctor Gros Espiell, *Ética, Derecho y Derecho Internacional*, Revista do Instituto Brasileiro de Direitos Humanos, año 2, Vol. 2, Nº 2, Brasília, 2001, pág. 129; H. Krauss, *La Morale Internationale*, Académie de Droit International, Recueil de Cours, La Haye, Tome 16; Nicolas Politis, *La Morale Internationale*, Neuchâtel, 1943.
21. "Plus ça change, plus c'est la même chose", expresión citada por W. Somerset Maugham, en "Maquiavelo y la Dama (Then and Now)", Buenos Aires, 1947, pág. 7.

GARIBALDI: ENTRE EL PATRIOTISMO Y EL COSMOPOLITISMO¹

Carlos Novello

Actualmente hay en Italia ciertos temas en discusión, que a los italianos y/o descendientes de italianos en el exterior, nos causan cierta perplejidad. Replantearse los valores de patria y consecuentemente, de patriotismo; cuestionarse el tema de la unidad política del país y otros similares, tiene para nosotros, que los consideramos a la distancia, aunque visitemos y estemos en contacto asiduamente con la realidad italiana, un dejo de anacronismo, al tiempo que la sensación de que se va contra la corriente de la historia.

Hoy, según nuestra opinión, lo que se debería estar discutiendo es cuál es la mejor manera de coordinar las ideas y los sentimientos de patriotismo y de cosmopolitismo, tal cual supo hacerlo Garibaldi en forma magistral.

A ello nos llevan la historia y las tendencias predominantes en el siglo XXI. Italia como nación fue, durante siglos, más idea que realidad.

Se asume esta idea, especialmente en la literatura, por parte de escritores y poetas que desde la plenitud de la Edad Media dejan establecido que, por lo menos las capas más esclarecidas de la cultura italiana —que ya es italiana sin Italia— están construyendo las estructuras básicas de la nación que recién va a poder formarse durante el siglo XIX.

Lo que el mundo está discutiendo en estos días es la regionalización, la unión económica y/o política aun de aquellos países que hasta hace poco más de medio siglo fueron enemigos aparentemente irreconciliables. En todas las latitudes, en diversas partes del mundo.

No es la globalización y la unificación o absorción mutua de las empresas supranacionales: es la unidad de los pueblos en el trabajo y en la cultura multirracial.

Si somos capaces de dejar de lado conceptos tales como los de raza privilegiada o pueblos elegidos, si somos capaces de dejar de utilizar las religiones como pretexto para marginar o someter pueblos, en lugar de dejarnos ganar por ellas para, en primer lugar, hacernos mejores a nosotros mismos y, después, para tender una mano comprensiva y solidaria hacia los que, con todo derecho, no piensan como nosotros, habremos dado un importante paso hacia adelante para lograr esta meta, que es una dura tarea a desarrollar a lo largo de generaciones, pero que hay que comenzar ya.

Sirven, tanto para uruguayos como para italianos, las palabras que José Enrique Rodó escribiera en 1895, en ocasión de cumplirse un nuevo aniversario del fallecimiento de Juan Carlos Gómez: "Entre nosotros, merecen ser honradas las generaciones que han precedido a las que tienen la representación oscura del presente no sólo a nombre de aquella solidaridad histórica inquebrantable, sino también por un claro derecho de superioridad. El interés del porvenir se une a la 'sagrada voz de la historia' –siempre vibrante en el corazón de los pueblos que son algo más que muchedumbres– para exigimos, cuando se trate de esas generaciones, un homenaje de amor y de justicia que sea, a la vez, inspiración de fecundas enseñanzas, y nos lleve a familiarizarnos con los ejemplos de su acción y las confidencias de su espíritu".

Garibaldi y Roma

El sentimiento innato de patria y de italianidad se vio justificado y fortalecido en Garibaldi durante su primera visita a Roma, en 1825, acompañando a su padre como marino, en la "Santa Reparata".

En 1849, en relación a este viaje, escribirá en sus Memorias: "El defecto de no ser instruidos seriamente en las cosas y en la historia patria, es general en Italia, pero en particular en Niza, ciudad limítrofe y lamentablemente tantas veces bajo la dominación francesa.

En esta mi ciudad natal, aun en los tiempos en que esto escribo, no muchos sabían que eran italianos; la gran afluencia de franceses, el dialecto, tan parecido al provenzal y la despreocupación de nuestros gobernantes hacia el pueblo, al cual tomaban en cuenta solamente por dos motivos: para depredarlo y para utilizar a su juventud como soldados. Todos estos hechos llevaban a los nizardos a la más absoluta indiferencia en todo lo concerniente a la patria y finalmente permitieron a los curas y a Buonaparte desgajar esta hermosa rama de la planta madre". El primer contacto con Roma cambió este sentimiento provocado por una realidad depresiva.

Roma lo deslumbró. Le creó de pronto, en su mente, todo el pasado que podía servir de apoyo a su sentimiento patriótico hasta entonces intuitivo. Y, además, Roma no era sólo una idea: era muy real y estaba ahí.

La vio, como en un sueño, "la capital de un mundo, con sus ruinas sublimes, inmensas, donde se reencuentran, todas juntas, las reliquias de lo que tuvo de más grande el pasado!".

Continúa agregando frases apologéticas que nos muestran que la idea de la patria unificada era lo que lo impulsaba mientras se encontraba luchando por el mismo ideal en Sudamérica: "Oh! Roma me era entonces querida sobre todas las cosas. ¡Y yo la adoraba con todo el fervor de mi alma! No sólo a través de las soberbias obras acumuladas por su grandeza de tantos siglos, sino aun por sus ruinas menos importantes; así encerraba en mi corazón, preciosísimo depósito, mi amor por Roma. ¡Y no lo revelaba sino cuando podía exaltar ardientemente el objeto de mi culto! Antes que

desgastarse, mi amor por Roma se robusteció con la lejanía y con el exilio. A menudo, y muy a menudo, me deleitaba con la idea de volver a verla otra vez.

En fin, Roma, para mí, es Italia; y no veo que Italia pueda ser posible si no es a través de la unión compacta o federada de sus miembros dispersos!”.

El marino mercante aprende, no sólo navegación

A medida que se hacía práctico en la navegación, Garibaldi, con su padre y con otros capitanes, recorría la costa del sur de Francia y de la Liguria; fue ampliando posteriormente sus recorridos hacia el mar Egeo, el Negro, el de Azov. Sus primeras armas en el mar debió hacerlas luchando contra piratas griegos en el Egeo, sin saber entonces que esa experiencia le serviría en Brasil, en el Río de la Plata y en el Paraná, años más adelante, del mismo modo que aquellas tierras lo hicieron jinete y guerrero de tierra para luchar contra los enemigos de Italia después de su retorno en 1848.

La revuelta que en 1831 se inició en Módena impulsada por los Carbonarios fue aplastada; varios patriotas fueron ejecutados, entre los cuales Ciro Menotti. La muerte de este joven, hijo de un comerciante de Módena, impresionó fuertemente a Garibaldi quien, a la sazón, se encontraba en una nave en el mar Negro. Hasta ese momento no había tenido información acerca de los movimientos insurreccionales, pero después de estos acontecimientos, apenas vuelto a Italia, trató de conseguir libros y escritos que lo pusieran al día con los objetivos de estos revolucionarios.

En 1833, viajando hacia Constantinopla desde Marsella como segundo de la nave “Clorinda”, entró en contacto con algunos saint-simonianos y muy especialmente con Barrault, de quien adoptó el concepto al que fuera fiel durante toda su vida, según el cual el hombre que defiende su patria o ataca a otro país no es más que un soldado; piadoso en el primer caso, injusto en el segundo. Pero que el hombre que, haciéndose cosmopolita, adopta a la humanidad como patria y va a ofrecer su espada y su sangre a cualquier pueblo que luche contra la tiranía, es más que un soldado: es un héroe.

La idea de patria y de cosmopolitismo comenzaba a adueñarse de su mente y lo guiaría durante el resto de sus días.

Este viaje parecía señalado por el destino para Garibaldi; los saint-simonianos desembarcaron en Constantinopla, la “Clorinda” zarpó hacia el mar Negro y, después de una escala en Odesa, se dirigió a Taganrog, puerto ruso en el mar de Azov. En la zona del puerto había un local donde se reunían los marinos italianos y allí concurrió Garibaldi. En una de las salas, aquel joven marinero que ya sentía algo más que una atracción intuitiva hacia todo lo relacionado con la patria italiana, escuchó a otro joven, más o menos de su edad, que estaba hablando de la liberación de Italia, de la doctrina de Mazzini y de la “Joven Italia”: era Giambattista Cúneo, quien tendría una destacada actuación en Montevideo.

De este encuentro resultó el ingreso de Garibaldi a la “Joven Italia” y nuevamente se unió el fuerte concepto de patria, que reclamaba como condición irremplazable

para lograr su concreción la liberación y la unidad italianas, con el concepto cosmopolita de patria común para todos los seres humanos, con todas las consecuencias que de él derivan.

Mazzini, con su "Joven Europa", fue uno de los más infatigables impulsores de la Unión Europea, aún hoy en trámite, que comenzó a concretarse recién a mediados del siglo XX.

Respeto irrestricto a la libre determinación de los pueblos

La insurrección de Génova de 1834, organizada por Mazzini, fue en el único movimiento en el que participó Garibaldi en su organización, desde las tareas propagandísticas que, como se le había asignado, debía desarrollar entre los tripulantes de la Marina Sarda.

Este movimiento, además, se realizaba en su región y en él participaba su propia gente, a la que él conocía en profundidad, por su modo de ser y su psicología. Éste era un movimiento nacional, italiano, por lo tanto era perfectamente natural que fueran los propios italianos quienes lo iniciaran, lo organizaran y lo llevaran a cabo.

Los marineros que pertenecían a la "Joven Italia", entre los que estaba Garibaldi, después de ingresar a la Marina Real debían organizar un motín para el momento en que estallara la insurrección en Génova; debían apoderarse de las naves y unirse a los insurrectos.

Este levantamiento fracasó. Garibaldi debió desertar de la Marina y, perseguido por las autoridades que ya lo sabían uno de los insurgentes, se refugió en Francia, donde recibió la noticia de su condena a muerte, y desde allí inició una travesía que lo trajo a Rio de Janeiro en 1835.

Al poco tiempo de llegar a Rio Garibaldi se inscribió en la "Joven Italia" local y prestó juramento.

Desde allí continuaría la lucha que había iniciado en Italia.

Enseguida comenzó a actuar. Escribió en un periódico de Rio, que no se conservó, un artículo contra Carlos Alberto, el cual fue notificado a las autoridades de Turín por el ministro de Cerdeña en Brasil. El funcionario denunciaba también a su gobierno que una gran bandera tricolor –la bandera que Mazzini había elegido como emblema de la Italia republicana– flameaba frente a la casa de los "liberales italianos", según su expresión.

Garibaldi por medio de una carta propuso a Mazzini que le enviara la correspondiente patente para iniciar una guerra de corso contra las naves austriacas y sardas a lo largo de la costa brasileña.

Naturalmente Mazzini se rehusó a ello puesto que, si bien la guerra de corso era un método legal de lucha entre las potencias mundiales –y lo fue hasta el Congreso de París de 1856–, esas patentes debía emitirlos un gobierno constituido, lo que no era la dirección de la "Joven Europa", ni la de la "Joven Italia". Impedido de actuar por el

momento, se dedicó, para subsistir, a los negocios, para los cuales no había nacido. Pero, como contrapartida, se daba el gusto de llamar a su barca "Mazzini" y de enarbolar en ella el tricolor italiano.

En Río de Janeiro Garibaldi ingresó a la Masonería, afiliándose a la logia "Asilo de la Virtud".

Garibaldi, que estaba muy desilusionado por su inactividad política, había transmitido a Cúneo, que estaba, como recordamos, en Montevideo, sus intenciones, a pesar de todo, de iniciar una guerra de corso, aun sin la patente.

Cúneo le aconsejó que se trasladara a Montevideo, lo cual no hizo porque, como le comunicó a su amigo, había surgido otra posibilidad de seguir luchando por sus comunes ideales: había comenzado el movimiento republicano en Río Grande del Sur, en Brasil, contra el gobierno imperial.

Intervino en esa lucha junto a Rossetti, Zambecari y otros italianos, hasta que en abril de 1841 partió hacia Montevideo.

La de Brasil fue la primera experiencia de Garibaldi para poner en práctica su visión cosmopolita de la vida.

En este país sudamericano había salvado a un negro de morir ahogado y a otros de la esclavitud, hechos que, para otros blancos, eran poco menos que ocuparse de simples bestias utilizadas para el trabajo. Recordemos las sesudas discusiones en Europa acerca de si los indígenas y los negros tenían alma o no. Cuando se hablaba de igualdad de razas, para Garibaldi significaba eso y nada más. No sólo en ese aspecto: se enamoró de Anita, que era una muchacha del pueblo, sin ninguna instrucción, sin ningún refinamiento, pero en la que Garibaldi no vio solamente a una bella y decidida joven, sino a una persona capaz de abrazar un ideal —como lo hizo— y de luchar por él al par de un hombre y, muchas veces, más que mucho de ellos.

Con ella Garibaldi formó su familia, en plena lucha, y con el pequeño Menotti llegó a Montevideo en junio de 1841.

En Uruguay, que era independiente desde hacía pocos años, ejercía su gobierno ejemplar el segundo presidente constitucional de la nueva nación, Manuel Oribe, cuando Rivera, el primer presidente, lo derrocó, transformándose así en el primer presidente inconstitucional.

Utilizado por Francia, que quizás lo impulsó a derrocar a Oribe para presionar a Rozas, el dictador argentino, y obtener de él ventajas económicas similares a las que ya tenía Inglaterra, le declaró a éste la guerra, en 1839.²

Guerra impensable, dados el tamaño y las fuerzas de Uruguay en relación a Argentina, sin el apoyo de una potencia como Francia.

Oribe no tuvo más remedio que saltar de la olla para caer en la sartén, como se dice popularmente. No podía esperar apoyo más que del gobernante argentino —que tenía sus aspiraciones respecto de Uruguay— pero, de todos modos, no se puede eludir que el gobierno de Rozas fuera una brutal dictadura.

Montevideo se transformó en refugio de los llamados "unitarios" argentinos, que allí se exiliaron y que mantenían ideas liberales, llegando a tener gran influencia sobre el gobierno montevideano debido a la comunidad de ideas.

Ésa fue, a grandes rasgos, la situación que encontró Garibaldi al llegar a la capital de Uruguay.

Allí rehizo y estuvo al mando de la pequeña flota con que contaba el gobierno de Montevideo, que actuó apoyada —mientras les sirvió— por naves de guerra de Francia y de Inglaterra.

Al frente de la Legión Italiana se hizo un experimentado jefe militar. Este cuerpo de voluntarios —muy irregular en cuanto a su número, pues estaba formado por gente de trabajo que cuando la situación militar lo permitía volvía a sus tierras, a sus artesanías o comercio para atender al sustento de su familia— servía a la causa montevideana, pero en la intención de Garibaldi servía también para demostrar al mundo, pero sobre todo a los propios italianos, que ellos eran capaces de luchar por un ideal y que tenían posibilidad de hacerlo —y muy bien— por la liberación y la unidad de su propio país.

Recordemos lo que dice en sus Memorias: "El asedio de Montevideo, cuando sea mejor conocido en sus detalles, resaltarán por la emocionante defensa mantenida por un pueblo que combatió con coraje, constancia y sacrificios de todo tipo. Probará el poder que tiene una nación que no quiere doblar las rodillas ante las prepotencias de un tirano; y, cualquiera sea su suerte, esa nación merece el aplauso y la admiración del mundo".

Y más adelante escribe: "Mientras tanto, la intervención francesa disminuía día a día. Francia ya no empleaba medios militares para solucionar el problema, sino que se inclinaba por la solución diplomática. Y Rozas se burlaba de ello. Varios enviados a negociar, no habían obtenido del dictador más que insignificantes armisticios que no servían para otra cosa que para que la pobre ciudad asediada terminara de consumir los pocos medios de sustento que había logrado reunir trabajosamente".

...

"El gobierno oriental, impotente por falta de medios, debía conformarse con lo que determinaba la Intervención.

¡Situación deplorable! ¡Infelices los pueblos que dependen de los extranjeros para lograr su bienestar! Y cada vez que se debe pensar en la aplicación práctica de esta desolante verdad... el pensamiento se vuelve melancólico hacia nuestra pobre Italia!"

...

"La idea del regreso a la patria y la esperanza de poder ofrecer nuestro brazo para lograr su redención, hacían palpar, desde hacía tiempo, nuestras almas. Era doloroso abandonar el país de asilo, la patria adoptiva, los hermanos de armas, es cierto; pero la situación de Montevideo se había transformado en una transacción diplomática; y a nosotros no nos quedaba otra cosa que tedio y mortificaciones, si no algo peor: lo que se podía conjeturar, teniendo que vérnoslas con el gobierno francés, siempre hostil hacia nuestra nacionalidad.

En tal estado de cosas, decidimos reunir a un puñado de los mejores de entre nosotros, los medios de transporte, y zarpar hacia Italia.”

Éste es el típico caso de exilio ideológico: se dirige al país que puede necesitar sus servicios, los ofrece y los presta; va a dar de sí todo lo que tiene, hasta su propia vida. No va a buscar en el exilio beneficios personales.

Para poder hacer esto hay que tener una visión cosmopolita, sin perder la noción de patriotismo: el exilio, para Garibaldi, fue aprendizaje y escuela de lucha, que mucho habría de servirle cuando, por fin, pudo desarrollarla en Italia.

La lucha en Italia: combate y docencia

Cuando se nos quiere presentar a Garibaldi como un luchador impulsivo, que no piensa mucho, hasta llegar a acuñar el modo de actuar “a la garibaldina”, como ejemplo de actuación casi desaprensiva, es que no se conoce al personaje o, lo que es peor, se lo quiere deformar intencionalmente.

Toda la acción de Garibaldi en el exterior estuvo siempre dirigida a demostrar a propios y a ajenos que el Italiano, cuando comprendía el motivo por el cual lo incitaban a luchar, o veía la oportunidad de poder hacerlo cuando había tomado por sí mismo la determinación, se transformaba en un soldado tan temible como el mejor.

Es que las potencias que dominaron en Italia durante siglos dirigían su acción hacia la anulación de la personalidad y el orgullo de los italianos.

El mismo camino que siguieron después, con éxito, potencias ínfimas en territorio y en población que llegaron a dominar países con centenares de millones de habitantes y con una larga e importante tradición cultural, con armas, sí, pero sobre todo, dividiendo, atacando permanentemente la dignidad del pueblo sometido, anulando su bagaje cultural.

Escribe en sus Memorias, refiriéndose a la Asamblea Constituyente de la República Romana: “¡Los diputados de la Constituyente!... ¡Fue un espectáculo imponente el que brindaron los hijos de Roma, llamados nuevamente a elecciones después de tantos siglos de servidumbre y de postración, bajo el yugo abominable del imperio y del más vergonzoso todavía de la teocracia papal! ¡Sin tumultos, sin pasiones, aparte la que se sentía por la libertad de la patria redimida!, sin venalidades, sin prefectos o esbirros que violentaran la libre votación de la gente, se llevó a cabo el sagrado acto del plebiscito y no se encontró ni un solo ejemplo en el Estado, de un voto comprado, de un ciudadano que se prostituyese ante la fuerza de los poderosos”. Y continúa: “Los descendientes del gran pueblo mostraron el discernimiento de sus antepasados en la elección de sus representantes; eligieron tales hombres que honrarían a la humanidad en cualquier parte del mundo!, hombres cuyo coraje no era menor al de los que constituían el antiguo Senado o a los modernos de la Helvecia o los de la tierra de Washington!...”. Cuando alguien propuso tomar el ejemplo de otros gobiernos para adoptar determinadas medidas, planteó con firmeza: “Yo propongo, y cuando digo propongo entiendo que

el voto es libre. Mis antecedentes no son los de querer violentar: eso sería propio del despotismo. Ahora, si se me permite, agregaré otra cosa. Yo creía que el pueblo romano no tendría necesidad de seguir los ejemplos de pueblos que fueron sus discípulos, sean, por ejemplo, los ingleses, los franceses, etc. El pueblo romano tiene ejemplos y modelos en su propia historia; consecuentemente, el pueblo romano podría pasar por encima de ciertas formas, porque considero una cuestión vital la de la elección del gobierno que se deberá establecer. Esto es lo que quería proponer. Pero el voto es libre y, naturalmente, no tuve la intención de violentar ni de exigir el voto de nadie”.

En Estados Unidos, que visitó después de la derrota de la República Romana, fue reconocido multitudinariamente como patriota y conductor de pueblos que luchaban por su libertad, independencia, por la democracia y el sistema republicano.

La intervención de 1860 en Sicilia

En 1860 tuvo lugar la cesión de Saboya y de Niza a Francia, según lo acordado por Cavour con el gobierno francés. Hubo un cuestionado plebiscito en el que, según relata un observador inglés, se votaba por Sí o por No en diferentes boletas, pero él no pudo ver ningún No en los locales de votación.

El resultado fue acorde con esta situación: 25.943 votos por la anexión; 260 por la no anexión y 4.610 abstenciones. La urgencia con que se efectuó este “plebiscito” hizo imposible que el esfuerzo realizado por el Comité por Niza y por el propio Garibaldi que, a la sazón, era diputado por Niza en el Parlamento sardo, pudiera dar sus frutos en la opinión de una población que, aun con un plebiscito correcto, no podía escuchar más que la propaganda oficial, tanto de Cavour desde el Gobierno Real como, naturalmente, del gobierno francés.

Profundamente disgustado por estos hechos, Garibaldi, vistos los acontecimientos que se desarrollaban en el sur de Italia, volvió sus ojos hacia allí.

El 4 de abril de 1860 un mazziniano, Pasquale Riso, inició una revuelta en Sicilia con 17 hombres que lo acompañaron. Fue un fracaso total.

La situación en el reino de Nápoles era propicia para una insurrección: en 1859 el rey Ferdinando había muerto y lo había sucedido su hijo Francisco II, de 22 años. Pero la situación en Sicilia era compleja: había quienes seguían a Mazzini, quienes seguían la política de Manin, que apoyaba la inserción de la isla en el reino de Cerdeña, y quienes sostenían posiciones independentistas.

Bertani exhortó a Garibaldi, que se encontraba en Caprera, a que se pusiera al frente de una expedición para ayudar a liberar a Sicilia del gobierno napolitano. Garibaldi no se decidió a apoyar este movimiento hasta estar seguro de que la situación en la Isla era realmente insurreccional, a pesar del fracaso del intento, valiente pero mal organizado, de Riso.

Por el antedicho respeto a la voluntad de los habitantes de la Isla y porque no quería arriesgar a sus voluntarios en una misión que pudiera resultar suicida.

Confirmada la situación en Sicilia, el 30 de abril, en la villa de su amigo Vecchi en Quarto (Génova), transformada en su cuartel general, durante una reunión convocada para celebrar la victoria alcanzada ese día sobre los franceses en Roma, en 1849, Garibaldi anunció que partiría al frente de sus voluntarios hacia Sicilia, en pocos días.

El 5 de mayo partió desde Quarto con 1.150 hombres.

Allí comenzaba la lucha contra los Borbones de Nápoles, que terminaría con la entrega al rey Víctor Manuel II de una preciada gema para su corona: el reino de las Dos Sicilias, como se le llamaba por entonces.

Pero no era eso lo que le interesaba: cumplía, con este paso gigantesco, otra parte de su compromiso con el pueblo italiano, avanzando en el camino de la unidad, mientras debía luchar contra enemigos externos e internos.

Con una ejemplar generosidad y clara visión de estadista, al volver a su Caprera después de esta hazaña, declaró, uniendo la lucha de sus voluntarios a la de los soldados del Reino, que los italianos de Calatafimi, de Palermo, del Volturmo, de Ancona, de Castelfidardo y de Isernia, no habían sido cobardes ni serviles.

Vino después Aspromonte, la guerra del '66 por el Véneto, su intervención en el Congreso por la Paz de Ginebra, de 1867, en el que propuso sus 11 puntos para evitar las guerras en el futuro, propugnando la fraternidad entre las naciones, la democracia, la solución de los conflictos por parte de organismos internacionales, proclamando sin embargo, como único caso en el que la guerra es lícita, la que tiene el derecho de hacer el esclavo para liberarse del tirano.

Faltaba la integración del Estado Pontificio para completar la unidad de Italia. La derrota de Mentana, el 3 de noviembre de 1867, ante los franceses que defendían el Estado Papal, hizo exclamar al ministro de Relaciones Exteriores de Francia en la Asamblea Nacional que los "chassepots" (modernos fusiles que recién comenzaban a utilizarse) en Mentana habían hecho maravillas y que los italianos "jamás, jamás" entrarían en Roma.

Como es sabido, los italianos entraron en Roma el 20 de setiembre de 1870, si bien Garibaldi se encontraba prisionero en su isla, de donde debió evadirse para ir a luchar, junto con sus dos hijos, al lado de los franceses, pero esta vez en defensa de la República y de los ideales comunes con los del nuevo gobierno francés. Esta magnánima decisión de Garibaldi lo enaltece más aun, si fuera posible. Se armó con sus ideales, abrazó una línea de conducta que siguió hasta las últimas consecuencias y supo conjugar, como ejemplo para las generaciones venideras, en forma extraordinaria, sus sentimientos patrióticos con sus convicciones cosmopolitas y humanísticas.

Notas

1. Este artículo fue publicado en la **Rassegna dell'Esercito**, Suplemento al N° 4, de 2003, de la **Rivista Militare** (Periódico dell'Esercito fondato nel 1856), que se edita en Roma.
2. Sobre la Guerra Grande ver, del autor, en "GARIBALDI" N° 15, de 2000, el artículo "Algunas de las principales causas de la Guerra Grande". Edición de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, Montevideo.

CAPRERA

Giuseppe Garibaldi

Sulle tue cime di granito io sento
di libertade l'aura, e non nel fondo
corruttur delle regie, o mia selvaggia
solitaria Caprera. I tuoi cespugli
sono il mio parco, e l'imponente masso,
mi dà stanza sicura ed inadorna
ma non infetta da servili. I pochi
abitatori tuoi, ruvidi sono,
come le roccie che ti fan corona
e come quelle altieri e isdegnosi
di piegar il ginocchio. Il sol contento
s'ode della bufera in quest'asilo
ove né schiavo né tiranno alberga,
orrido è il tuo sentier, ma sulla via
dell'insolente cortigiano il cocchio
non mi calpesta, e l'incontaminata
fronte del fango suo vil non mi spruzza.
Io l'infinito qui contemplo, scevro
dalla menzogna, e quando l'occhio
già preceduto dal pensier le immense
cerca vie dello spazio, alle latebre
del vasto azzurro che circonda i mondi,
all'infinita intelligenza un senso
di gratitudine rivolgo, il dono
perché mi fe' deli'immortal scintilla
che m'imparenta coll'Eterno, il dono
che l'esser mio nobilita, e solleva
dalle miserie del chercume, orrenda
di stragi storia e di maccelli umani.

GIOVANNI FATTORI

El pintor de las luchas del Risorgimento

Juan Carlos Legido

En el número 8 de esta revista tuve la satisfacción de colaborar trazando un panorama de "Piccolo mondo antico", de Antonio Fogazzaro, novela que significa una inevitable referencia en la literatura italiana del siglo XIX. Y que, efectivamente, como su título lo sugiere, echa una mirada a un "piccolo mondo", esto es, al ámbito íntimo, doméstico, de una joven pareja lombarda, pero que a la vez ofrece una amplia visión del contexto histórico en que estaba inmersa en aquella tierra dominada por Austria y que bregaba por su libertad y por su unidad con las otras regiones de la península.

En esta oportunidad me referiré a otro artista que también supo plasmar aquellos aires de epopeya, en este caso a través de la imagen, el color y el movimiento. Me refiero al pintor Giovanni Fattori, del cual poseemos en nuestro Museo de Artes Plásticas —que bien puede enorgullecerse de poseer una colección de pintores nacionales de excelente nivel aunque, como es bien sabido, no abundan allí grandes nombres de la plástica universal— un óleo que, casualmente, se ajusta al capítulo que pensamos tratar de su amplia obra: la temática guerrera, la visualización de algunos episodios de sangre y heroísmo que forzaron finalmente el destino de Italia entre 1849 y 1870. En este caso no se trata de una batalla sino del patio de un cuartel (una "caserma") donde se ven algunos caballos solícitamente atendidos por soldados en traje de faena, hallándose entre ellos dos oficiales individualizados por sus respectivos uniformes. La tela se desarrolla horizontalmente, como una especie de friso, alternándose las líneas verticales, horizontales y diagonales de los techos de la "caserma" en un vivísimo juego de luces que de acuerdo a la opinión de Ángel Kalenberg, director del museo, puede clasificarse de "premacchiaioli" (o "premanchista", de acuerdo al movimiento artístico al que nos referiremos). Se trata de una de las mejores obras de Fattori y no solamente en lo que se refiere a su temática militar, sino abarcando toda su producción artística, que fue donada al museo por don José Batlle y Ordóñez en los primeros años del pasado siglo. Una buena ocasión, pues, para que los lectores de "Garibaldi", que obviamente están interesados en la historia italiana del siglo XIX y en sus manifestaciones artísticas, se peguen una vuelta por el museo. Con anterioridad esta tela se hallaba expuesta en el Palacio Taranco.

Fattori, los “macchiaioli” y la Italia del siglo XIX

Giovanni Fattori había nacido en Livorno en 1825 y ya desde pequeño mostró gran facilidad para el dibujo, lo que llevó a que en 1846 su familia lo inscribiera en la Academia de Florencia, ciudad que desde entonces no solamente se convirtió en su patria artística sino en su lugar de residencia, viviendo en una buhardilla de la Via Nazionale la típica y casi inevitable “bohemia” de los artistas jóvenes. Dos años después, del 18 al 23 de marzo de 1848, se desarrollaron las “Cinque Giornate” de Milán en que tanto el pueblo llano como la burguesía combatieron y levantaron barricadas en las calles obligando al mismísimo general Radetzki (el de la “Marcha de Radetzky”, de Johan Strauss padre, que se convirtió en una especie de emblema del Imperio Austro-Húngaro) a retirarse y cruzar el Mincio. Pero fue por poco tiempo. Los austriacos regresaron a Milán después de la derrota en Custoza de Carlos Alberto, rey del Piamonte. Pero de cualquier manera al año siguiente, en 1849, el bravo monarca volvió a la lucha contra su viejo enemigo; esfuerzo insuficiente de un pequeño reino que combatía contra una de las grandes potencias de aquel entonces y que terminó con la derrota de Novara, que lo llevó a la abdicación a favor de su hijo Víctor Manuel II.

¿Qué hacía mientras tanto nuestro pintor? Después de aquellos sacudimientos Fattori comenzó a interesarse por la política y a militar en el “Partido de Acción”. Pero pronto volvió a sus primeros amores y se embarcó con los “macchiaioli”, que significaron uno de los movimientos más vigorosos y originales de la Italia novecentista: basta recordar los nombres de Signorini, Cabianca, Borrani y Cecconi, con los que se reunía en el Café “Michelangelo” para discutir con los tantos artistas que vivían en la ciudad toscana donde el arte goteaba por todas las esquinas. Con respecto al legendario Café “Michelangelo”, de 1861 —plena época de conflictos políticos— existe hoy en una colección privada de Milán una tela de uno de los “macchiaioli”, Adriano Cecconi, que nos introduce en su interior empapelado con franjas amarillas y verdosas, donde cuelga de sus paredes una variedad de telas encuadradas en dorados marcos y rodean el salón unos mullidos asientos de terciopelo verde donde alrededor de las mesas gesticulan sus parroquianos deformados por un sesgo satírico y caricaturesco, destacándose sus altas chisteras, tan en boga por aquellos años.

De cualquier manera, de acuerdo a los historiadores de arte, Fattori tuvo sus reservas para integrar aquel movimiento, si bien él también, como los macchiaioli, no dudó en romper con la academia y el romanticismo que dominaron en la primera mitad de ese siglo, que no significaron un aporte importante para la más consagrada pintura italiana de siglos anteriores.

Fue de este modo que en 1859 Fattori se presentó a un concurso para celebrar la victoriosa campaña militar de ese mismo año y lo ganó con “La batalla de Magenta”, que fue adquirida por la Galería de Arte Moderno de Florencia.

Vale la pena recordar que esa batalla se encuadra en la etapa en que el Reino del Piamonte, bajo la dirección política certera y visionaria del Conde Cavour, se alió con



El campo italiano en la batalla de Magenta - Óleo - 1861 (cm. 232 x 348)

el emperador de los franceses, Napoleón III, para poder hacer frente a su poderoso enemigo. Esta acción tuvo lugar a principios de junio de 1862, cuando las tropas francopiamontesas, una vez pasado el Ticino, abrieron el camino para la entrada triunfal en Milán y la liberación de la Lombardía. Sobre la planicie ocreamarilla soleada, el centro de la tela lo ocupa una ambulancia tirada por caballos, mientras a la derecha los oficiales a caballo y la infantería se hallan a la expectativa, y a la izquierda avanza un escuadrón guiado por un oficial con una venda blanca cubriéndole parte de la cabeza; dos soldados muertos a la vera del camino colocan el acento descarnado de toda guerra. No es una de sus grandes obras, pero sí un incalculable documento —y, por supuesto, también más que un documento—, sin exageraciones ni triunfalismos, de uno de los hechos bélicos que más contribuyeron a que se realizara el sueño de la unidad italiana que, ya es bien sabido, estuvo salpicada de mucho sudor y sangre, más allá (o más acá) del talento político del Conde Cavour.

Este tipo de temas, como anotábamos al comienzo, lo trabajó Fattori en muchos otros cuadros, colocándolo en un lugar de privilegio entre los otros “macchiaioli”, acaso no solamente por sus más firmes condiciones plásticas sino porque también, a través de la saga del Risorgimento, Fattori trazó sus acentos más dramáticos. Era sobre todas las cosas un excelente dibujante y hallaba en pocos trazos el movimiento que se desprende de la acción militar: los caballos a la carrera con los cascos al aire, los escorzos de un soldado, como puede apreciarse en su soberbio óleo “La Costalada”, pintado en 1885 y expuesto en la Galería de Arte Moderno de Florencia. Allí el caballo desbocado, con las crines al aire en escorzo sobre un campo desolado, arrastra a un soldado que quedó enredado en uno de los estribos. Caballo y jinete configuran una mancha negra, cortada por la banda blanca del correa sobre el ocre del campo y el celeste desvaído del cielo. Todo el horror de la guerra, por vía indirecta, sin tener que recurrir a la retórica.

Otras batallas

Siempre dentro de la temática del Risorgimento, nuestro pintor logró otro premio con “El asalto a la Virgen del Hallazgo”, que fue un episodio de la batalla de San Martín llevado a cabo el mismo mes de la batalla de Magenta, sobre las alturas de San Martín en la orilla derecha del Mincio, y que antecedió unos veinte días al armisticio de Villafranca donde los austriacos cedían la Lombardía al Piamonte pero mantenían al Véneto contrariando las cláusulas del pacto franco-piamontés. La suspensión unilateral de las hostilidades por parte de Napoleón III llevó incluso a la renuncia del Conde Cavour. El “Asalto a la Virgen del Hallazgo” fue expuesto en Florencia en la Exposición de 1868 y finalmente se halla en la Pinacoteca de Livorno adquirida por suscripción pública. No hay que olvidar que Giovanni Fattori fue hijo de aquella ciudad que en los últimos años de ese mismo siglo verá nacer a uno de los más grandes pintores del siglo XX, como fue Amadeo Modigliani.

Me parece necesario destacar que Fattori no asistió a ninguna batalla que llevó a la tela. Pero su fervor patriótico, como el de todos sus coterráneos que vivieron entre 1848 (Los Cinco Días de Milán) y 1870, en que la nación italiana logró incorporar los Estados Pontificios y Roma —no hacemos aquí mención, por obvia, a la presencia de Garibaldi en toda esta historia—, fue el más intenso entre sus ilustres compatriotas pintores. Lo que no le impidió frecuentar otros temas donde la crítica y los historiadores de arte no dudan en afirmar también su predominio, de manera particular con el tema de la naturaleza y del retrato. Como ejemplo de retratos que están más allá del “parecido” en que se empeñaban los académicos y ofreciendo una lección de síntesis y de color, tenemos los de la Señora Martelli y de su esposo Diego, de 1870, grandes amigos suyos a cuya casa de campo en Castiglioncello iba nuestro artista a pasar las vacaciones de verano (y obviamente a seguir pintando). También como ejemplo de



Carga de caballería (grabado)

paisaje decantado, rompiendo incluso con los lineamientos de los “macchiaioli”, anotamos “La rotonda de Palmieri”, de 1866 que, sin utilizar la misma técnica —más bien todo lo contrario— nos asocia de inmediato “La Emperatriz Eugenia en la playa de Trouville”, de Eugène Boudin, realizada un par de años antes y que la crítica considera una obra “preimpresionista” que una década después traerá la irrupción de los Monet, los Renoir y los Pissarro.

Pero no es mi intención invadir la restante y amplia temática de Fattori, ni mucho menos presentar un análisis crítico de su obra, que se prolonga hasta 1908. Sí en cambio señalar cómo la epopeya italiana del “ottocento” tuvo en Fattori su pintor.

Aquellas jornadas de pólvora y sangre quedaron plasmadas también en la guerra de 1866 con el Piamonte ahora aliado de Prusia y tampoco exentas de acciones heroicas, incluso del mismo príncipe Umberto, futuro rey de Italia, y del capitán Alfredo Capellini. En la batalla de Custoza, pintada en 1876, diez años después de aquella acción, Fattori ubicó en el centro de la tela una pieza de artillería servida por tres hombres en el momento del disparo; el humo que dispersa el cañón ilumina de manera especial un sector donde un oficial a caballo es enfocado de espalda; a la derecha un pelotón de infantería está listo para entrar en combate y en el claro del terreno arrasado por las balas, donde apenas se yerguen unos sufridos árboles, yacen el cadáver de un caballo y el de varios hombres. El dorado difuso que envuelve a esta tela y la precisión y el vigor de los gestos de los uniformados, como también el magnífico escorzo de un caballo blanco, elevan esta obra más allá de la iconografía histórico-militar que presentan casi todos los países.

Pero de todas las telas y grabados se impone una obra donde, allí sí utilizando la técnica "manchista", incluso por su formato pequeño, plasmó uno de los hechos más descarnados de esas guerras, "La matanza de Mantua", donde todo el horror que impone el aniquilamiento de seres indefensos –pensemos en nuestros días en Kosovo o en los cientos de miles de víctimas de las luchas tribales en África– lo tamiza Fattori provocando sin embargo no menos horror entre las "manchas" de los uniformes blancos de los austriacos vistos de atrás, salpicadas con los trazos negros de las mochilas colgadas a sus espaldas, sobresaliendo entre la confusión los caños de los fusiles y dejando un pequeño espacio, a la izquierda, con una mujer de pie abrazada a su pequeño hijo y una sombra al fondo que eleva los brazos.

Cuando se habla o se escribe de este tipo de hechos no se puede dejar de lado "Los fusilamientos del 3 de mayo", del aragonés Francisco Goya, uno de los puntos más altos del Museo del Prado de la capital de España y acaso una de las telas más impactantes y conocidas de la pintura universal. No existe comparación posible entre estas dos telas, incluso por el tamaño; la de Fattori, de acuerdo al "modo" de los macchiaioli, apenas posee 30 por 18 centímetros, y la de Goya 346 por 266 centímetros. Las técnicas empleadas son también completamente distintas: Goya presenta la visión trágica de los fusilamientos que siguieron al levantamiento popular del día anterior, desplegando un gran escenario nocturno donde al fondo se yerguen borrosos los techos de Madrid y delante de una barranca se amontonan, plenos de espanto y desesperación, los que van a ser pasados por las armas, entre los que se destaca el hombre de camisa blanca y los brazos en cruz iluminado especialmente por una gran linterna colocada en el suelo. Fattori elude en cambio el patetismo, de alguna manera parece que lo esconde, pero su resultado produce no menos horror y su valor plástico es de altísimo nivel. De cualquier manera, tanto en el aragonés como en el livornés encontramos dos grandes artistas que se sintieron compenetrados con sus respectivas guerras de independencia, uno contra los franceses, otro contra los austriacos. Y que supieron plasmar sus respectivas epopeyas a través de los lineamientos eternos que ofrece el arte.

AMORES Y GUERRA

A raíz de la emisión en Montevideo de una telenovela sobre Garibaldi en Brasil, pero que centra el tema en las relaciones amorosas del joven exiliado hasta el encuentro con Anita, recibimos innumerables consultas al respecto.

A nosotros, como historiadores, nos interesa el Garibaldi político, el Garibaldi militar, el luchador por los ideales de libertad, de independencia, de fraternidad, pero cuando una obra televisiva fue realizada —como ésta— con seriedad histórica, sin que se la haya privado de los legítimos “adornos” literarios, ni del goce de poder disfrutar los espléndidos paisajes brasileños, no podemos ponernos en una posición de hipócrita mojigatería, porque el hombre —y la mujer— son un todo y como tal se los debe considerar. Pero no somos novelistas, ni lo pretendemos.

Hay una hermosa obra de la escritora argentina Alicia Dujovne Ortiz sobre Anita, que hurga exitosamente en el alma de esta magnífica mujer de pueblo —y con esta definición creemos hacerle el mayor elogio— de puros sentimientos instintivos; amante natural del hombre de su vida, tanto como de su libertad, a la que Garibaldi levantó siempre desde su tumba de arena, durante toda su vida, haciéndola revivir en su última obra literaria: Manlio, envuelta en la añoranza de su propia juventud, también perdida.

Porque no somos novelistas y respetamos, como buenos uruguayos, la vida privada de las personas públicas, dejamos que sea el propio Garibaldi, a través de sus Memorias, quien nos cuente, con su particular estilo que transcribimos textualmente, sus relaciones sentimentales mezcladas con acciones de guerra en pos de sus ideales, publicando estos fragmentos que son un fresco recuerdo de aquellos años de su juventud, antes de que llegara a nuestro país con Anita y con el primer fruto de su amor.

C.N.

In Camacuan, ove avevimo il nostro piccolo arsenale, e da dove era uscita la flottiglia Republicana, abitavano per l'estensione della maggior parte del fiume, stendendosi sopra una superficie immensa, le famiglie tutte del presidente Bento Gonçalves e dei fratelli di lui, con numerose famiglie e potenti.

Su questi vasti terreni, e campi bellissimi pascolava immenso bestiame, che la guerra avea rispettato per trovarsi fuori di mano. Le produzioni agricole vi eran pure in abbondanza.

Ora si osservi che in nessuna parte della terra, si può trovare un'ospitalità più franca, e cordiale, di quella che si trova nella provincia del Rio-Grande.

In quelle case, poi, ove incontravasi dovunque l'indole benefica del patriarca di quelle famiglie, e la maggior simpatia, per uniformità d'opinioni, noi erimo accolti certamente con affetto inesprimibile.

Le estancias, ove per prossimità alla laguna, e per i comodi, e per grata accoglienza noi aprodavamo con più frequenza, eran quelle di D.a Antonia, e di D.a Ana, ambe sorelle di Bento Gonçalves; situata la prima, nella foce del Camacuan; la seconda in quella dell'Arroyo-grande.

Io non so se influito nella mia immaginazione abbia l'età mia, predisponendomi allora all'abbellimento d'ogni cosa, siccome giovane ed inesperto. Comunque sia, io posso assicurare che nessuna delle circostanze della mia vita mi si presenta al pensiero con più fascino, con più dolcezza, e più piacevole reminiscenza di quella passata nell'amabilissimo consorzio di quelle signore, e delle care loro famiglie.

In casa di D.na Ana massimamente era per noi un vero paradiso. Avanzata di età, quella signora era d'un' indole incantatrice.

Aveva seco una famiglia emigrata di Pelotas (paese sulla sponda del S. Gonçalves) il di cui capo era D.n Paolo Ferreira. Tre donzelle, una più vezzosa dell'altra, facevan l'ornamento di quel sito felice; ed una di loro, Manuela, signoreggiava assolutamente l'anima mia.

Io mai cessai d'amarla, benchè senza speranza, essendo essa fidanzata ad un figlio del presidente. Io adoravo il bello ideale in quell'angelica creatura, e nulla avea di profano l'amor mio.

In occasione d'un combattimento, ov'io ero stato creduto morto, io conobbi non esser indifferente a quell'angelica creatura; e ciò bastò a consolarmi dell'impossibilità di possederla.

D'altronde, bellissime sono le Rio-Grandensi in generale, come bella la popolazione.

Non indifferenti erano pure le schiave di colore, che si trovavano in quei complitissimi stabilimenti.

Come si può capire, ogni qual volta un vento contrario, una burrasca, una spedizione qualunque, ci spingeva verso l'Arroyo-grande, era per noi una vera festa.

Il boschetto di Jirivà (sorte di palma altissima), che c'indicava l'entrata del fiumicello, era riveduto sempre, e risalutato con vero piacere, e fragorosissime grida.

Quando ci toccava, poi, a trasportare i gentili e cari nostri ospiti sino a Camacuan, ove andavano a visitare D.na Antonia e l'amabile di lei compagnia, allora era un ravvolgersi, un'affaccendarsi in cure, in attenzioni verso le belle viaggiatrici! Un pavoneggiarsi a chi più potea: un certocchè infine d'affetto, di rispetto, di venerazione per quelle carissime creature!

...

Moringue fu incontrastabilmente il miglior capo degli imperiali e massime in spedizioni di sorpresa, ove riuniva ad un conoscimento perfetto del paese e della gente, un'astuzia ed intrepidezza a tutta prova. Rio-Grandense, ei fece gran danno alla causa Republicana; e l'impero deve a lui in gran parte la sottomissione della provincia. Noi, intanto celebravamo la nostra vittoria, godendo d'esser salvi da una tempesta di non poco momento.

Alla estancia di D.a Antonia una vergine, a dodici miglia di distanza, chiedeva delle mie nuove con molto interesse; ed io n'ero ben felice.

Sì! bellissima figlia del *Continente* (nome della provincia del Rio-Grande) io ero felice d'appartenerti, comunque fosse: tu destinata a donna d'un altro! A me serbava la sorte altra Brasiliana! unica per me nel mondo, ch'io piango oggi, e che piangerò tutta la vita! Quella, pure, mi conobbe nella sventura, naufrago! e più che del mio merito, forse, della sventura s'invaghì; e me la consacrò per sempre!

Spedizione di Santa Caterina

Poco, o nulla d'importante successe più nella laguna de *los Patos* dopo l'avvenimento suddetto. Due nuovi lancioni furono posti in costruzione; e gli elementi, necessari per tale opera, si trovarono nelle reliquie delle nostre prede, e coll'ajuto de' circostanti abitatori, sempre buoni e volenterosi con noi.

Ultimati i due nuovi lancioni ed armati, noi fummo chiamati presso Itapua a cooperare l'esercito, che assediava allora la capitale della provincia, Porto Alegre.

Nulla operò l'esercito per mancanza d'artiglieria e nulla potemmo noi operare in tutto il tempo che passammo in quella parte del lago.

Si meditò la spedizione nella provincia di S. Catterina; ed io fui chiamato a parte di quella, dovendo accompagnarvi il generale Canavarro, comandante in capo di tutte le forze ivi destinate.

I due minori lancioni rimasero nel lago agli ordini di Zeffirino d'Utra; ed io cogli altri due accompagnai la Divisione Canabarro, che doveva operare per terra, mentre io opererei per mare. Avevo meco l'inseparabile Grigg e la parte scelta dei nostri compagni.

Il lago *dos Patos* misura una lunghezza di 135 miglia e una larghezza media di 15 a 20 miglia. Presso alla foce, che all'oriente mette nell'Oceano, sulla sponda destra trovasi il Rio-Grande detto del mezzogiorno, o sud, piazza forte e tanto importante quanto la capitale.

Sul lato opposto vi è il Rio-grande del nord, anche piazza fortificata, ed ambe in potere degli imperiali, siccome Porto-Alegre.

Perciò, padrone dell'unica foce della laguna nel mare il nemico, era a noi impossibile di uscirne; e fummo quindi obbligati di preparare dei carri a proposito ed imbarcarvi la flotta nostra.

Ciò prova la magnitudine dei nostri legni maggiori.

...

Nuotatore dalla più tenera infanzia, io giunsi tra i primi; e la mia prima cura, posando i piedi sul fermo, fu di girarmi indietro, per osservare la sorte dei compagni: ed Odoardo mi si affacciò non lontano. Egli aveva abbandonato il boccaporto da me raccomandato, o piuttosto la violenza del mare glielo aveva strappato. Nuotava, sì, ma con uno stento, una fatica, indicanti lo sfinimento a cui era ridotto! Io amavo Edoardo, com' un fratello! E mi affannò oltremodo la disperata sua condizione. Oh! Mi sembrava in quei tempi esser io, più sensibile e generoso! Anche il cuore induriscono ed inaridiscono gli anni ed i malanni!

Io mi lanciai verso il mio caro, per porgergli un legno che aveva servito a salvarmi. Già ero giunto vicino a lui; e confortato dalla grandezza del proposito, io lo avrei salvato quel mio fratello! E che fortuna sarebbe stata per me! Troppo grande! Un maroso, ambi ci sommerse!

Un momento dopo io galleggiai... chiamai; non vedendolo ricomparire... e chiamai disperatamente! ma invano! il mio amico d'infanzia era rimasto travolto nei gorgi di quell'Oceano, che non avea temuto di varcare per raggiungermi e per servir la causa d'un popolo.

Un altro martire della libertà italiana, privo d'un sasso, che segni ove furon sepolte le sue ossa nelle arene del nuovo mondo!²

I cadaveri di sedici compagni ebbero la stessa sorte, ingojati dal mare. Essi furono trasportati dalle correnti a trenta miglia di distanza verso il settentrione, e là sepolti nelle sabbie della costa. Tra i sedici trovavansi sei Italiani, io settimo: solo mi era salvato, Luigi Carniglia, Edoardo Mutru, Luigi Staderini, Giovanni D. ed altri due che non rammento, tutti forti e prodi giovani.

I superstiti, in numero di quattordici, l'uno dopo l'altro tutti aveano approdato. Invano, tra loro, cercai un volto Italiano. Morti tutti! Mi sembravo solo nel mondo! Io vaneggiavo, e quasi mi pareva pesante quell'esistenza salvata con tanta fatica. Molti dei compagni, non marini, non nuotatori, si salvarono. Commenti chi vuole! Tra i perduti io contavo altri compagni ben cari: due liberti, un mulato, ed un nero perfetto: Raffaël e Procopio, gente d'un valore e d'una fedeltà a tutta prova. Con noi approdava alla costa, un barrile d'acquavita. Mi sembrò una fortuna, e dissi a Manuel Rodriguez, ufficiale catalano: procuriamo di aprirlo e rinvigorirci coi compagni che vengono approdando.

Si mise mano all'opera di sturare il barrile; ma nel tempo in cui faticavamo per ottenere l'intento, ci colpì un freddo tale, che fu fortuna il ricordarsi di prender a correre. Senza ciò fare, certo, saressimo caduti esausti dalla stanchezza e dal freddo. Avendo i panni bagnati, ed essendo il vento freddissimo, era naturale ciò accadesse.

Corremmo, corremmo machinalmente lungo la costa verso mezzogiorno ed incoraggiandoci reciprocamente a correre. La sponda del mare faceva schiena e ci riparava alquanto dalla violenza del vento e nel pendio interno, scorreva l'Areringuà, fiume di poca importanza, con direzione a tramontana, e per un gran pezzo, parallelamente al litorale, per sboccare poi nell'Oceano a breve distanza.

Innamorato

Il generale Canabarro avea deciso dover io uscire dalla Laguna con tre legni armati, per assaltare la bandiera imperiale nelle coste del Brasile; e mi accinsi all'opera raccogliendo tutti gli elementi necessari all'armamento.

In questo periodo di tempo, ebbe luogo uno dei fatti primordiali della mia vita.

Io, giammai avevo pensato al matrimonio, e me ne credevo inadeguato per troppa indipendenza d'indole e propensione a carriera avventurosa.

Aver una donna, dei figli sembravami cosa interamente disdicevole a chi si era consacrato assolutamente ad un principio, che tuttochè eccellente, non mi avrebbe permesso, propugnandolo col fervore di cui mi sentivo capace, la quiete e stabilità necessarie ad un padre di famiglia.

Il destino decideva in altro modo.

Io, colla perdita di Luigi, Edoardo, e gli altri miei conterranei ero rimasto in un desolante isolamento. Sembravami esser solo nel mondo. Nessuno più scorgevo dei tanti amici che quasi mi tenevan luogo di patria in quelle lontane regioni. Nessuna intimità coi miei nuovi compagni, che appena conoscevo; e non un amico, di cui ho sempre sentito il bisogno nella mia vita. Il cambio di condizione, poi, erasi attuato d'un modo sì inaspettato ed orribile, ch'io n'ero rimasto profondamente affetto.

Rossetti, che unico avrebbe potuto riempire il vuoto del mio cuore, era lontano, occupato nel Governo del nuovo Stato Repubblicano. Mi era impossibile quindi goderne il fraterno consorzio. Infine, avevo bisogno d'un essere umano che mi amasse, subito! averlo vicino; senza di cui, insopportabile mi diventava l'esistenza.

Benchè non vecchio, io conosceva abbastanza gli uomini, per sapere quanto abbisogna per trovare un vero amico.

Una donna! Sì una donna! giacchè sempre la considerai la più perfetta delle creature! E chechè ne dicano, infinitamente più facile di trovare un cuore amante fra esse.

Io passeggiavo sul cassero della Itaparica, r avvolgendomi nei miei tetri pensieri; e dopo ragionamenti d'ogni specie, conchiusi finalmente di cercarmi una donna per trarmi da una noiosa ed insopportabile condizione.

Gettai a caso, lo sguardo verso le abitazioni della Barra –così si chiamava una collina piuttosto alta, all'entrata della Laguna, nella parte meridionale, e sulla quale scorgevansi alcune semplici e pittoresche abitazioni-. Là, coll'ajuto del canocchiale che abitualmente tenevo alla mano quando sul cassero d'una nave, scopersi una giovine. Ordinai mi trasportassero in terra nella direzione di lei. Sbarcai; ed avviandomi verso le case ove dovea trovarsi l'oggetto del mio viaggio, non mi era possibile rinvenirlo: quando m'incontrai con un individuo del luogo, che avevo conosciuto ai primi momenti dell'arrivo nostro. Egli invitommi a prender caffè nella di lui casa. Entrammo; e la prima persona che s'affacciò al mio sguardo, era quella il di cui aspetto mi aveva fatto sbarcare. Era Anita! La madre dei miei figli! La compagna della mia vita, nella buona

e cattiva fortuna! La donna, il di cui coraggio io mi sono desiderato tante volte! Restammo entrambi estatici, e silenziosi, guardandoci reciprocamente, come due persone che non si vedono per la prima volta, e che cercano nei lineamenti l'una dell'altra qualche cosa che agevoli una reminiscenza.

La salutai finalmente, e le dissi: "tu devi esser mia". Parlavo poco il portoghese, ed articolai le proterve parole in italiano. Comunque, io fui magnetico nella mia insolenza. Avevo stretto un nodo, sancito una sentenza, che la sola morte, poteva infrangere!... Io avevo incontrato un proibito tesoro, ma pure un tesoro di gran prezzo!!!

Se vi fu colpa, io l'ebbi intiera! E... vi fu colpa! Sì!... si rannodavano due cuori con amore immenso, e s'infrangeva l'esistenza d'un innocente!... Essa è morta! Io infelice! E lui vendicato... Sì! vendicato! Io, conobbi il gran male che feci, il dì, in cui sperando ancora di riavverla in vita io, stringeva il polso d'un cadavere: e piangevo il pianto della disperazione! Io, errai grandemente ed errai solo!

Notas

1. Anita. En el recuerdo de su amada, le viene a la memoria esta expresión del Otelo shakesperiano que luego, en 1887 (Garibaldi murió en 1882), retoma Verdi en su ópera homónima, cuando Boito le hace exclamar al protagonista: "E tu mi amavi per le mie sventure/ Ed io t'amavo per la tua pietà".
2. Nuevamente las lecturas de Garibaldi afloran cuando narra determinados hechos. Los versos de "I Sepolcri", de Foscolo, le vienen a la memoria, como un sentido homenaje a su amigo de la niñez, en Nizza, Edoardo Mutru, a quien el mar se lo robó, en las costas brasileñas, pese a sus esfuerzos por salvarlo.



LA DICHIARAZIONE DI NEUTRALITÀ ITALIANA ALL'INIZIO DELLA PRIMA GUERRA MONDIALE (3 AGOSTO 1914)

Novant'anni dopo

Egone Ratzenberger

Mazzini concepisce da un coacervo di staterelli e territori occupati l'idea dell'Italia unita; Cavour e Garibaldi e tantissimi altri concepiscono ed eseguono nel concreto le misure per realizzarla. Sentono come loro, come essi agiscono o si uniscono addirittura a loro tanti italiani (basti dare quasi a caso i nomi di Gioberti, Saffi, Bixio, Cairoli o Nigra). Altri li osservano con scetticismo o con delle riserve o della pigrizia, ma si uniscono poi al grande fiume in piena. Magari non pervengono a dare un proprio positivo concorso: vedasi il Carducci che lamenta di avere la madre ed i fratelli a carico (tutto vero ma forse vi era anche una punta di timore). Vedansi le tranquille carriere di Giolitti e Zanardelli; l'Adamoli descrive nelle sue memorie quest'ultimo come dispiaciuto per non aver dato un più valido personale contributo alle guerre di indipendenza.

Ma lo slancio ci fu, il sentimento fu vivo e diffuso anche in quelle classi sociali di ceto inferiore, che a dire dell'Indro Montanelli rimasero estranee al Risorgimento. Ciò che non fu per nulla vero se non nella misura che esse, schiacciate dall'ignoranza e dalla miseria in cui venivano tenute, poco potevano comparire alla ribalta. Eppure se esaminiamo la composizione sociale dei Martiri di Belfiore o dei deportati del Lombardo-Veneto in Ungheria negli anni trenta e quaranta dell'Ottocento rileviamo che ben spesso appartenevano ai ceti inferiori: si vedrà che quest'ultimi erano pertanto ben presenti. Compresero cioè, talora confusamente, che l'unità del Paese era forse una via per uscire dalla terribile camicia di forza della povertà e dell'abbruttimento. Vedasi il volontario romagnolo a Mentana descritto dal Bacchelli nel "Mulino del Po", sulla probabile scorta di qualche caso a lui noto, o anche l'episodio trasmessoci dal Bandi nelle sue memorie per cui a Talamone egli induce un carbonaio di Pistoia, affamato e malarico, a salire a bordo di uno dei due famosi piroscafi diretti a Marsala. Il carbonaio diventerà uno dei Mille ed entrerà nella Storia. In seguito, certo, l'ideale che si era realizzato nell'unità della Nazione non manterrà le sue promesse; lo stesso tumultuoso sviluppo del Paese e l'aumento delle tasse porterà alle proteste operaie e

contadine o in alternativa all'imponente e doloroso fiume della emigrazione nelle Americhe.

Gli esaltanti fatti del Risorgimento e in particolare, si capisce, della decade 59-70, influenzarono a loro volta i decenni successivi sia per il legittimo orgoglio che esso ispirava al partito vincente, sia perché gli scettici finirono per accettare volentieri il fatto compiuto e si aprirono alle nuove realtà. Tale fenomeno si registrò anche in Germania: il nuovo finiva anche lì per creare nuovi atteggiamenti e a far dimenticare il passato. Perché del resto è ben noto il ruolo che come su una scena di teatro giocano anche in politica le situazioni imprevedute ed imprevedibili, cioè il "Nuovo", per cui le generazioni che si affacciano alla ribalta riconoscono se stesse e non l'opera (considerata ormai obsoleta) dei loro predecessori. Certi inopinati crolli politici, certe situazioni sorprendentemente inedite (sparizione di imperi e stati, dissoluzioni di partiti, ricambio totale delle élites) vanno comunque ricondotte anche ad un lungo lavoro nelle coscienze e celebrano poi loro inopinate epifanie.

I decenni del post-Risorgimento furono pertanto informati al desiderio, certamente saggio, di consolidare quanto era stato acquisito e di farne un patrimonio non più discutibile, ma i tempi presenti venivano inevitabilmente sempre comparati con le ideologie ed i ricordi dei tempi dell'Unità (in forme diverse tale fattore operò anche in Germania). Mentre all'idea dell'Unità d'Italia, per restare al nostro Paese, si vennero acconciando anche i credenti e lo stesso basso clero (e talora quello alto). Se all'inizio la formazione intellettuale e religiosa e la concezione storica di tale pur cospicua parte della popolazione poteva considerare la realizzazione dell'Italia unita come un "lusus naturae" che presto sarebbe stato ricondotto alle forme tradizionali volute dalla Provvidenza (in fondo dopo l'esperienza napoleonica e del 48-49 era successo proprio questo) tuttavia, dinanzi al fervido sviluppo dell'età moderna e della sua "civiltà delle macchine", essa finì per accettarla come inevitabile e forse, nel chiuso delle coscienze, come utile per la stessa Chiesa. Decenni dopo lo doveva dire anche Giovanni XXIII. Dal suo lato la classe dirigente uscita dal Risorgimento ed in atti al potere non perdeva di vista le responsabilità che dal Risorgimento le derivavano, tra cui quella di completare l'unità degli italiani o anche di inserire la Nazione nei grandi movimenti internazionali fra cui ad es. quello dell'imperialismo coloniale o quello dello sviluppo delle classi "umili", mentre un'altra parte della società, ed era quella che rappresentava una distinta tradizione garibaldina, cercava di proseguire tale tradizione interventista nelle guerre greco-turche a fianco della Grecia o come faranno i figli di Ricciotti Garibaldi nel 1914, a fianco della Francia con l'intento di liberare la Dalmazia.

Tali premesse sono state qui poste per aiutare a puntualizzare, almeno in parte, la prevalente temperie culturale e politica dell'Italia nel cruciale mese di luglio del 1914 e subito prima.

Com'era ad es. apparso nella seconda guerra balcanica del 1913, era evidente che l'Italia preferiva, malgrado le sue proteste, lo "status quo", nonchè la sicurezza che le

dava una solida alleanza, ma appariva altresì chiaro che nel momento delle scelte supreme si sarebbe fatta dirigere —come poi fu— dagli interessi ed anche dai miti nazionali, o come dice Salandra nel suo libro di memorie *“La neutralità italiana”*: “...ognuno di noi portava in fondo al cuore un germe di irredentismo, ma non soffocato mai, bensì contenuto dalle più imminenti esigenze d'ordine interno, di sistemazione economica, di politica internazionale che resero penosi e travagliati i primi decenni del nuovo Stato”. Egli cita nel suo libro anche una lettera di Garibaldi del 1877 in tal senso.

Pertanto si cercherà in appresso di ricostruire i fatti che portarono alla dichiarazione di neutralità dell'Italia del 3 agosto 1914. Neutralità che però nei segreti intenti dei suoi propugnatori doveva portare “con l'una o con l'altra coalizione ad un riassetto delle frontiere italiane”. In breve, a riportare il Trentino all'Italia almeno nelle sue frontiere linguistiche e forse con qualche aggiustamento nella Valle dell'Adige. Si ricordi fra l'altro che in quel periodo la distinzione, oggi così precisa, tra Sud Tirolo-Alto Adige da una parte e Trentino dall'altra era più nebulosa, perché gli stessi austriaci davano il nome di Tirolo Romanico (Welschtirol) nonchè di Südtirol alla regione a sud del Brennero. E si voleva altresì riportare in Italia qualche terra della Venezia Giulia (Gradisca, Grado) unitamente ad assicurazioni a favore dell'italianità di Trieste, dell'Istria e di alcune città della Dalmazia.

Com'era in concreto la situazione diplomatica fra Italia ed Austria nei mesi precedenti il 28 giugno? Come reagì l'Italia al dopo Sarajevo? E come si arrivò, appunto, alla dichiarazione di neutralità? Sul primo quesito è opportuno affermare che i rapporti ufficiali erano bensì corretti, ma nel fondo peggiori di quelli che potrebbero o dovrebbero esistere fra due alleati. Come è noto i due Paesi erano vincolati dal Trattato della Triplice Alleanza voluto da Bismarck e stipulato nel 1882, e rinnovato poi nel 1887, nel 1896, nel 1902 (ma parecchio svalutato dal contemporaneo accordo Privetti-Barrères) e poi nel 1912, e di cui invano l'Italia aveva cercato di migliorare le clausole per quanto atteneva alla Francia e soprattutto all'Inghilterra anche a motivo dello sviluppo delle sue coste. Da ultimo l'alleanza era stata anticipatamente rinnovata nel 1912 —come si è detto— ed era altresì previsto, in caso di conflitto, uno spostamento di truppe italiane sul fronte alsaziano, forse per ingraziarsi vieppiù Berlino. Si era registrato anche un accordo navale a tre. Ma poi la questione albanese ed i crescenti problemi delle popolazioni italiane sotto l'impero austriaco pesarono sui rapporti fra Roma e Vienna. L'Austria non voleva la paventata unione della Serbia con il Montenegro, anche per non consentirle l'accesso al mare, non voleva l'Albania in mani italiane, mentre l'Italia non era disposta a registrare una Valona sotto dominio straniero tanto che si arrivò a delle tensioni con la Grecia nel 1913. Come noto, una conferenza convocata a Londra nello stesso 1913 aveva poi dato l'indipendenza all'Albania, costituitasi in un regno affidato ad un tal principe di Wied (parente del Kaiser), poco energico e poco avveduto come lo descrivono, ma anche alle prese con un compito quasi impossibile.

In seguito ad improvvise misure antiitaliane prese dal governatore di Trieste nel 1913, tale principe Hohenlohe, si erano registrate manifestazioni a Trieste ed in seguito anche a Spalato ed a Fiume e nel maggio 1914 in tutta Italia contro l'Austria; con incidenti vari e richieste austriache di scuse ridottesi poi all'allontanamento del prefetto di Napoli. Il tutto –si capisce– con uno strascico di sospetti e di recriminazioni. E dire che nel precedente mese di aprile San Giuliano, nostro ministro degli esteri, aveva cercato –come sovente durante il suo mandato– di sminuire le tensioni acconsentendo ad un incontro con von Berchthold, la controparte austriaca, che ebbe infatti luogo dal 14 al 18 aprile 1914 ad Abbazia, la nota località di cura e di soggiorno vicino a Fiume (si noti che l'incontro durò ben quattro giorni, non poco rispetto a quanto avviene oggi). I comunicati parlarono di "reciproca ed intera fiducia, di una perfetta identità di vedute quanto alla pacifica soluzione dei problemi sollevati dall'ultima crisi balcanica" mentre si telegrafò al cancelliere tedesco Bethmann Hollweg per celebrare "la perfetta concordanza di vedute tra le tre potenze alleate". Il "Berliner Tageblatt" commentò: "comunicato bello, soddisfacente, ma di non troppo contenuto". Più smaliziata la stampa italiana ritenne che di contenuto non ce ne fosse nulla. Due settimane dopo il Governo austriaco decise di costruire quattro nuovi incrociatori. Qualche giorno prima del 28 giugno l'ambasciatore austriaco Merey minacciò "misure energiche" in occasione di un ennesimo problema sorto in Albania.

Ciò osservato e dato il ruolo che giocheranno nel fatidico mese di luglio mette conto esaminare, per la parte che svolsero prima del 28 giugno e poi nel terribile mese di luglio, le "dramatis personae".

Da parte italiana vi è anzitutto re Vittorio Emanuele III, capo dello Stato da 14 anni, cioè da dopo l'assassinio di Monza, che si era comportato in tale periodo in modo costituzionalmente corretto. Nell'occasione, come del resto avverrà anche decenni più tardi, non sembrerà però assumere quelle responsabilità o assicurare quella presenza che i superiori interessi della Nazione avrebbero probabilmente richiesto. Su tale opinione pesa "a posteriori" probabilmente anche la sua passività in occasione della catastrofica entrata in guerra dell'Italia nella seconda guerra mondiale. Va però altresì considerato che negli Imperi Centrali e in Russia i sovrani mantenevano tuttora altissimi poteri e potevano prestare l'orecchio più ad un altro sovrano che a dei diplomatici.

Vi è pure Giolitti che aveva abbandonato il governo, il marzo 1914 pur in presenza di una notevole maggioranza che in lui si riconosceva. Cede le redini del governo ad Antonio Salandra, forse perché prevede che l'Italia sia alla vigilia di importanti agitazioni sociali interne che preferisce lasciar gestire al suo successore che è più di lui uomo di destra; ed in effetti esse si produrranno a giugno in Romagna e ad Ancona (settimana rossa). Sembra disinteressarsi dei seguiti dell'eccidio di Sarajevo ed inizia nella fase "tranquilla" di quel fatidico luglio un viaggio di studio e vacanza che lo porterà in Inghilterra e Francia dove si troverà nei momenti cruciali degli ultimatum.

Giolitti permarrà in questo suo atteggiamento di cortese non interferenza anche nei cruciali mesi di febbraio e marzo del 1915, allorchè verrà tracciato e deciso il quadro diplomatico dell'intervento di maggio. Viene da osservare che la correttezza politica –certo preziosa per i governi democratici– ha purtuttavia dei precisi limiti insiti, si capisce, nell'importanza che rivestono gli assunti correnti.

Avvenne così che colui che fu certo un insigne statista italiano del secolo non partecipò in prima persona alle somme decisioni del 1914-15 ed in seguito alla Conferenza della Pace. Per fare un paragone: il Conte di Cavour aveva bensì rassegnato le dimissioni dopo Villafranca e ciò fu forse un errore. Ma già nel gennaio successivo lo statista piemontese manovrava a tutto campo per ritornare "aux affaires", come infatti avvenne.

Presidente del Consiglio dal 21 marzo '14 era Antonio Salandra: un foggiano conosciuto come cultore di diritto amministrativo ed esperto di scienza delle finanze che nei governi precedenti aveva occupato vari dicasteri economici. Uomo di destra, patriota, ispirato agli ideali del Risorgimento, molto legato a Sonnino nel cui governo aveva servito e che divenne suo Ministro degli Esteri alla morte di San Giuliano, non ebbe nessun dubbio che l'Italia non dovesse farsi travolgere dall'isteria generale. Vi era certamente nel suo animo anche l'ambizione di entrare con qualche attenta manovra politica e diplomatica nella storia del Paese. Ha lasciato di quel periodo delle memorie interessanti ed equanimi. Suo Ministro degli Esteri –e molto apprezzato dal re– era il catanese Antonio Paternò di San Giuliano, intelligente, fine e colto che dal 1910 deteneva con competenza il dicastero degli Esteri. Già ambasciatore a Londra e Parigi, aveva una visione disincantata e precisa della situazione politica e diplomatica dell'Italia e dell'estero. Il silenzio austriaco prima dell'ultimatum del 24 luglio non lo trasse in inganno, anche perché Berchthold lo aveva trattato nello stesso modo nell'ottobre precedente. Gestì con attenta compostezza il cammino verso la dichiarazione di neutralità ed avviò nell'agosto con cautela l'ipotesi di alleanze diverse, individuando subito nella mancata compensazione e nelle mancate consultazioni previste dall'art. 7 del Trattato della Triplice il punto debole su cui far leva. È probabilmente un peccato che a seguito di una progressiva artrite reumatoide egli venisse a morte alla metà dell'ottobre 1914. Ma è improbabile che avrebbe continuato nel suo incarico perché Salandra aveva, così sembra, intenzione di sostituirlo. Forse lo riteneva troppo indipendente, forse vi era stata qualche sottile scortesia da parte del gran signore siciliano.

Quali erano i responsabili militari? Il 1. luglio era inopinatamente deceduto per infarto il Capo di Stato Maggiore Pollio, considerato ottimo soldato. È forse ozioso chiedersi se questo cultore di storia militare avrebbe potuto evitare la terribile trappola delle trincee in cui si insabbiarono nella guerra ad occidente tutti i comandanti delle armate in conflitto. Era però molto filo-tedesco e ciò avrebbe potuto creare più di un problema. Gli succederà Raffaele Cadorna, figlio del Cadorna che aveva occupato Roma. Valutato quale soldato scrupoloso e severo non perverrà a divenire il generale

vittorioso che ambiva essere. Se pur ci si trova dinanzi ad un militare competente, tuttavia disgusta il suo disprezzo per la vita dei soldati, ciò che a Caporetto gli si ritorcerà contro.

Mette conto anche menzionare gli ambasciatori delle cinque principali potenze accreditati a Roma fra cui l'abilissimo francese Delcassé, già ministro degli esteri e corresponsabile dell'intesa con l'Italia del 1902 ("giro di walzer"). Delcassé svolgerà un ruolo notevole di presenza e di pressione a fine luglio nell'assicurarsi la neutralità italiana, mentre in seguito si adopererà a favore della stipulazione del Patto di Londra. L'inglese Sir Rennell Rodd, molto benvenuto negli ambienti romani, ebbe un certo ruolo solo verso la fine del mese di luglio quando si parlò di convocare una conferenza internazionale. Salandra definisce l'ambasciatore russo a Roma Krupenski quale persona buona, ma relativamente rozza; i contatti con il governo di San Pietroburgo erano pertanto tenuti attraverso Arlotti (il cui codice crittografico veniva comunque letto a Vienna). La bestia nera era però l'ambasciatore austriaco a Roma, Merey (San Giuliano gli restituì una volta una lettera perché troppo impertinente) a motivo del suo carattere difficile e della sua palese avversione verso l'Italia e gli italiani che egli volentieri tacciava di vigliaccheria. Così lo definisce il Salandra: "Merey era spirito acuto, ma non di lunghe vedute, laborioso e diligente, ma fastidioso e pedante, pieno di acredini anche quando tentava di essere amabile; egli era in fondo il vecchio austriaco dispregiatore del nome italiano; nè questi sentimenti riusciva a dissimulare". Probabilmente Merey non sembrava disporre degli strumenti intellettuali atti ad influenzare il paese in cui era accreditato, col trasmettere ad es. la grande irradiazione culturale ed anche di civiltà che promanava dalla Vienna di fine secolo-inizio secolo. Ma è ben probabile che di ciò l'aristocrazia e la burocrazia austriache non capissero molto. Lasciò al suo successore, il tranquillo barone Macchio di origini dalmate, una situazione molto compromessa. L'ambasciatore tedesco a Roma, Flotow era in ottimi rapporti con Salandra e San Giuliano come si vedrà in appresso. Gli verrà in seguito rimproverato da Berlino di non aver saputo indurre i due politici italiani a schierarsi a fianco delle Potenze Centrali. Come se lo charme di un ambasciatore possa far deviare dalle proprie convinzioni politiche degli uomini politici sperimentati. Non ci riuscirà, come è noto, neppure l'ex cancelliere tedesco von Bülow quando dal dicembre 1914 verrà nominato ambasciatore a Roma per evitare l'entrata dell'Italia in guerra a fianco delle potenze dell'Intesa.

Chi c'è dall'altra parte? "In primis" –si capisce– il quasi ottantaquattrenne imperatore Francesco Giuseppe, persona con un altissimo senso del dovere, molto amato e rispettato dai sudditi e che in effetti rappresentava nella sua persona l'Impero. Tuttavia in uno stato solo parzialmente democratico egli fa scarso uso, forse a causa dell'età, ma probabilmente anche a motivo di una impreparazione intellettuale, delle notevolissime prerogative politiche che tuttora gli competono. Dopo il compromesso austro-ungarico del 1867 (certamente più favorevole agli ungheresi che agli austriaci)

non si erano più registrate grosse innovazioni politiche, nè era stato dato corso alle promesse fatte ai boemi nel 1872. In sostanza si era inaugurata la politica del "giorno per giorno" facendo affidamento sui baluardi di sempre e cioè l'esercito, la burocrazia e l'affetto del popolo verso la casa regnante. Ma due grandi forze decisamente dirompenti erano viepiù all'opera; e cioè il nazionalismo, che in una versione in parte romantica celebrava le sue epifanie nei popoli slavi fin qui rassegnati a soggiacere alla tutela di Vienna o Budapest. Nazionalismo divenuto però più virulento nella componente tedesca dell'Impero (vedasi ad es. le durissime polemiche per l'uso della lingua ceca nei tribunali della Boemia o nello stesso parlamento di Vienna) – vedasi il tumulto degli studenti "deutschnationalen" contro l'istituzione di una facoltà di legge in lingua italiana presso l'Università di Innsbruck; (in tale tumulto furono coinvolti altresì i giovani Battisti e De Gasperi). Non si tiravano indietro neanche gli ungheresi che con metodi illiberali esercitavano ogni sforzo per magiarizzare gli slovacchi ed i romeni nonchè in parte i croati ed infine i pacifici abitanti italiani della città di Fiume a loro affidata direttamente. Chi scrive ricorda come i vecchi fiumani colti –cioè quelli nati a fine secolo inizio secolo– parlassero tutti bene l'ungherese, perché a ciò costretti a suo tempo dalla politica scolastica di Budapest. L'altro fenomeno ancora meno comprensibile non solo per il vecchio imperatore, ma per tutta la classe dirigente era la costante crescita dei movimenti operai e cristiano-sociali. A dieci anni –solo dieci anni– dall'inizio della guerra saranno tali forze a dominare la scena austriaca mentre le vecchie classi dirigenti in auge nel 1914 e forse neppure tanto decrepite saranno chiuse nell'oblio e nei loro rimpianti. Contribuiranno però a nostalgie nazionalistiche che favoriranno l'Anschluss di Hitler.

Sulla scena sia da vivo che da defunto campeggia il principe ereditario austriaco Francesco Ferdinando la cui madre era una Borbone napoletana. Defunto ma poco compianto. Definito dal sottosegretario tedesco Zimmermann (quello del noto telegramma) quale nemico dell'Italia, dell'Ungheria, del liberalismo e non molto cordiale neppure con la Germania, salvo un recente riavvicinamento con il Kaiser Guglielmo nell'incontro di Konopischt in Boemia nel giugno 1914. È noto –e ciò era auspicabile dal punto di vista austriaco– che egli voleva associare in qualche modo gli slavi alla direzione dell'impero. Ciò che spiega certo le forti riserve di Budapest nei suoi confronti e certa tendenza anti italiana (Hohenlohe!) degli ultimi anni. Però il non associare gli slavi alla direzione dell'impero accelerò durante la guerra –e soprattutto nell'ultimo anno, il 1918– le tendenze centrifughe di cechi, slovacchi ed anche croati, per non dire nulla dei polacchi e degli italiani; mentre una visione politica più lungimirante e più audace avrebbe forse potuto salvare un impero che all'inizio nessuno voleva in realtà distruggere, neppure l'Italia di Salandra e Sonnino. Ancora una nota marginale su Francesco Ferdinando: era un cacciatore arrabbiato ed in un anno riuscì ad abbattere complessivamente tra mammiferi e volatili duecentomila capi. Un animo non molto gentile.

Non avrebbe potuto salvare l'impero neanche il primo ministro austriaco barone von Stürgk, conservatore, maestro del rinvio e del compromesso ed a cui lo stato d'emergenza dichiarato all' inizio del conflitto faceva certamente comodo almeno in tema di controllo del territorio e del parlamento. Fu assassinato nel 1916 dal nipote del leader socialista Adler. Personalità miope era il ministro degli esteri Berchthold. Gran signore, già ambasciatore a San Pietroburgo e che con riluttanza aveva preso il posto di Aehrenthal, Berchthold non sembra avere in tutta la crisi una visione chiara, ampia, pacata delle forze in gioco e dei pericoli a cui va incontro la monarchia. La Serbia va punita, va distrutta con la stessa altera severità con cui il nobile punisce il servo ribelle. E che nessuno pensasse di immischiarsi. Nei giorni cruciali del 25-27 luglio –racconta Aldrovandi-Marescotti– fu assente da Vienna, asseritamente perché “doveva informare l'imperatore” che era a Bad Ischl. Probabilmente si assentò anche su istigazione dei militari e degli alti burocrati per evitare le mediazioni dell'ultima ora e ad es. per non dover incontrare l'ambasciatore russo che lo cercava disperatamente. Le sue schermaglie con l'ambasciatore italiano Avarna sul vero significato dell' Art. 7 del Trattato di Alleanza –e ciò sia prima dell' entrata in guerra dell' Austria che dopo– danno l'impressione di una personalità limitata ed inadatta per l'alta carica cui era stato chiamato. Tutta la sua esperienza di mondo russo per cui era stato chiamato del resto al Ballhaus non servì a nulla, allorché si trattò di punire sì, la Serbia, ma di evitare altresì l'entrata in guerra della Russia. Credeva, anche troppo, all'efficienza dell'esercito e ad una guerra breve (avvenne anche in altre nazioni). Fu davvero un errore comune. Troppi pensavano ad una guerra di élites: si ritrovarono con una guerra di popoli. Si ritrovarono con popoli furibondi per l'insensato eccidio e per l'inesistenza di serie riforme sociali e politiche.

Che dire del noto capo di stato maggiore austriaco Conrad von Hoetzendorf che tanto odiava l'Italia? Fallì completamente in ogni sua impresa e meriterebbe forse indulgenza se le sue mani non fossero intrise del sangue dei soldati che mandò a morire per il suo disprezzo per la pace, nonché per la sua incapacità militare. Non ci fu fronte da quello galiziano all'italiano a quello serbo (anche il serbo!) in cui egli abbia riportato anche solo una mezza vittoria. In compenso era abilissimo nelle manovre politiche ed in quelle interne ai comandi militari. Fu certamente uno dei fautori dell'intransigenza austriaca nei confronti della Serbia. Forse è preferibile parlare del presidente del consiglio ungherese Tisza che ebbe notevoli dubbi prima di dare il via alla guerra e lo fece solamente dopo che la Germania ebbe promesso un appoggio incondizionato. Ma anch'egli aveva delle illusioni sull'efficienza dell'esercito e dello stato austriaco. Possiamo qui ricordare che nei mesi successivi Tisza si adopererà per scongiurare l'ingresso dell'Italia in guerra raccomandando di cedere il Trentino. Certo, va osservato che in questo caso non si trattava di terre della Corona di Santo Stefano, ma di domini ereditari austriaci il cui sacrificio poteva risultare agevole al premier ungherese... Nostro ambasciatore a Vienna era da dieci anni il duca Avarna, stimatissimo

dall'imperatore, ma in parte di mentalità superata come fanno comprendere con molta cortesia Salandra e anche Aldovrandi-Marescotti che di lui fu il consigliere a Vienna. Bollati a Berlino era della stessa pasta. Erano convinti entrambi che l'Italia dovesse entrare in guerra con gli Imperi Centrali; del resto li si può capire, lo avevano assicurato ad austriaci e tedeschi per anni. Ma i tempi erano cambiati.

Quando si decide la guerra? Secondo le ultime ricerche storiche si indica ormai nel 3 luglio 1914 la data in cui sarebbe stato deciso a Vienna di risolvere con la guerra la questione serba, grazie all'invio di un durissimo ultimatum (intervista del Dr. Kanner al ministro delle finanze congiunto dell'Austria-Ungheria, Bilinsky). Occorreva assicurarsi però l'appoggio di Berlino e a tal fine fu inviato nella capitale tedesca il capo di gabinetto di Berchthold, cioè Hoyos, che pur registrando in un primo momento qualche perplessità (colloqui con Jagow e Zimmermann) rientrò poi a Vienna con il pieno appoggio del Kaiser e della casta militare prussiana. Dopodichè si ebbe a Vienna, sotto la copertura di un'inchiesta interna sulle circostanze dell'assassinio, una specie di innaturale pausa. Buona parte dell'Europa che contava ritenne che le preoccupazioni sollevate dall'assassinio stavano sfumando, cosicchè i più si recarono in vacanza; alcuni però in malafede come il Kaiser Guglielmo, direttosi nei fiordi della Norvegia o la dirigenza austriaca. Berchthold, appoggiato da Berlino, decise fra l'altro di tenere all'oscuro di tutta la vicenda l'Italia ritenendo che giunto "el momento de la verdad" l'Italia non avrebbe potuto fare altro che accodarsi alle potenze centrali. Dice Salandra: "entrambe le Potenze Centrali volevano costringerci ad assumere gli oneri dell'alleanza solo perchè così avevano predisposto e voluto, facendoci trovare dinanzi ad un fatto compiuto".

Cosa avvenne in Italia nello stesso mese? Si registrò a Roma un piccolo incidente il 7 luglio in occasione della messa di suffragio per l'arciduca Francesco Ferdinando e la moglie ed a cui non partecipò nessun membro della famiglia reale italiana in assenza di regolari inviti, ciò che portò a delle rimostranze da parte dell'ambasciatore Merey. Si verificò in quei giorni, ma Roma ne fu informata solo all'inizio del settembre 1915 (cioè l'anno dopo) quando rientrò l'ambasciatore Garroni da Costantinopoli che il capomissione tedesco in quella capitale, Wangenheim, di ritorno da una riunione a Berlino di metà luglio 1914, confidasse al Garroni stesso che si era in attesa di un duro ultimatum austriaco a Belgrado e che l'entrata in guerra era già decisa. Dato che Wangenheim era un diplomatico esperto v'è da chiedersi se non abbia cercato a modo suo e con un certo rischio di adoperarsi per una soluzione pacifica della vertenza. Garroni che non era un diplomatico di carriera, sostenne di averne informato Roma, ma agli atti non fu trovata nessuna sua comunicazione. Ci fu poi una polemica fra lui e Salandra. Comunque San Giuliano capì da Flotow che qualcosa si stava tramando. E segnalò l'opportunità—in caso di sviluppi verso i Balcani e dicendolo sia a Vienna che a Berlino ai nostri ambasciatori costì (telegramma del 19 luglio a Vienna e Berlino)—che l'Italia ricevesse dei compensi a norma dell'art. 7 del Trattato della Triplice. San

Giuliano ribadiva il diritto dell'Italia ad essere consultata dato che l'art. 7 recitava: "...esse si comunicheranno a tal fine tutte le notizie atte ad illuminarci reciprocamente sulle proprie disposizioni". I relativi passi di Avarna e Bollati (a Berlino) non ebbero però l'atteso riscontro. A Berlino il Ministro degli Esteri Jagow dette solo delle repliche vaghe. D'altro canto San Giuliano non sembrò insistere troppo perchè, date alcune indubbe provocazioni della Serbia anche nell'anno precedente, avrebbe potuto trovarsi in difficoltà, nel senso che Vienna e Berlino potevano metterci dinanzi ad un duro aut-aut. Era meglio scivolare. Il successivo annuncio dell'ultimatum che per un preteso riguardo all'alleato italiano doveva essere trasmesso a Roma ventiquattr'ore prima della sua effettiva consegna a Belgrado il 24 luglio, fu in realtà noto solo in questa giornata. Per un caso curioso i vertici del Governo italiano ne ebbero conoscenza a Fiuggi —la nota stazione termale vicino a Roma— dove San Giuliano e Flotow si stavano curando e dove Salandra ebbe a raggiungerli. Il consigliere austriaco dell'ambasciata —Merey era assente— inviò loro il testo via telefono. Salandra narra nelle sue memorie di aver sentito Flotow dire "vraiment, c'est un peu fort". Tennero subito una conferenza a tre i cui termini furono comunicati da San Giuliano a Vienna e Berlino. Nel messaggio si contestava "il diritto dell'Austria, secondo lo spirito del Trattato della Triplice Alleanza di svolgere un consimile passo, senza previo accordo con i suoi alleati". (Ma naturalmente —come si è visto— l'accordo di Vienna con Berlino c'era stato). "L'Italia —riassumeva poi Salandra— non ha l'obbligo di venire in aiuto all'Austria in caso che per effetto di questo suo passo essa si trovi in guerra con la Russia". Fu detto a Flotow ancora che l'Italia non poteva determinare la propria linea di condotta senza prima conoscere se gli alleati dividevano l'interpretazione italiana dell'art. 7, per il fatto che ci sarebbe poi potuta essere fra i due Paesi una linea divergente, tranne che per l'Albania dove esistevano speciali accordi. Anche re Vittorio fu informato da San Giuliano del passo austriaco a Belgrado con ivi acclusa l'osservazione che il Governo non aveva detto e fatto nulla che impegnasse la libertà d'azione dell'Italia. Per la deriva italiana a favore della neutralità —che ormai si delineava— militavano, si capisce, anche altri motivi: il 27 luglio Salandra aveva scoperto che a differenza di quanto da lui ufficialmente dichiarato alla Camera lo scorso 2 aprile i magazzini dell'esercito erano semivuoti a motivo della guerra di Libia, mentre erano scoperti i quadri intermedi dell'ufficialità ed era deficiente l'addestramento della truppa. Non mancavano certo anche dei grossi problemi di bilancio. Di più: come si è detto, il 1° luglio, tre giorni dopo Sarajevo, era morto il capo di Stato Maggiore Pollio. Suo successore, come si sa, fu Raffaele Cadorna che prese però servizio solo il 27 luglio. Quindi non era certo preparato ad un'impresa così immane come la partecipazione ad un conflitto che in pochi giorni divenne pan-europeo (e poi mondiale). Quasi subito Cadorna chiese al Governo —asseritamente al fine di un migliore addestramento— di consentire alla mobilitazione generale che il Salandra, diffidente di certi meccanismi automatici (vedasi del resto ciò che era successo a fine luglio tra Germania e Russia) fermamente gli

negherà. Del resto pur nel riconoscimento –per il periodo di neutralità a cui il Cadorna sovrintese e seguendo l'opinione dello storico militare Pieri– che egli svolse insufficientemente il lavoro di preparazione per l'intervento, e lo si vide poi in guerra. E si registra già in quei giorni quello scollamento tra classe politica e classe militare che ebbe effetti tanto negativi durante il conflitto e portò poi nel 1916 alla caduta di Salandra.

Fervono pertanto i passi diplomatici: per l'Italia il 27 luglio San Giuliano propose, di concerto con Londra, la convocazione di una conferenza a cui da parte austriaca si oppone il fatto di voler considerare i rapporti con la Serbia come fatto interno. Tale passo verrà considerato da degli storici americani come il più concreto che sia stato fatto in quel frangente per difendere la pace. Il 28 luglio l'Austria entra però in guerra con la Serbia, non senza aver tentato di creare un artificiale "casus belli" con un preteso attacco serbo a Temes Kubin, mai verificatosi, ma di cui si parla nella dichiarazione di guerra austriaca. Il 29 luglio San Giuliano telegrafa a Berlino "È bene che Jagow sappia che la Russia non fa un bluff, ma che se l'Austria esagererà le sue pretese farà la guerra e l'Inghilterra vi prenderà parte". L'ammonimento non ebbe seguito. La realtà era che dietro la faciloneria dei responsabili tedeschi (è agevole immaginare che con von Bülow sarebbe stato differente) ed in primis del Kaiser e di Bethmann-Hollweg (i militari erano accesi guerrafondai) che forse pensavano ad un altro 1870-71 e che all'inizio di luglio erano invece tutti molto più cauti, sembra registrarsi altresì, e di ciò parlano molti storici (Fischer ad es.) un inconscio desiderio tedesco (delle sfere dirigenti, s'intende) di guerra e di aggressione che fino al 1960 verrà negato dagli storici tedeschi.

La dichiarazione di neutralità italiana di inizio agosto irritò forse più Berlino che Vienna. Il Kaiser fece in Norvegia sul suo yacht annotazioni ben poco lusinghiere in margine ai telegrammi che giungevano da Roma. Circa la capitale austriaca il diplomatico italiano Aldrovandi-Marescotti fornisce nelle sue memorie un quadro interessante dell'atmosfera regnante a Vienna a fine luglio: dapprima manifestazioni di plauso –probabilmente organizzate– dinanzi all'Ambasciata con l'esecuzione della marcia reale italiana e dell'inno di Garibaldi (!), poi un silenzio rassegnato ma condito nei giornali viennesi di qualche battuta ironica. Tutto ciò perché l'Austria non aveva forse mai contato veramente su un intervento italiano, mentre temeva forse una partecipazione nostra –e possibili successive rivendicazioni– alle sue avventure balcaniche. Berlino –ed a pensarci bene la cosa si ripeterà nell'agosto 1939– sembrava concepire piuttosto un tipo di alleanza nibelungica ma, ciò a parte, l'impegno dell'Italia sulle proprie frontiere nord-occidentali le avrebbe fatto comodo. Le dieci divisioni francesi spostate a nord e il transito indisturbato del naviglio francese con truppe a bordo dall'Algeria a Marsiglia e Tolone aiutarono certo al colpo di arresto dato sulla Marna. Trascorsi oggi novant'anni da quei giorni non si può non rendere omaggio alla prudenza di Salandra e San Giuliano, anche se entrambi si rendevano conto dei pericoli

che tale neutralità avrebbe potuto comportare in seguito, soprattutto in caso di vittoria delle potenze centrali.

In questa cornice la missione a Roma il 3 agosto dell'aiutante militare del Kaiser Guglielmo, von Kleist, latore di un messaggio personale del sovrano prussiano a re Vittorio, non poteva cambiare alcunchè, ma è spia dell'incomprensione di Guglielmo per le realtà politiche estranee al suo Reich, ciò che fu certo concausa della sua ultima rovina.

Mette conto rilevare altresì un altro aspetto della crisi e cioè che non fu registrato nessun intervento del Vaticano a favore della pace. Il 18 agosto ricevendo l'ambasciatore austriaco, Pio X che da lì a qualche giorno e cioè il 23 agosto 1914 morirà di broncopolmonite, disse al diplomatico austriaco che egli non era intervenuto nella vicenda perché a suo parere Vienna aveva ragione! Ciò spiega certamente il silenzio e l'inattività della Santa Sede e soprattutto quella, che oggi appare ben poco responsabile, del Segretario di Stato Merry del Val. Il Vaticano sarà ben altrimenti attivo otto mesi più tardi per evitare la guerra fra l'Italia ed Austria, ma sul trono pontificio siederà il diplomatico Benedetto XVI. È improbabile che data la posizione in cui si trovava in quel momento la Santa Sede, vuoi per errori propri nonchè per la diffidenza delle grandi potenze in cui –salvo l'Austria– avevano forte gioco i pregiudizi protestanti e le influenze massoniche, potesse svolgere un ruolo incisivo. Era infatti chiusa in un angolo da cui la faranno uscire solo le immani sventure causate dalle guerre mondiali e dalle nuove ideologie del fascismo e del marxismo-leninismo, ma a cui si accompagnò –sia pure gradualmente– un suo profondo rinnovamento. Va da ultimo ancora osservato che il governo doveva tener conto di un'opinione pubblica maggioritaria poco favorevole alla guerra e del resto lo si vedrà anche nel maggio susseguente, anche se nel frattempo si sarà altresì creata una corrente favorevole all'intervento contro l'Austria.

Sul piano formale i tempi seguiti dall'Italia dopo il 31 luglio ed a catastrofe avviata furono i seguenti: il 1. agosto il Gabinetto deliberò la neutralità dell'Italia, il 2 agosto ne fu data notizia ufficiale al re ed il 3 agosto 1914 (per altri il 2 agosto) essa fu resa nota all'opinione pubblica. I soldati italiani avrebbero cominciato a morire solo dieci mesi più tardi.

LUOGHI GARIBALDINI

La baia che si estende fra il Monte dell'Argentario ed i Monti dell'Uccellino è chiamata, dalla cittadina che si trova ai piedi dell'Argentario, baia di Orbetello. E faceva parte —come noto— dello Stato dei Presidi posto da Madrid a controllare la Toscana. Ne fanno fede ancora torri e fortezze che colà si ergono.

Ancora cinquant'anni fa era una plaga abbandonata, anche se erano state intraprese delle importanti opere di bonifica che avevano debellato le febbri malariche, di cui forse morì il Caravaggio, naufragato su queste spiagge. All'altro limite della baia, arrampicato su un promontorio, vi è il piccolo paese di Talamone che ospitò il generale nel corso del viaggio verso la Sicilia dei Mille. Una lapide nella piazza centrale del paese ne attesta la presenza e recita:

“Giuseppe Garibaldi, proveniente da Quarto, sostava in questa casa —dal giorno 7 al mattino del 9 maggio 1860— per ordinare la spedizione Zambianchi entro i confini papali —e di requisire all'impresa di Sicilia le armi rinvenute a Talamone ed Orbetello— accrescendo intanto le sue schiere degli animosi maremmani che si offrivano pronti al cimento”.

Come noto, Garibaldi dovette qui rifornire di armi la sua spedizione perché quelle previste a Genova non pervennero per colpa di chi vi si era impegnato. Egli pertanto ordinò ad un perplesso tenente colonello comandante la piazza di Orbetello di volergliene fornire, ciò che poi avvenne. Bixio, sacramentando, ottenne intanto a credito a Santo Stefano il carbone che abbisognava ai piroscafi. Garibaldi ebbe altresì la ventura di sbarazzarsi del sanguinario Zambianchi —come dice la lapide— e di alcuni fanatici repubblicani con cui era venuto a diverbio e che poi, entrati nello Stato Pontificio, non ebbero a distinguersi e furono rapidamente dispersi a Grotte di Castro dalla gendarmeria papalina guidata dal Lamoricière che qualche mese dopo doveva essere battuto dal Cialdini (18 settembre 1860) a Castelfidardo.

Castelfidardo: non è, certo, un luogo garibaldino, ma fu l'ultimo ostacolo sulla strada di Teano ed è quindi legata alla massima impresa del Nizzardo.

In campo non vi erano tanto i papalini contro i piemontesi, quanto piuttosto i fautori dell'Unità d'Italia (piemontesi, emiliani e toscani) contro una congerie di truppe internazionali papaline (svizzeri, irlandesi e francesi), ma anche, si capisce degli italiani degli Stati del Papa al comando dell'ex Ministro della Guerra francese Lamoricière (avversario di Napoleone III), il quale però, malgrado indubbie prove di valore dei suoi soldati, si fece battere da un brillante Cialdini e qualche giorno dopo catturare in

Ancona. Sui luoghi della battaglia vera e propria avvenuta nel sobborgo di Castelfidardo detto Le Crocette, di fronte a Loreto, vi è oggi un ossario la cui prima pietra fu già posta nel 1861. In realtà la battaglia non fece molti morti. Essi ammontarono dall'una e dall'altra parte a non più di alcune decine.

L'ossario sito su un punto cruciale della battaglia ha una lapide che recita: "I battaglioni I e II del Decimo Fanteria, Brigata Regina, sostituendo il XXVI Battaglione Bersaglieri molto provato, lottarono disperatamente per arrestare la prima linea pontificia guidata dal Generale De Pimodan, ferito nell'azione. Il Monumento Ossario vuole ricordare il luogo della più cruenta lotta". Due altre lapidi –sempre collocate nella frazione Crocette– ricordano le posizioni dell'uno o altro battaglione della Brigata Regina. Dietro Le Crocette vi è la cittadina di Castelfidardo. Dinanzi, a circa 10 km., si vedono il Monte Conero e la costa adriatica. Ai lati: Osimo a sinistra, Loreto e Recanati a destra. Un paesaggio dolce e sfumato.

Due brevi annotazioni: il De Pimodan morì alla fine della battaglia per un'ulteriore ferita ricevuta in fase di ripiegamento. Una delle medaglie pontificie date a ricordo della battaglia ad un soldato irlandese –come a tutti gli altri combattenti di quella parte– fu poi ritrovata sul petto del capo Sioux Toro Seduto. Probabilmente era stata strappata all'irlandese che evitò di morire a Castelfidardo poichè il suo destino lo chiamava a Little Big Horne.

Egone Ratzenberger



ÍNDICE

- El 20 de setiembre y la libertad de expresión del pensamiento (ley N° 17.778)	7
- Los corsarios de Artigas <i>Lic. Cristina Montalbán</i> . Asesora de la Dirección del Centro de Estudios Históricos Navales y Marítimos. Museo Naval. Montevideo	13
- Francesco Anzani <i>Prof. Rosanna Moscatelli</i> . Docente del Liceo Estatal de Cantù, en la Comuna de Alzate Brianza. Como	37
- Jasper Ridley	57
- Maquiavelo, la política exterior y nosotros <i>Héctor Gros Espiell</i> . Jurista. Ex canciller de la República	59
- Garibaldi: entre el patriotismo y el cosmopolitismo <i>Carlos Novello</i> . Presidente de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo	67
- Caprera <i>Giuseppe Garibaldi</i>	77
- Giovanni Fattori. El pintor de las luchas del Risorgimento <i>Juan Carlos Legido</i> . Escritor	79
- Amores y Guerra <i>de las "Memorias" de Gaaribaldi</i>	85
- La dichiarazione di neutralità italiana all'inizio della prima guerra mondiale (3 agosto 1914). Novant'anni dopo	91
- Luoghi garibaldini <i>Egone Ratzenberger</i> . Ex embajador de Italia en Uruguay	103

1912

1912

1912

1912

1912



